

# La jaula de los goces

Andres Casanova



Libros



Caffè Ortolio

**COLECCIÓN NOVELA**

***LA JAULA DE  
LOS GOCES***

***LA JAULA DE  
LOS GOCES***

**ANDRÉS CASANOVA**



**COLECCIÓN NOVELA**

# La jaula de los goces

Corrección: René Eduardo Rodríguez Jiménez  
Diseño de cubierta: © Carlos Manuel Casanova Martínez  
Diagramación: Andrés Tomás Casanova Martínez

© Andrés Casanova, 2024  
© Sobre la presente edición: Libros Café Criollo, 2024  
Todos los derechos reservados

Contacto: [libroscafecriollo@gmail.com](mailto:libroscafecriollo@gmail.com)

## Edición especial del autor, 2024

Primera edición: **Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2001**  
Segunda edición: **Editorial Emooby, Portugal, 2011**  
Tercera edición: **Libros Café Criollo, Miami, 2024**

Esta denominada **“Edición especial del autor, 2024”** bajo la protección legal del sello editorial **Libros Café Criollo**, se realiza con el fin de que pueda ser descargada libremente por cualquier persona natural o jurídica pero solamente con fines NO COMERCIALES, durante el tiempo que estimen oportuno los propietarios del copyright.

No obstante lo anterior, si el objetivo de su descarga es la reproducción total o parcial en cualquier formato de este archivo con el propósito de ser colocado en alguna dirección de Internet ajena a los propietarios del copyright, deberá contarse previamente con la autorización por escrito de dichos propietarios.

El autor y el sello editorial no asumen responsabilidad alguna por el uso indebido o desautorizado que haga alguna persona natural o jurídica del presente texto, su interpretación fuera del contexto de la ficción o el empleo con fines que no sean los específicamente literarios.

# Índice

**Títulos del mismo autor que formarán parte de  
esta **Edición especial del autor, 2024****

**Acerca de La jaula de los goces**

**CAPITULO UNO**

**CAPITULO DOS**

**CAPITULO TRES**

**CAPITULO CUATRO**

**CAPITULO CINCO**

**CAPITULO SEIS**

**CAPITULO SIETE**

**CAPITULO OCHO**

**CAPITULO NUEVE**

**CAPITULO DIEZ**

**CAPITULO ONCE**

**CAPITULO DOCE**

**CAPITULO TRECE**

**CAPITULO CATORCE**

**CAPITULO QUINCE**

**CAPITULO DIECISÉIS**

**CAPITULO DIECISIETE**

**CAPITULO DIECIOCHO**

**Acerca del autor**

## **Títulos del mismo autor que formarán parte de esta Edición especial del autor, 2024**

Los libros deberán aparecer de manera simultánea como eBooks en formatos pdf, mobi y epub, así como audiolibros.

**La jaula de los goces** (novela).

**La familia ya no es sagrada** (novela).

**Las nubes de algodón** (novela).

**No habrá honras fúnebres para Oxiuro Vargas** (novela).

**Entre la tierra y el cielo** (novela).

**Las trágicas pasiones de Cándida Moreno** (novela).

**La fiebre del atún** (novela).

**Minicuentos que no son cuentos de caminos** (Libro de cuentos).

**No somos aquellos niños** (novela).

**Canción desde la huída** (novela).

**Fiesta con Havana Club** (novela).

**Confesiones de Larry Díaz** (novela).



## **Acerca de La jaula de los goces**

La trama transcurre en la ficticia isla de Creti, donde todo es ilusorio y gobierna de manera eterna el omnipotente rey cretino Gaspar Único. Es uno de esos libros en los que el lector puede reconocer muchos de los males sociales que aquejan al mundo actual, escrito en un tono que hace sonreír aunque también reflexionar.

En la isla de Creti, los ríos caudalosos que bañan los inmensos valles, la finísima arena de las playas, los frutos que cuelgan de los árboles y todo cuanto puede encontrarse, obedecen a la voluntad del poder absoluto del monarca más absolutista que pueda haberse creado en la novelística: el rey Gaspar Único. Quienes pasan junto a Clasto Edginebrés, filósofo continental devenido en embajador plenipotenciario de los Universianos por órdenes del omnipotente rey cretino, lo hacen con temor porque este pensa-

dor contagia con toda su personalidad el ansia libertaria, aunque no por ello deja de comportarse como los seres humanos comunes y corrientes y por tanto también es capaz de cometer errores.

Clasto, recién graduado en lo que se conoce como el Continente, llega a la isla de Creti y luego de vivir unas cuantas experiencias, incluso la de enamorarse de una mendiga y aceptar el ficticio nombramiento de embajador del Continente, comprende que en aquella isla donde se odia de manera feroz a los cangrejos no todas las personas son absurdas y entonces toma una decisión que resultará trascendental para su vida: luchar a favor de los mendigos.

Se trata de una historia matizada con el buen humor, la que en su trasfondo resulta una reflexión filosófica sobre la vida globalizada del futuro que ya se está convirtiendo en presente. Es uno de esos libros en los que el lector puede reconocer muchos de los males sociales que

aquejan al mundo actual, escrito en un tono que nos hacen sonreír y reflexionar.

## CAPITULO UNO

CRETI NO ERA EL LUGAR MAS INDICADO PARA QUE CLASTO EDGINEBRÉS, FILÓSOFO RECIÉN EGRESADO DE LA ESCUELA QUE SALVADOR LÉMUR DIRIGÍA DESDE MIL AÑOS ANTES EN LA UNIVERSIDAD DE SANTA CLARIDAD DE LOS MONTARACES, FUERA A APLICAR SUS CONOCIMIENTOS EN EL ANÁLISIS DE UNA SOCIEDAD TAN DIFERENTE A LA SUYA. No obstante, determinó cruzar el Mar de las Angustias y luego de diez meses de viaje en un bote de velas, desembarcó en la costa pedregosa donde las golondrinas venían a depositar sus huevos. El sol reverberaba contra las olas, minúsculas gotas de una llovizna casi imperceptible se mezclaban con el salitre y un alcatraz alzó el vuelo, cuando el náufrago de cara adormilada se lanzó a las aguas grises y revueltas: al fin llegaba al

borde del lugar de los hechos, donde observó la primera contradicción con las leyes del tiempo en su mundo de origen: un reloj destruido por una mano desconocida que otra mano recomponía cada nuevo amanecer.

Cruzó la playa sin detenerse para recoger caracolas. Los pocos bañistas que a esa hora se aventuraban a desafiar las inclemencias del océano, no volvieron sus cabezas hacia el lugar por donde caminaba el mocetón imberbe, de grandes entradas en las sienes, sonrisa torcida y caminar erecto. Para ellos los forasteros representaban un fastidio, aunque los respetaban porque siempre traían en los bolsillos algún nuevo invento: así había sucedido desde la era de las catapultas hasta la de la pólvora, desde la época cuando conservaban el fuego en una cripta sagrada hasta los días actuales en que sólo adoraban al Gran Maestro Universal de los Goces; sin embargo, un forastero en opinión de ellos no valía más que la esposa ausente o el hijo dormido.

Cansado, hizo un alto momentáneo y se entretuvo contemplando cómo un niño construía un castillo de arena. Las almenas se alzaban casi hasta las nubes y cuando el muchacho advirtió la mirada del hombre de crecidos bigotes, puso un pie encima de la construcción; mientras se levantaba de un salto, sus ojos observaron sin curiosidad a Edginebrés y éste continuó su camino.

“Nadie me ha mandado a buscar”, pensó Clasto; “en realidad, voy a emprender esta investigación por mi cuenta y asumiendo los riesgos. No poseo siquiera la carta de autorización de trabajo firmada por el Rey Gaspar y el pasaporte que traigo data de cuando las sirenas atacaban a los viajeros que se atrevían a pasar frente al Torrejón del Alcatraz. Quizás a ningún habitante de Creti le interese que yo descubra las leyes que rigen su mundo”.

Después de caminar durante un tiempo que a él le pareció una eternidad, llegó a la zona céntrica de la ciudad. El sudor le corría por todo

el cuerpo y no encontró dónde calmar la sed ocasionada por un sol incendiado y altanero que lo había venido siguiendo desde el momento del desembarco, aguijoneándolo con sus rayos aun cuando tratara de protegerse debajo de los árboles del bosque que apareció frente a sus ojos al salir de la zona marina; un sol empeinado, vengativo: destruía las sombras bienhechoras como para demostrarle que no sin razón le llamaban el Astro Rey.

El hambre comprimía su estómago y preguntó a decenas de viandantes dónde podría tranquilizarla, sin obtener respuestas precisas. Unos señalaban con el índice hacia el infinito, otros contestaban ceñudos: nódreP y continuaban la marcha hacia los costados o hacia atrás, nunca hacia adelante.

Algunos lo miraron con ojos llenos de lágrimas y por toda respuesta sonrieron sin apenas mostrar los dientes. Los más jóvenes ni siquiera hicieron esto último y estuvo a punto de concluir que no habían aprendido a sonreír.

“Qué gente más extraña”, pensó con añoranza. En Santa Claridad de los Montaraces al menos podía discrepar con Salvador Lémur acerca de un cierto reino de Snouk inventado por su profesor durante una noche de borrachera, decirle que tal reino de era la invención más falaz que hubiera podido ocurrírsele a un filósofo, razonar que en el mismo existía la explotación desde el momento que estaba permitida la esclavitud. Aquí, en cambio, la barrera del idioma lo mantenía inmovilizado: los cretinos hablaban al revés y sin verbos.

- No es tan simple como opinaba Lémur: tanto en Creti como en Snouk habría que pensar al revés –gritó, llevándose las manos a la cabeza, agobiado por el bullicio de una invisible orquesta que entonaba una canción interminable mezclada con el llanto amplificado de un niño. Tendría que acostumbrarse a esta tortura pública si quería sobrevivir en la isla.

En un pequeño parque sentó sus glúteos adoloridos por el reciente viaje a través del



océano en el bote con asientos de madera sin pulir y advirtió que los árboles frutecían a pesar de las contingencias, del silencio o las palabras dichas al revés por los cretinos. Frutecían aun cuando la mujer que frente a él despachaba boletos con destino al jardín de las orquídeas salvajes miraba con disgusto a cuantos se le acercaban a comprar la tira de papel estrujado y con los bordes rotos que daba derecho a consumir dos tragos de naranjada fría y un bocadillo de delfín en almíbar. Aburrido de su propio silencio, se levantó y mientras cargaba en hombros el equipaje, un morral fabricado con una lona zurcida, se dijo que ya era hora de ir en busca de su estrella polar.

Al cruzar la puerta de salida del parque, sintió el contacto de una mano enguantada encima del hombro y se volvió sobresaltado. Frente a él, un viejo milenario con uniforme de guardabosque le cortó el paso.

- No se asuste - dijo- . Todos no somos iguales.

Al pronunciar la última palabra, arrojó al suelo el uniforme con un movimiento brusco de todo el cuerpo y quedó transformado en un hombre de edad madura.

- Algunos todavía estamos vivos.

- Entonces, ¿la mayoría ha muerto en realidad? - indagó Edginebrés preocupado. Quizás la mujer que vendía los boletos hacia el jardín de las orquídeas salvajes era un cadáver o un fantasma. En este caso, no podría comer el bocadillo de delfín porque el pedazo de papel comprado con los escasos tomines que encontró en sus bolsillos no era más que eso: un pedazo de papel.

El hombre de edad madura se deshizo del disfraz y en su lugar quedó una hermosa muchacha de tez bronceada.

- No todos: algunos amamos.

Intentó tocarla con la punta de los dedos y una nube de humo la envolvió. El aire arrastró la nube, dejando en su lugar a un adolescente.

- Es sólo una imagen virtual - aclaró el muchacho- . Quise hacerle comprender que a pesar de las apariencias, usted es un oportunista como el Rey Gaspar: cuando ve a una hembra, enseguida intenta adueñarse de ella.

Pidió disculpas con mirada de pena, sintiéndose descubierto por aquel desconocido. Entonces, para sorpresa suya, el adolescente sonrió en tanto arrancaba el disfraz de la cara y en el acto se convirtió en un niño.

- El Maestresala Benedicto ha prohibido la venta de biberones. Opina que es una costumbre bárbara de nuestros vecinos continentales.

El niño desapareció luego de haber hablado. Clasto miró a su alrededor, preocupado más por el concepto que acerca de ellos, los que provenían del Continente, tenía el principal ayudante del Rey Gaspar, que por todas aquellas apariciones y desapariciones del desconocido o desconocida. Cuando frotó sus ojos adoloridos vio salir de la arboleda del par-

que al guardabosque. Sonreía y sus manos venían llenas de palomas.

- Ahora podría hacerle la demostración de cómo convertirlas en pañuelos de colores.

Clasto no podía creerlo: este individuo no era más que un vulgar mago de ferias y circos de saltimbanquis. Decepcionado, se lo hizo saber.

El guardabosque, por toda respuesta, flexionó el tronco hasta tocar el piso con la lengua y luego, en tono conciliador, aconsejó:

- Si piensa estudiar las características de los predios del Rey Gaspar, aprenda a doblarse de esta manera: así hay que reverenciarlo cuando le da por lo de la borrachera de estrellas.

Dio media vuelta y con pasos rápidos se escondió dentro de la arboleda.

- ¿Quién es usted? - indagó Clasto Edginebrés de un modo que no acusaba simple curiosidad.

- ¡Juan Dequidad! - dijo una voz lejana- .  
¡Prometo ayudarle si no sucumbe a las tormentas y las orgías!

## CAPITULO DOS

EN MEDIO DE UN DESCAMPADO LO SORPRENDIÓ LA NOCHE Y SOLO ENTONCES CLASTO EDGINEBRÉS RECORDÓ LAS ADVERTENCIAS DE SALVADOR LÉMUR ANTES DE EMBARCAR EN EL BOTE DE VELAS CON DESTINO A CRETI: EL JUEGO DEL ASTRÓMETRO CONSTITUÍA UNO DE LOS TANTOS PASATIEMPOS CAPRICHOSOS DEL REY GASPAR. Con el auxilio de este equipo desviaba el curso de los acontecimientos, provocando sucesos tales como este anochecer imprevisto, un aguacero torrencial desde la tierra hacia las nubes o la desaparición momentánea del agua en el río Achdos. Según Salvador Lémur, el Rey Gaspar había llegado a Creti en el año uno y su primer descubrimiento fue el lugar de origen del río Achdos, del cual manaba un líquido verdeazulado con sabor a vino de estre-

llas. De inmediato convirtió el descubrimiento en un negocio: distribuía el vino a un precio inalcanzable por los pobres - los mendigos ni pensar que pudiesen adquirirlo: sólo cobraban diez tomines al mes procedentes de las arcas del reino más una sopa de chorizos obsequiada a aquellos que escuchasen la conferencia matinal del Maestresala Benedicto en la plaza pública- y los ricos se daban por satisfechos: aquel líquido espirituoso los protegía contra la vejez y la muerte, aunque en compensación debían dedicarse con regularidad a la matanza de cangrejos.

Amaneció en breves instantes y en el acto el sol calentó el asfalto: el Rey Gaspar acababa de aburrirse en ese mismo momento de jugar con el astrómetro. Edginebrés se frotó los ojos somnolientos, diciéndose que resultaba imposible escapar a los efectos de la ventisca que de improviso se había desatado; luego de dirigir la mirada a su alrededor concluyó que todos aquellos que lo rodeaban habían dormido unos

segundos de pie, en el mismo sitio donde los sorprendiera el juego del Rey Gaspar. A Clasto le dolía la cabeza y el hambre le retorció el estómago. Chasqueó la lengua cuando una jovencita de cabellos azules y ropas harapientas se detuvo a su lado.

- ¿Qué quieres? - preguntó de mal talante a la muchacha.

- Shhh - contestó ella colocando los dedos en los labios- . Me envía Juan Dequidad; sígueme.

Dudaba. Encontrarse en una tierra desconocida bastaba para sentir temor. Después de haber contemplado la actuación del mago desconfiaba de todos. ¿Y si la joven era el propio Juan Dequidad?

- No seas tonto - le dijo ella moviendo las pestañas con coquetería. A pesar de los andrajos, lucía tierna y virginal- . Juan Dequidad es todos y es ninguno.

Esas frases enigmáticas de quien tenía una cabeza que fue hermosa una vez aunque

ahora colmada de liendres lo asustaron. Había venido a Creti sólo para realizar un estudio científico, sin otro objetivo que ejercitar sus conocimientos sobre los fenómenos sociales. Cuando concluyera la investigación, regresaría a Santa Claridad de los Montaraces para dedicarse a la enseñanza de la asignatura Miseria de la Filosofía sin importarle la Cuarta Guerra Mundial que se avecinaba. No pensaba en ningún momento inmiscuirse en los asuntos de los habitantes de Creti - quienes, según refería Salvador Lémur basado en los criterios del Rey Gaspar, eran felices- porque no había nacido para representar el papel de héroe.

- No te queremos como héroe - comentó la muchacha sin que él hubiese abierto la boca- . Tenemos a Juan Dequidad y con él nos basta. Sólo te necesitamos para que descubras cómo somos.

- ¿Y por qué yo? - indagó Clasto Edginebrés, mitad divertido, mitad asombrado- . Soy el individuo más elemental de la tierra, el más



vulnerable: apenas he podido descubrir cómo soy yo mismo.

La muchacha tomó una mano de Clasto y la acarició contra las palmas de las suyas. El advirtió sus arrugas y grietas, y admiró unos ojos color ámbar que lo miraban sin pestañear. A través de su cuerpo penetraron los pensamientos de ella, obsesionantes, empecinados: no había derecho a abandonarse a la desesperanza cuando alguien necesitaba de uno: no bastaba con saber descubrirse uno mismo, lo importante era aprender a fabricar la vida. El carecía de argumentos para rebatir a la muchacha; suspirando profundo, se rascó la cabeza y optó por seguirla: allá en Santa Claridad de los Montaraces se desconocía esta manera a la vez tierna y violenta de convencer a los demás.

A las dos de la tarde - momento en que para algunos acababa de amanecer en Creti y otros comenzaban a acostarse, de acuerdo a la hora que les hubiese indicado sincronizar sus relojes familiares el mariscal Caivás Edjuvitas-

llegaron a la plaza pública. El Maestresala Benedicto había despertado unos segundos antes de su habitual siesta, y mostraba a todos el rostro demacrado y los ojos amenazantes. La muchacha le susurró al oído a Clasto que no fuera a opinar nada sobre lo que allí se hablara porque podría resultarle peligroso, habida cuenta de su condición de forastero desconocedor de las costumbres de los cretinos. El Maestresala acababa de despertar, efectivamente, pero de una siesta vacía de sueños, y si acaso los había tenido se trataba seguramente de uno de los que se quiere salir en el instante porque repiten los momentos más penosos de la vigilia: un león persiguiéndonos con las fauces abiertas o un hombre rechoncho moviendo sus manos blandas mientras intenta convencernos con dulzura de que debemos firmar nuestra propia condena a muerte.

- El hombre grueso de mis sueños es Benedicto - afirmó la muchacha con aire atemorizado- . El acostumbra repartir los nai-

pes y a quien le corresponda en suerte un as de espadas, deberá devolver la baraja con sumo cuidado, extraer de la funda la espada que le entrega el Maestresala y besar los rubíes del mango para introducirla de inmediato en el lugar exacto donde late el corazón.

- ¿Ocurre así en realidad? - indagó Clasto, incrédulo.

- Míralos - señaló la muchacha hacia la fila de mendigos que iban entrando de uno en uno a la garita donde el Maestresala Benedicto repartía naipes- . El que no saca un as de espadas gana una sopa de chorizos adicional.

Acabada la competencia de los naipes, después que tres mendigos enterraron en sus corazones la espada flamígera del Maestresala, éste salió de su escondite y comenzó a caminar por la plaza pública arrastrando sus pies gotosos. Vestía una túnica de seda adornada con piedras de jaspe, zafiros y topacios. Una medalla de oro con la foto en bajorrelieve del Rey Gaspar colgaba de su cuello y un aro de plata

rodeaba su cabeza. Cuando llegó frente a Clasto Edginebrés se detuvo de golpe, comenzando a respirar entrecortadamente y hablar de manera incoherente. No podía creerlo, le resultaba inaudito; llevaba las manos a los labios y a la cabeza mientras repetía: “¡Cuán pequeño es el mundo!”, y otras expresiones que salían de su boca sin dientes en tanto abrazaba con cariño a Clasto.

- Al fin los universianos nos han enviado su embajador y te han nombrado nada menos que a ti - dijo finalmente el Maestresala y Edginebrés miró a la muchacha asombrado.

“¿Quién es este loco?”, pensó y en el acto quedó arrepentido. Salvador Lémur, entre sus advertencias antes de salir del Continente, le aconsejó no pensar nada ofensivo delante de los cretinos, pues algunos conservaban la antigua facultad de sus antepasados de leer dentro del cerebro del interlocutor más cercano. Y respecto al Maestresala, le había informado que el venerable patriarca era muy dado a equivocarse;

como consecuencia más del hartazgo constante del vino de estrellas que por los años acumulados, miraba sus manos y aseguraba que se trataba de los pies. Nadie se atrevía a contradecirlo porque sus órdenes de arresto eran cumplidas de inmediato por los hombres del mariscal Caivás Edjuvitas.

- Que el Magister Domus te proteja  
- fraseó el Maestresala Benedicto y los mendigos echaron sus cuerpos a tierra.

“Entonces parece cierto lo de los formulismos”, se dijo Clasto olvidando que debía evitar los pensamientos indebidos. Cada cretino, aseguraba Lémur, portaba una tarjeta de conteo personal y la violación de un formulismo como este de echarse a tierra cuando alguien mencionaba al Magister Domus costaba puntos negativos que iban a anotarse en las casillas cuadradas de la tarjeta. También él, Clasto, siguió el ejemplo de los mendigos y la muchacha, convencido ya de que Salvador Lémur tenía razón: había sido el Maestresala, disoluto, co-

brador del derecho de pernada cuando el Rey Gaspar renunciaba al mismo porque la jovencita que contraía matrimonio no era de su agrado, el creador en el año dos de la falacia acerca de un Magister Domus que regía la Sociedad Universal de los Goces por conducto de su Gran Maestro, quien a su vez había encargado la gobernación de Creti al Rey Gaspar.

- O sea, que la estrella no se movió - le dijo Benedicto en tanto colocaba frente a la boca de una dama ricamente ataviada la medalla con la figura del Rey Gaspar.

Clasto Edginebrés estuvo a punto de confesarle al Maestresala su asombro, pues no había hablado de estrella alguna. Dos días después no se asombraría de nada de lo escuchado o visto en Creti: allí el asombro constituía un estado anímico sólo reservado para el Gran Maestro Universal de los Goces y el Magister Domus.

La dama, que Clasto suponía se trataba de la Reina Lila, miró con arrobó al Maestresala

Benedicto como diciéndose que había dejado mudo al forastero. Clasto Edginebrés en efecto quedó mudo, pensando que el anciano andaba cerca de la chochez y que los mendigos ya estaban cansados de esperar que el Maestresala diese la orden de servirles la sopa de chorizos.

## **CAPITULO TRES**

- COMENCEMOS NUESTRA CONFERENCIA DE HOY, MIS AMIGOS - DIJO EL MAESTRESALA ARRASTRANDO CONSIGO A LA DAMA ENCOJETADA, QUIEN LE AYUDÓ SUBIR SU ANCIANO CUERPO ENCIMA DE UN ESTRADO CUBIERTO CON UNA ALFOMBRA VERDE.

Benedicto hizo sonar una campana.

- Se trata de la campanilla anunciadora de las conferencias matinales - explicó la muchacha en un susurro- . El Rey Gaspar opina que cada conferencia adormece una neurona de los mendigos, por lo que al cabo de un millón de años careceremos de inteligencia.

Clasto Edginebrés estuvo a punto de sonreír divertido, pero recordó lo relacionado con los formulismos: abrir la boca cuando el inventor del Gran Maestro Universal de los Goces



estuviese impartiendo sus instrucciones del día, costaba nada menos que diez puntos en la tarjeta de conteo.

- Como es sabido - dijo el viejo apoyándose en un hombro de la dama-, la primera universidad de Creti fue la del Campamento Militar del Azófar, la cual alcanzó gran celebridad desde el siglo setenta por sus enseñanzas en la cátedra de Medicina. Respecto a la más reciente, se trata de la ubicada en la Isla de las Rosas y forma parte de uno de los tantos obsequios que les ha dispensado a los pobres la Sociedad Universal de los Goces, institución a la que me honro pertenecer y a cuyo brillo actual he contribuido no poco con mis estudios filosóficos.

Clasto miró a su alrededor: uno de los mendigos de mayor edad trataba de introducir a la vez, con sumo cuidado, el índice y el pulgar de la mano derecha en una ventana de la nariz, operación que le podía costar de ser sorprendido por alguno de los guardias del mariscal

Caivás Edjuvitas que rondaban la plaza pública, la cifra de veinte puntos en su tarjeta de conteo personal.

- La Isla de las Rosas está ubicada ahora en la faja celeste por el centro de la cual pasa la Elíptica - aseguró el anciano en un tono de gran conocedor de la materia que explicaba, luego de haber escupido en la bacinilla de peltre que le acercó un criado- y fue descubierta en el siglo quinto de la era anterior por un individuo de luengas barbas a quien apodaban Carnero y ostentaba el cargo de Gran Almirante de las Estrellas. Este señor, arrellanado en su trono, convocó a los reyes Torius, de la zona norte donde los ríos abundaban, y Escorpio, de la parte sur en la cual las aves de rapiña se enseñoreaban.

El anciano mendigo frotaba con lentitud la nariz, que iba aumentando poco a poco de tamaño. Edginebrés ya no distinguía el dedo índice del mendigo; de momento, percibió un olor a trapo de cocina antiguo y adivinó en el

acto lo que sucedía: se acercaba la ronda de los guardias del mariscal Caivás Edjuvitas. Comenzó un movimiento muy lento de su mano izquierda, tanteando el aire en busca de la mano derecha de la muchacha: quizás si lograba llamar su atención respecto a la violación del anciano sin que los guardias lo advirtiesen, ella podría avisarle con el pensamiento al mendigo que debía sacar sus dedos de la nariz.

- El Carnero, removiéndose en su asiento encarnado del almirantazgo - cloqueó el Maestresala Benedicto- , contuvo los deseos de evacuar los gases que se le atravesaron en el recto y dirigió a aquellos monarcas destronados un discurso.

La mano de Clasto ya había recorrido la mitad de la distancia necesaria para alcanzar la de la muchacha; los guardias de la ronda habían avanzado unos cuantos pasos hacia adelante; el dedo índice y el pulgar del anciano mendigo se frotaban uno contra el otro.

- ¡Oh señores, antiguos reyes Torius y Escorpio, honorables ejecutores de las desdichas! ¡Así como los gemelos surgen de un solo vientre de mujer, también los padres pueden destruir a sus hijos y los soberbios agachan sus cabezas cuando las desgracias comienzan a cercarlos! ¡Tal es el caso de un habitante de esta isla llamado Prictis, quien se rebeló contra mis designios y hubo de perder las manos por introducir las en mis arcas! ¿Qué le sucedió después? Encontréle en medio de la calle, y él que jamás habíame mirado por considerarme un invasor, para solicitar clemencia llamóme por mi nombre de pila. ¡Invoco en esta hora al Aquivo, gran padre de todos los isleños, excelso Comendador de la Orden Divina y profeta de vuestra tierra, para que os dirija la palabra!

Y mientras el Aquivo comenzaba a abrir la boca por mediación de la boca del Maestresa-la Benedicto, la mano de Clasto Edginebrés oprimió con ternura los dedos de la muchacha, en tanto que el mendigo limpiaba sus dedos

contra el mugroso pantalón y los guardias de la ronda se alejaban de Clasto. En ese mismo instante, el Maestresala detuvo su conferencia.

- Repartan la sopa de chorizos - ordenó a los criados que le rodeaban y los mendigos prácticamente no esperaron a que el Maestresala pronunciara la palabra chorizos, aunque no lograron llegar primero que Edginebrés a las ollas humeantes.

Una vez que consumió su sopa, Clasto logró escurrirse de la turbamulta sin que lo advirtiera la muchacha siquiera; se escondió detrás de un árbol cuando adivinó que el Maestresala Benedicto estaba diciéndole al que parecía ser el jefe de los guardias que por ahí andaba el embajador de los universianos, confundido entre los mendigos por un error del canciller del reino, quien no había interpretado correctamente el cable recibido del planeta Universián porque las cifras que indicaban fecha y hora de llegada del embajador estaban dispuestas al derecho y había preparado la

ceremonia de presentación de cartas credenciales para el mes siguiente.

Cuando Edginebrés vio que los guardias de la ronda comenzaron a dispersarse hacia todos los puntos cardinales, repartiendo codazos y algún que otro golpe más contundente a cuanto mendigo les estorbara el camino, escondió el morral debajo de su camisa y dejó que uno de los soldados más fornidos le colocara una mano abierta y furiosa en medio del rostro. Su cuerpo rodó hasta uno de los pantanos formados por una lluvia reciente y sintió el contacto tibio y gelatinoso del fango justo en el sitio donde fuera agredido. Sonrió mientras restregaba la cabeza en la mezcla rojiza y maloliente: con aquella careta nadie podría reconocerlo como el embajador de los universionianos; antes de presentar sus cartas credenciales debía fabricarlas si deseaba penetrar en el reino de Gaspar por la única puerta que le permitiría llegar hasta el vórtice del poder en la isla de Creti.

Con aquel disfraz de mendigo entró al parque donde había hablado con Juan Dequidad. Allí, en un banco solitario, encontró unas ropas y un espejo, y detrás de la jaula de pájaros cantores recompuso su figura hasta donde pudo. Sin los bigotes y con la camisa de dril pasaba por ser uno de los obreros de cualquier fábrica o por el maquinista del tren que viajaba diariamente hacia el Faro de Mustelier.

Del parque encaminó sus pasos hasta el jardín de las orquídeas salvajes donde encontró gran cantidad de mujeres y hombres borrachos de ilusiones y fantasías, porque las bebidas alcohólicas habían sido prohibidas por el mariscal Caivás Edjuvitas con el objetivo de eliminar las riñas y las palabras obscenas. Después de beber la naranjada y comer el bocadillo de delfín en almíbar a que le daba derecho el boleto, salió cargado de polvo y suciedad rumbo al hotel El Lago, donde le cobraron dos mil tomines por una habitación pulcramente arreglada y

con baño interior, ventajas a las que sólo podían aspirar los forasteros.

- Faltan dos minutos para las seis - le dijo el cancerbero de turno cuando por tercera vez en un lapso de una hora según su reloj particular abandonó el sillón acolchado para exigir su entrada a la habitación.

Edginebrés ansiaba colocarse debajo de una ducha y dejar que el agua corriese en abundancia por todo el cuerpo. Sentía necesidad de ser golpeado en la espalda por las gotas a presión y cerrar los ojos como hacía de niño cuando la madre lo colocaba en la tina para vaciarle jarro a jarro un cubo de agua jabonosa.

- Está prohibido bañarse antes de las siete - observó el cancerbero cuando Clasto terminó de hablar.

La palabra **prohibido** comenzaba a aburrir a Edginebrés de tanto haberla escuchado desde su desembarco en Creti. Estaba acostumbrado a defecar en horas de la tarde y a comer dos veces por día; también evacuaba la



vejiga regularmente; y, aunque cuidaba de hacerlo en privado, eructaba con cierta frecuencia y de cuando en cuando ventoseaba. No temía a su cuerpo: cuando la bestia salvaje que lo dividía en dos partes simétricas se negaba a mantenerse enjaulada, buscaba la compañía de alguna mujer con la cual tuviese afinidades espirituales y en la intimidad de una noche o un día, llegaban al hartazgo. También gustaba de conversar con su amigo del alma Salvador Lémur; del maestro y filósofo había aprendido a soportar con estoicismo las derrotas y las victorias con parsimonia; desde luego, tales conversaciones que transcurrían habitualmente en la oficina privada de Salvador en la Universidad de Santa Claridad de los Montaraces, eran condimentadas con abundantes cantidades de Rontusán mezclado con extracto de benjuí y al llegar la medianoche ya no adivinaban si tenían la cabeza encima de las nubes o los pies debajo de la tierra.

Resulta obvio que Clasto Edginebrés sólo rumió sus inquietudes hacia adentro y esperó con paciencia a que el reloj particular del cancerbero marcase las seis. Ya dentro de su habitación y después de haberse desprendido la mugre acumulada durante el viaje a través del Mar de las Angustias, solicitó una conferencia telefónica internacional para las ocho de la noche que le fue concedida por la Empresa de Comunicaciones de Creti para las seis de la mañana del día anterior. Del otro lado de la línea su siempre bien ponderado amigo Salvador Lémur le recomendaba pedir audiencia con el consejero del Rey, descendiente remoto de Toresano el Filósofo, para que lo interrogara acerca de sus opiniones sobre la forma en que su Majestad conducía el gobierno de Creti. Edginebrés no rechazó de plano esta sugerencia, pero razonó:

- Es muy difícil que Benjamín Toresano, quien bebe de las mismas aguas que el Rey Gaspar, pueda juzgarlo con objetividad.

Del otro lado de la línea se escuchó como si un vaso cayera al piso y Clasto pasó la lengua por sus labios. Imaginaba a su amigo fregándose el gaxate con almíbar fermentado en alcanfor y tuvo dos sensaciones emparentadas: envidia y enojo.

- No te confundas - le hizo saber Salvador- : ha sido la bola astrológica que ha caído al piso y acaba de romperse.

“Si esta desgracia te hubiese sucedido aquí en Creti, hasta el próximo siglo no habrías logrado obtener otra bola”, pensó responderle Clasto Edginebrés. Se abstuvo, sin embargo, de tal comentario. Le habían hecho saber que el mariscal Caivás Edjuvitas no perdonaba ironías ni sarcasmos y de sus bartolinas sólo podía salirse con boleto sin regreso hacia el Torrejón del Alcatraz. Optó por desviar la conversación hacia otro tema, a sabiendas de que el mariscal mantenía bajo control todos los teléfonos.

- No he visto aún ni un solo instrumento musical de los que tanto me hablaste antes de partir hacia acá - dijo Clasto, para disimular.

En materia de música Salvador Lémur era algo menos que sordomudo, pero al parecer estaba tan borracho que se las dio de especialista. Admitió no recordar haber mencionado nunca la cuerda de un violín y que no solía distinguir un equipo para producir efectos luminosos combinados con los sonoros de un simple atril; no obstante, empleó cerca de media hora explicándole todas las características de los instrumentos que atesoraba el Museo de Creti y le aseguró que allí podría encontrar el clavicémbalo de piedra con el que el Rey Gaspar había hecho anunciar su entrada triunfal en la Isla de las Rosas, luego de que el ejército bajo su mando derrotó a las huestes de Juan Dequidad por vez primera en el año uno. Edginebrés no se inmutó: conocía bien a su amigo y le constaba que al encontrarse harto de mostos fermentados era capaz de jurar por los bisabuelos que en

el reino de los cretinos regían las leyes de la Sociedad Universal de los Goces, según las cuales todos los hombres eran limpios de corazón. No: Clasto no estaba para disquisiciones filosóficas a esta hora; le bastaba con saber que al día siguiente debería escuchar la conferencia matinal del Maestresala Benedicto para evitar que le anotaran dos puntos en la tarjeta de conteo. Incómodo, se despidió de su amigo con un impersonal ***hasta mañana*** y luego de acostarse abrió el libro de Salvador Lémur titulado ***Sofismas y disquisiciones***, violando de esa manera la quinta cláusula de los estatutos reglamentarios del reino de Creti: todo forastero venía obligado a dormirse cuando su reloj particular señalase las diez.

## CAPITULO CUATRO

ACOSTUMBRADO COMO ESTABA A MEDIR SOBRE SEGURO CADA NUEVO PASO DE SU VIDA, CLASTO EDGINEBRÉS EXTRAJO DEL MORRAL UNA LLAVE DE ESTRÍAS MUY PEQUEÑA Y CON LENTITUD SE QUITÓ LA CAMISA, SITUÁNDOLA CON SUMO CUIDADO ENCIMA DE LA CAMA. Ocupó un sillón acolchado dispuesto en un sitio de la habitación desde el cual podía contemplar una noche vacía de estrellas. Por la ventana semiabierta entraba un aire cálido, con olor a flores alcanforadas, y se escuchaban los cantos de gallos entrenados para engañar a los cretinos: cantaban como si fuese de madrugada, cuando el reloj particular de Clasto señalaba las seis de la mañana. Metió la mano en el bolsillo y luego de rebuscar entre los alfileres que guardaba por precaución encima de su cuerpo, encontró una pinza

microscópica. Un hombre cruzó muy cerca de la ventana con pasos tambaleantes, entonando una canción en la que hablaba de un cangrejo gigante. Edginebrés se mordió la lengua tal como acostumbraba cada vez que se disponía a iniciar un trabajo que requiriese de concentración y esfuerzo mental. A lo lejos pudo escucharse el ronquido asfixiado de una máquina ferroviaria y en el acto dos pitazos largos y tres cortos: el tren con destino al Faro de Mustelier acababa de partir con todos sus asientos ocupados por borrachos de vino de estrellas decididos a participar allí de una nueva orgía. Con auxilio de la pequeña llave golpeó suavemente el volante del reloj y con la pinza sostuvo las agujas. Desde la ventana aladaña gritaron una obscenidad - gran temeridad habida cuenta que este tipo de palabras estaba prohibida bajo pena de seis puntos en la tarjeta de conteo- y alguien se defecó con palabras de grueso calibre en la abuela del Maestresala Benedicto, violación que los guardias de la ronda castigaban con

cien puntos. Movi6 la aguja m1s peque1a tres horas hacia atr1s y entonces todo estuvo listo para Clasto Edginebr6s: ahora ya pod1a pasearse por las calles de Creti y contemplar a sus antojos la luna, una luna amarilla y redonda que acababa de aparecer por el horizonte, 1nica divers6n para los hijos peque1os de los mendigos: los padres les hac1an creer - como les hicieron creer a ellos en el pasado y como les hab1an hecho creer los bisabuelos a los abuelos cuando a1n se hablaba al derecho en Creti- que se trataba de una gata dispuesta a darle de mamar a sus gatitos mientras el pap1 sol entraba en el retrete.

De pronto, estuvo paseando despreocupado por el puerto oloroso a mariscos y orines resecos cuando encontr6 una pareja de enamorados que buscaba un espacio donde decirse ternezas al o1do. Ella luc1a pesta1as alargadas, obviamente postizas, y un vestido que aunque excesivamente largo no imped1a adivinar sus piernas macizas; 6l era de mediana estatura y a



pesar de que cojeaba, se plantó con firmeza en sus pies al suponer que el individuo de anchos hombros era un forastero.

El hombre que ha quedado sembrado en su sitio, con parsimonia y elegancia, es nada menos que el canciller del reino, graduado en derecho consuetudinario y diplomático por la Universidad del Campamento Militar del Azófar. Toma el sombrero en las manos, ejecuta dos reverencias inclinando primero la cabeza y luego el cuerpo al nivel de la cintura, adelanta el pie derecho y sólo entonces extiende la mano hacia atrás. En un idioma como el de Creti carente de verbos - razona Clasto Edginebrés- esta es una manera original de ofrecer la bienvenida a cualquier extranjero: comprende definitivamente que se halla en el país de los sueños, donde todo es posible, todo es hermoso, todo es distinto.

- Hábleme con palabras y no por señas  
- le pide Clasto con fastidio sin recordar que ha cometido una grave violación: si cerca de allí se

hubiese encontrado alguno de los guardias del mariscal Caivás Edjuvitas ya sus huesos estarían pudriéndose en una bartolina sin ventanas y sin puertas, cerrada con argamasa por techo y costados. Al instante trata de rectificar, pedir disculpas, escapar. Fue la primera advertencia de Salvador Lémur cuando iba a abordar el bote de velas allá en el Continente: en Creti un forastero no puede abrir la boca hasta que su interlocutor haya pronunciado su nombre y el de sus acompañantes.

- Cornelio Huerta y esposa - responde sonriente el aludido. Ella muestra sus blancos dientes y a punto ha estado de rogarle al forastero que la libere de esta especie de miriñaque obsesionado con las pláticas sobre tratados y cláusulas de obligatorio cumplimiento.

- Para servirle a usted y al Gran Maestro Universal de los Goces - agrega la esposa con timidez y descaro mezclados, tal como acontece con frecuencia en Creti, donde las palabras

están desprovistas de valor y los sentimientos nada expresan.

Continuó caminando hacia adelante despreocupado, contemplando el verdor de los árboles y las gotas de rocío bailando encima de las hojas al ser batidas por el viento; entró al jardín de las orquídeas salvajes y mientras degustaba el vaso de naranjada fría decidió mirar el noticiero matinal en el televisor de pantalla panorámica colocado en la antesala del bar. Por primera vez tenía frente a sus ojos la figura enjuta y apoplética del Rey Gaspar. Movía sus manos, nervioso, consultando con Benjamín Toresano cada respuesta que ofrecía a los periodistas. Opinó que el peligro mayor sobre Creti no eran los cangrejos, sino quienes de día alababan la doctrina instituida por el Maestro Universal de los Goces y en horas nocturnas abjuraban de ella. Librarse de los cangrejos resultaba sencillo, dijo el Rey Gaspar a la vez que expulsaba una risita tonta mezclada con el sonido retumbante de una tos crónica; apagó el

cigarrillo contra la palma de la mano tendida por Benjamín Toresano y se dispuso a argumentar su afirmación. Por medio de un Edicto Real ordenaba que todos abandonasen sus puestos laborales durante las horas convencionalmente conocidas como madrugada, y debían lanzarse a la calle armados de tridentes y otras herramientas, dispuestos a exterminar con saña la plaga que destruía los sembrados y emporcaba la playa durante el desove. En aquella cruzada contra Elamedelamed, enemigo jurado del Magister Domus, y sus agentes en Creti - los cangrejos- , los niños cumplían una tarea más importante que la de los mayores: eran los encargados de descubrir las cuevas y con un palo en las manos corrían de un sitio a otro tratando de ganar la medalla de oro que imponía personalmente Su Majestad el Rey al menor de diez años que más huevos destruyese.

- Es cierto que una vez falló este asunto del concurso nacional - reconoció el Rey Gaspar sin mirar al periodista. El escaso cabello del

monarca lucía desordenado y el rostro no podía ocultar la agonía del desamparo. Contó largamente una historia que podía resumirse en pocas palabras. Cuando el príncipe del infantado Xavier Aymás presentó al tribunal las evidencias de haber destruido seis millones de huevos de cangrejos, cifra fuera de todo pronóstico, los aplausos casi derrumban con su resonancia el palacio real. Y en el preciso instante de imponerle la codiciada medalla, avisaron de urgencia que el infante había cumplido al momento de aplastar el último huevo la edad de diez años y dos horas, estas últimas un exceso de poca importancia para aquellos que deseaban que el muchacho ganase. No obstante, el jurado fue inflexible: los reglamentos aclaraban que el niño debía tener exactamente diez años, y dos horas era una cifra elevadísima convertida en segundos: nada menos que seis mil doscientos. En esa oportunidad declararon desierto el premio y a partir de entonces el rey en persona introdujo una cláusula en los regla-

mentos: los príncipes de la real casa quedaban excluidos del límite de la edad.

- Sin embargo - razona el Rey Gaspar en actitud concluyente, arrellanándose en su trono azul celeste adornado con estrellas multicolores- quienes fingen caminar hacia atrás cuando en realidad andan moviéndose hacia adelante no ponen sus huevos en las cuevas, sino que se preparan para situarlos en lugares más inaccesibles. - Al decir el rey esto último, Benjamín Toresano sonríe satisfecho. Aquella sonrisa le huele a Clasto Edginebrés, según sus decires, a **turumaco de fafolina**: el rey ha estado moviendo los labios, pero quien ha hablado, como ventrílocuo de renombre al fin, ha sido el propio consejero principal del monarca, el doctor en Ciencias Filosóficas Benjamín Toresano.

## CAPITULO CINCO

AL ARRIBAR LA MAÑANA, SOLEADA AUNQUE NO MUY CÁLIDA, EL FORASTERO ABANDONÓ EL JARDÍN DE LAS ORQUÍDEAS SALVAJES Y ENCAMINÓ SUS PASOS HACIA LA PLAZA PÚBLICA. Allí el Maestresala Benedicto había comenzado ya la conferencia matinal, y a su lado la dama ricamente vestida lo miraba con una mezcla de temor y admiración.

El Maestresala, iracundo, hablaba de venganza y amenazó con exterminar a alguien. Sus asentaderas descansaban inquietas encima de las espaldas de una réplica en yeso del Hombre del Cromagnon, y la dama le rogaba con señas desesperadas que se tranquilizara.

- ¡Ah cretinos que murmuráis entre dientes denigrando de las enseñanzas del Gran Maestro Universal de los Goces! - se enfureció

aún más Benedicto, lanzándose de su cabalgadura- . Sabemos gracias a las diligencias del honorable mariscal Caivás Edjuvitas - dijo, mientras llevaba la mano derecha hacia la parte trasera de los pantalones- que una exigua minoría alentada por forasteros generosamente acogidos en nuestro seno con la única exigencia de comportarse acorde a las reglas de vida cretinas –comenzaba a calmarse; la mano derecha se movía con evidente nerviosismo- , ha dado en dudar de las verdades eternas proclamadas por el Gran Maestro en el **Libro de los Axiomas** tal como se las reveló hace mil siglos el Magister Domus. Por lo tanto, ¡muerte a los perros traidores! - gritó a todo el volumen que le permitía su tono de voz.

Uno de los criados que asistía al Maestresala alzó el brazo y todos los mendigos se lanzaron al suelo, levantaron una pierna y corearon:

- ¡Muerte!



El criado alzó ambos brazos y los mendigos se pusieron de pie. Los del sexo masculino flexaron sus cuerpos hasta esconder las cabezas entre las piernas y las hembras sacaron sus lenguas, gritando ambos grupos al unísono:

- ¡Muerte!

El criado expulsó un gas sonoro y todos quedaron mudos, presas de la confusión: esa señal no estaba codificada. El Maestresala Benedicto aprovechó la vacilación momentánea de los mendigos para secarse el sudor de la frente. Clasto Edginebrés, oculto detrás de un árbol, miró aquellos ojos ancianos y creyó descubrir en ellos el aburrimiento por el diario ritual.

- Está bien - dijo Benedicto en voz baja; sus hombros perdieron la posición erguida y comenzó a retirarse con pasos bamboleantes.

Al terminar la conferencia los mendigos se agolparon frente a las ollas repletas con sopa de chorizos. Clasto, en cambio, no se movió de su puesto. Había comido y bebido hasta el hartazgo el día anterior, vestía ropas finas y

elegantes, y no tenía deseos de encontrarse con la emisaria de Juan Dequidad. Ahora no sabía cómo emplear el tiempo disponible: según el reloj de la plaza pública, único que marcaba la hora absoluta, hasta las doce del meridiano disponía de catorce mil cuatrocientos segundos para gastarlos a su antojo. Sabía por las indicaciones que le había impartido Salvador Lémur antes de salir del Continente, que al Rey Gaspar no le importaba si alguien se dedicaba a extrapolar semifusas con corcheas o a extraer paramecios en las aguas estancadas del río Achdos; en cambio, tenía prohibido usar las neuronas bajo pena de cincuenta puntos en la tarjeta de conteo por cada violación. Además, había sido impuesto por parte del cancerbero del hotel que debía respetar las leyes y decretos del formalismo como cualquier forastero, aun cuando se tratara del embajador de los universianos. Por todas estas razones, decidió cumplir con una obligación que venía aplazando desde la noche anterior: presentarse en el palacio real

para entregar sus cartas credenciales al Rey Gaspar, quien desde que el Gran Maestro Universal de los Goces inventado por el Maestresala Benedicto lo nominó monarca vitalicio, cada vez que recibía a un nuevo embajador el saludo de bienvenida era una pedorrera bastante sonora y tan pestilente que a todos hacía contener la respiración. Desde luego, nadie se atrevía a extraer un pañuelo en presencia del rey: eso costaba cien puntos en la tarjeta de conteo y adicionalmente una semana de reclusión en las bartolinas carentes de puertas y ventanas.

Llegó al palacio pasadas las doce. Previamente, había recorrido la zona céntrica de la ciudad y pudo admirar el Volcán Nevado, que fuera traído quinientos años atrás desde la Isla de las Rosas con el fin de emplear sus erupciones como fuegos de artificios para las celebraciones de los campeonatos de matadores de cangrejos. Delante del volcán se veía una rústica vivienda con el techo de zinc reluciente y

al fondo unos árboles frutecidos que sobrepasaban dos veces la altura de la elegante construcción; el frente de la misma quedaba adornado con una rosaeda desde la cual los colores de las distintas variedades de flores pugnaban por destacarse unos de otros para admiración de los cretinos, quienes expresaban cada vez que observaban el conjunto en su habitual manera de hablar al revés:

- ¡Cuánta hermosura!

Clasto Edginebrés sospechó que detrás de aquel bucólico paisaje se escondía alguna trampa contra las personas de mirada ingenua. La dialéctica aprendida con Salvador Lémur le había enseñado que apariencia es lo externo, pero que adentrarse en la esencia significa llegar a lo interno, por lo que solicitó al cancerbero pasar a la vivienda. Este le contestó: ¡No!, pero cuando Clasto le hizo la señal secreta de la Sociedad Universal de los Goces le franqueó el camino. Colocar Edginebrés un pie en el umbral de la puerta, adelantar el otro hasta

quedar dentro de una sala teñida con luces artificiales y recibir un macetazo en plena frente fue un acto indiviso. Aunque trató de ponerse en guardia, bien pronto quedó tranquilo: un fornido leñador, acercándose a él, le pidió disculpas y lo ayudó a levantarse. En el instante, continuó golpeando con el cabo de su hacha al hijo llamándolo vendedor de tu madre y otras delicadezas que obligaron a Clasto Edginebrés a taponarse los oídos. No quiso continuar experimentando y se retiró del lugar convencido de lo acertado del aforismo que reza: “Las apariencias engañan”.

En el palacio real el reloj del Rey Gaspar señalaba apenas las siete. Por tal motivo, el embajador tuvo que esperar paseando por los jardines en compañía del canciller del reino y comprobó cuán diferente era aquí el clima al del resto de la ciudad. No hacía ni frío ni calor o mejor dicho, hacía lo que cada cual desease. Dos atletas corrían alrededor de una pista asfaltada abrigados en gruesas chaquetas de piel de

oso, mientras una señora gordiflona tiritaba de frío a la orilla de un estanque entretenida en comer chicharrones de albaricoque; hacia el fondo, en un parquecillo, tres doncellas se abanicaban desesperadamente sin dirigirse palabra alguna. Clasto Edginebrés no podía ocultar su admiración: desconocía que este asunto del clima a elegir por los moradores del palacio era un invento personal del rey, a quien suponía un ignorante cachanchán sin saber que gracias a su celo profesional había logrado librar al país de la exportación del vino de la felicidad. Porque el Rey Gaspar - aseguró convencido el canciller del reino- conocedor del punto de fusión exacto del espíritu del vino que el Magister Domus había inventado para sustituir el agua del río Achdos, hizo construir retortas y matraces para destilar el vino de la felicidad en estado puro, sin mezclas: tal era la exigencia de la Sociedad Universal de los Goces para colocarle en la etiqueta la leyenda: **DE CONSUMO OBLI-**

**GATORIO**, y de ahí a llenarse las arcas del reino fue cuestión de días.

- ¿Y conoce el excelentísimo embajador acerca de la invención de los hornos por parte de Su Majestad? - interrogó el canciller Cornelio Huerta y al advertir el asombro en el rostro de Clasto, abrió un libro titulado **Historia Oficial de Creti** y luego de hojearlo durante un rato, leyó:

“Según refiere el Gran Maestro, desde el año cien mil ya los mulomines y sebrenios, pueblos de salvajes, habían desarrollado la fabricación de pan empleando una fórmula secreta sobre la base de trigo mezclado con ajonjolí y aserrín de madera blanda. Poco a poco, la industria fue mejorando su equipamiento tecnológico, aunque adolecía de un defecto: por no haber sido descubierto el fuego los panes no se cocían y era bastante incómodo trasladar un pan que se dividía en millones de partes. Los isleñorrosinos, andando el tiempo, probaron abrir un hueco en la tierra, echar

adentro los panes, cargar el hueco con leña y taponarlo de nuevo con paja y arena, a consecuencia de todo lo cual vino a descubrirse un elemento de suma importancia para la evolución futura de la humanidad: el carbón. Sin embargo, no sería hasta cincuenta mil años después que habría de concretarse el invento del pan cocido: nuestro eterno Rey Gaspar hizo fabricar los hornos con ladrillos refractarios, le adicionó una especie de embudo para el escape de los gases nocivos y así ejecutó el milagro de la reproducción de los panes. Acostumbraba estudiar en horas de la madrugada - momento elegido para evitar las indiscreciones malsanas a que son proclives los criados- el **Códice Secreto**, escrito por el Gran Maestro, y al llegar una noche al capítulo titulado **Sobre el descifrado de lo oculto**, Su Majestad intuyó de inmediato las reglas de interpretación de manera que al lanzar los dados cabalísticos encima de la mesa de trabajo forrada con un tapete verde, los mismos le depararon el siguiente resultado:



el dado azul celeste cayó encima de las protuberancias púberes de Virgo y el orlado de estrellas se posó sin violencias bajo el signo de Capricornio. <<Ya está>>, redondeó la idea nuestro sabio rey en las interioridades de su cerebro”.

Al llegar a este punto de la lectura, sonó una campanilla de manera insistente y el canciller se deshizo en explicaciones corteses antes de salir corriendo hacia el edificio principal del palacio.

## CAPITULO SEIS

- ¿SABES QUÉ SUCEDIO ALREDEDOR DE TODO ESE CUENTO SOBRE LA INVENCIÓN DE LOS HORNOS POR EL REY GASPAR? - PREGUNTO LA EMISARIA DE JUAN DEQUIDAD, LLEGANDO DESDE EL BOSQUECILLO QUE RODEABA LOS JARDINES DEL PALACIO.

Clasto no podía creerlo: ¿era tan grande el poder de Juan Dequidad y los suyos que lograban burlar la vigilancia de los guardias palaciegos y entrar a la vivienda del rey sin ser advertidos? La muchacha no le permitió exponer sus dudas en voz alta.

- Deja el asombro a un lado y escucha cómo ocurrió en realidad ese asunto del horno.

La muchacha sonrió coqueta, invitándolo a tenderse a su lado en la tierra desnuda y le habló largamente de la campanilla con que el

Rey Gaspar solicitaba la presencia de sus secretarios del gobierno. Cada uno poseía una música especial para ser llamado, lo cual constituía un gran honor. No se trataba de una campanilla de burdo metal bronceado, qué va, sino de oro refinado, sin impureza alguna. Las campanillas de bronce sólo se empleaban para llamar a los criados, y fue una de esas la que agitó el rey luego de dar dos sonoras palmadas y haber dicho: “Ya está”, al observar que el dado azul celeste había caído encima de las protuberancias púberes de Virgo y el orlado de estrellas reposaba sin violencias bajo el signo de Capricornio.

Apareció frente a la puerta principal del laboratorio real un viejo renqueante con los ojos lacrimosos y el Rey Gaspar le ordenó localizar vivo o muerto, dentro o fuera del palacio, dormido o despierto, aunque se hallase en una posición indecorosa, a Benjamín Toresano.

- Sí señor Excelentísimo y Sabio Rey Eterno Gaspar Único, soberano por la gracia del

Gran Maestro Universal de los Goces - contestó el criado respetando los formulismos de la casa real, aunque para sus adentros iba rezongando que este huévedo de la grandísima yegua lo traía hasta los escrotos con sus órdenes de toro semental y otras lindezas que acostumbraba murmurar entre dientes. En una oportunidad, ya había sido sorprendido personalmente por el mariscal Caivás Edjuvitas renegando de su condición de servidor de un loco, y a pesar de ser amigos porque el criado mantenía gratuitamente provisto de vino de estrellas al jefe militar, le advirtió que de escuchar de nuevo tales ofensas le iba a endilgar cien puntos en la tarjeta de conteo, amenaza que de cumplirse arruinaría a este viejo, perro fiel de los caprichos del rey: tendría que unirse a los mendigos de la plaza pública, quienes lo esperaban con los brazos abiertos desde cientos de años atrás con el objetivo de arrancarle uno a uno todos los pelos de su abundante cabellera: sabían que había obtenido su actual cargo de cancerbero

mayor de palacio como pago a la información que brindó acerca de la primera expedición de Juan Dequidad procedente de la Isla de las Rosas para liberar a los cretinos del cumplimiento de los formulismos.

A la media noche del día anterior apareció Toresano con el pecho marcado de cardenales y una borrachera de estrellas que lo hacía balancearse.

- ¿Dónde estabas? - preguntó fiero el rey, poniéndose de pie y jugueteando con una fusta de cáñamo con la cual castigaba a los príncipes del infantado.

- En el bar de las orquídeas salvajes - mintió Benjamín Toresano. De haber confesado que lo habían encontrado en el Faro de Mustelier y dos fornidos guardias habían tenido que desacoplarlo de una prostituta, el rey lo habría expulsado de inmediato de sus predios: no admitía que sus secretarios del gobierno se mezclaran con la plebe, lo consideraba nocivo para Creti; los dioses debían mantenerse aleja-

dos de los mortales, acostumbraba decir cuando los reunía en el Real Consejo.

- Ya está, muchacho –dijo cariñosamente Gaspar- . Ahora despierta porque voy a revelarte un secreto que me ha enviado la Sociedad Universal de los Goces: vamos a fabricar panes.

- Es una gran idea - se limitó a contestar Toresano con deseos de comunicarle que el invento del pan era tan antiguo como los viajes extraterrestres, pero no tuvo ánimos para ello: un buen consejero, lo sabía, debe aprobar todas las ideas que le consulte su jefe sin a su consideración sin oponer reparos.

- Acabo de inventar los hornos de leña - continuó el rey, eufórico, mostrando unos planos perfectamente mal dibujados por su mano achacosa.

- Es una gran idea - repitió Benjamín fijándose en que todas las medidas estaban incorrectamente acotadas.

- Observa este detalle - señaló con su dedo sarmentoso el monarca- : por la aspiller

saldrá el humo para que los panes no se chamusquen y la denominaremos... la denominaremos... - dudó unos instantes, simulando que pensaba- ; ya sé: chimenea, que viene de nuestro idioma matriz, derivado de **chimes**, lo cual significaba humo y unido a la declinación **neas**, que designaba la capacidad de los cuerpos para escapar al espacio.

- Es una gran idea - recalcó Benjamín Toresano por tercera vez con seriedad, aunque para sus adentros reía a carcajadas tan estridentes que se vio obligado a apretarse el estómago.

- ¿Qué te ocurre? - indagó preocupado el Rey Gaspar.

- Estoy superlativamente admiradísimo de su genialísima idea - lo tranquilizó Benjamín al comprender que el rey habría sentido mucho tener que deshacerse de sus servicios como consejero por burlarse de sus locuras. Era el único, en los largos mil años de compañía, que le había demostrado cariño al extremo de llamarlo papacito; además, nunca había herido su

vanidad personal: se dejaba ganar las partidas de ajedrez obligatorias de la hora del crepúsculo con alevosía propia de su condición de criado principal.

A partir de ese momento, a todos los cretinos se les hizo creer - tal como constaba en la ***Historia Oficial de Creti***, libro de texto de la asignatura de igual nombre en la enseñanza elemental, redactado por el Maestro sala Benedicto- que fue Gaspar Único el inventor de los hornos para quemar panes, quedando de esa manera satisfecha la manía científica del rey y el consejero Benjamín Toresano obtuvo una dispensa de mil puntos negativos en reserva para que pudiese asistir con mayor regularidad al Faro de Mustelier y emborracharse allí bebiendo aguardiente de extracto de magnolias que desembarcaban en público secreto las astronaves de la Armada Real en las costas aledañas al Torrejón del Alcatraz.

Clasto Edginebrés bosteza sin ponerse la mano en la boca después de haber escuchado el



relato de la emisaria de Juan Dequidad y es advertido por ésta que debe tener más cuidado pues según el Maestresala Benedicto tal acción se interpreta de la siguiente forma: quien bosteza en público demuestra padecer de incoordinación en los músculos del esternocleidomastoideo, amén de que se ha aburrido con la conversación que se viene sosteniendo en su presencia; quien se aburre con una conversación cualquiera, suele aburrirse con todas las conversaciones sobre el Rey Gaspar; quien se aburre con todas las conversaciones sobre el Rey Gaspar, se aburre por lo tanto de aquella historia que suele repetirse cada una hora por los canales de televisión de Creti en la que se relata que una vez Su Majestad fue a cruzar una charca y al ver su rostro reflejado en la misma el agua desapareció.

- De ahí concluye el Maestresala Benedicto - dijo la muchacha poniéndose de pie, y Clasto la imitó- que aquel que se burla del rey demuestra desconfiar de su inteligencia, de-

biendo aplicársele la pena de veinte puntos sin derecho a apelación.

Al escuchar aquello, Clasto Edginebrés trata de controlar una carcajada que pugna por salirle no de la garganta, sino de las profundidades de su estómago. Cuando logra dominarse, le pide a la muchacha que por favor le indique el lugar donde podría lanzarse un sonoro pedo sin temor a violar formulismo alguno, y la emisaria de Juan Dequidad le responde contrariada:

- Te resultaría imposible evacuar tus gases intestinales: el Rey Gaspar acaba de levantarse y sin lavarse los dientes ya está reclamándote ante su presencia. Mira hacia allá.

## CAPITULO SIETE

MIRO HACIA DONDE LE INDICABA LA EMISARIA DE JUAN DEQUIDAD Y VIO ALGO PARECIDO A UN MUÑECO DE TRAPO ENFUNDADO EN UN MANTON COLOR AZUL CIELO. En su cabeza, una diadema con varias puntas hacia arriba lanzaba destellos enceguecedores; en la mano derecha, una especie de bastón que emitía un sonido intermitente. Se trataba sin dudas del Rey Gaspar, a quien Clasto Edginebrés vio sonreír eufórico a pesar de que su rostro denotaba cansancio.

- Camina hacia allá con los ojos cerrados - advirtió la muchacha alarmada cuando advirtió que Edginebrés intentaría ir al encuentro del monarca- y no los abras hasta que no estés seguro de hallarte frente a él.

Ya iba Clasto a comenzar su marcha rumbo a la entrada principal del palacio cuando

apareció de improviso un militar con grados de mariscal del reino, recién afeitado, oloroso a lavanda, gentil.

- Mis respetos, señor embajador plenipotenciario de los universianos - dijo el militar inclinándose dos veces frente al aludido, quien no pudo ocultar su asombro: había pensado hasta ese mismo instante que él debía presentar sus zalemas a toda la corte del rey y no al revés.

Sin darle tiempo a salir de su estupor, entre cuatro criados cargaron en hombros a Clasto Edginebrés y por instrucciones del mariscal lo depositaron en el primer descanso de las escaleras del edificio.

- Mis respetos, señor excelentísimo embajador extraordinario y plenipotenciario de los universianos - dijo el Rey Gaspar cuando Clasto, petrificado, abrió los ojos: tenía la sensación de haberse emborrachado con aguardiente de extractos de magnolias.

De inmediato el monarca invitó al embajador a pasar por una puerta donde podía leerse

en un cartel trazado con letras góticas: **SALON DE RECEPCIONES**; entre tragos de agua hervida y refrescos de naranjada, mientras paseaban por la amplia habitación, la mañana se les licuó entre las manos, comentando nimiedades sobre los respectivos países de cada uno, en los cuales según ellos podían disfrutarse de la luz más diáfana, el crepúsculo más hermoso y el clima más benigno, hasta que el rey alargó una mano enguantada y oprimiendo la de Clasto le dijo:

- Sincronice su reloj personal con el mío. Sólo por esta ocasión: deseo que llegue con puntualidad a la cena que ofreceré en su honor en horas de la noche.

Clasto suspiró, henchido de satisfacción. Se había convertido de improviso en diplomático con plenos poderes, representante y guardián en Creti de las vidas y haciendas universitarias; amparado en tales poderes podía declarar la guerra o firmar la paz, disponer la velocidad y el rumbo del viento, perdonar al

condenado o hacer ajusticiar un inocente. Pade-  
cía la embriaguez propia del ratón que al  
descubrir el queso, emocionado comienza a  
roerlo. Mientras alza de nuevo su copa en un  
brindis escandaloso, no puede reprimir las  
emociones y exaltado declara sus opiniones  
sobre los más altos dignatarios del país: Gaspar  
Único gobierna a los cretinos de manera sabia,  
genial; el mariscal Caivás Edjuvitas es un pun-  
donoroso militar; el Maestresala Benedicto se  
halla investido de una alta responsabilidad  
como conductor de almas extraviadas; el conse-  
jero principal Benjamín Toresano demuestra a  
cada instante sus profundos conocimientos  
científicos al asesorar al rey en asuntos tan  
disímiles como invenciones de hornos para  
cocer pan o métodos de obtención de oro to-  
mando como materia prima el jugo de las  
magnolias sobrante en la fábrica de aguardien-  
te; el canciller Cornelio Huerta posee una  
adorable y culta esposa, que honra a todas las  
mujeres de Creti atendiendo cumplidamente a

cuanto forastero llega a estas tierras. Cuando acaba de hablar, luego de haber admitido la honda satisfacción que siente al saber que en horas de la noche será presentado al cuerpo diplomático, el consejero Benjamín Toresano se le acerca, y entregándole un sobre lacrado lo abraza con todo cariño, haciéndole saber al oído de manera disimulada que dentro podrá encontrar un cheque por la nada despreciable suma de quinientos mil tomines.

Entró a la habitación del hotel El Lago preguntándose qué actitud debía asumir el embajador de los universianos en un país donde el principal asesor del monarca le hace llegar un documento tan comprometedor como el que guarda en el bolsillo de su chaqueta, porque antes de convertirlo en efectivo en un banco cualquiera deberá consignar al dorso los datos del pasaporte y estampar su firma y entonces el documento será una prueba de que se ha dejado sobornar. Buscaba dentro del morral que lo acompañó en su travesía por el Mar de las An-

gustias los objetos indispensables para el aseo personal, y de casualidad descubrió un papel timbrado con el escudo oficial de Creti. Cerró los ojos antes de atreverse a leerlo. No le cabían dudas: se trataba de un anónimo, uno de esos asquerosos papeles sin firmar como aquellos que solía hacer distribuir en la plaza pública - según le había asegurado el rey durante la recepción oficial- el forajido Juan Dequidad instando a los mendigos a proteger hasta con sus propias vidas los huevos de cangrejos dondequiera que los hallasen, para evitar que los niños cretinos pudieran sentirse felices durante el campeonato anual y de esa manera hacerle creer al mundo que en Creti ni los más pequeños disfrutaban la alegría de vivir.

Clasto Edginebrés no se atrevía a abrir los ojos. Caminó hasta el baño guiándose por el contacto con las paredes y luego de lavar sus dientes ocupó la blanca taza dedicándose en la intimidad del lugar a la reflexión, intentando adivinar quién podría ser el autor del anónimo:



¿Benjamín Toresano, con su cara de mosca babosa, que al abrazarlo ha sacado de abajo de la manga, como una carta trucada, el cheque que podría arrastrarlo hacia el mar sin fondo de los formulismos? ¿El mariscal Caivás Edjuvitas, patizambo, al cual a pesar de los dientes superiores putrefactos ha comenzado a admirar pues le supone recio carácter, que denuncian su voz de trueno y el ademán enérgico? ¿El Maestresa-la Benedicto, a quien escuchó afirmar durante la recepción que la guerra es el arte de la mentira? ¿La Reina Lila, esa ilustre dama encopetada que se considera a sí misma la más esbelta, la más favorecida por la naturaleza, la única mujer en el mundo merecedora de servir como modelo de la escultura titulada **LA BELLEZA** que el rey ha ordenado erigir en los jardines del Campamento Militar del Azófar? ¿Cornelio Huerta, tan sufrido, con su llanto a flor de labios, la ronquera que nunca lo abandona porque no se cansa de proclamar que según las leyes del derecho internacional Creti es el mismo ombli-

go del mundo? ¿El propio Rey Gaspar, quien jamás ha tenido necesidad de alzar la voz para ver todos sus deseos cumplidos porque de ello se encargan cancerberos, secretarios del gobierno, alguaciles y edecanes? ¿Idelfonsa Isabel, la esposa del canciller Cornelio Huerta, dispuesta a exigir del Gran Maestro Universal de los Goces el destierro de la palabra amor de todos los diccionarios y hasta del habla común?

Sin contestarse aún ninguna de esas interrogantes, Clasto Edginebrés abrió los ojos luego de desenrollar un tramo considerable del papel higiénico colocado en el portarrollos y frotarse la zona sucia con esmero y gran profesionalismo; entonces determinó mirar la nota encontrada unos momentos antes dentro de su morral.

- Procura jugar sin equivocarte - leyó en voz alta, con entonación valiente y decidida- . Yo estaré junto a ti mas no podré cuidarte si tú no te cuidas.

Estrujó el papel sin violencia y extrajo del bolsillo de la chaqueta el sobre lacrado en cuyo interior permanecía el cheque por la cifra de quinientos mil tomines. Bajó los brazos y quedaron desgoznados como los de un títere sin volatinero para manejarlos; tenía la sensación de haberse convertido en conejillo de Indias o en juguete del destino. Ahora comprendía por qué se había comparado a sí mismo con un ratón cuando el Rey Gaspar lo invitó a sincronizar su reloj personal con el suyo: creía realizar una hazaña al roer el queso, sin comprender que el alimento quedaba dentro de una jaula que limitaría todo tipo de goce. También descubrió de momento el significado de aquellas palabras que le dijo Juan Dequidad el primer día de su llegada a Creti acerca de las tormentas y las orgías: si permitía que los formulismos le aherrojasen el cerebro, podía considerarse prisionero dentro de la jaula donde le habían colocado el queso.

## CAPITULO OCHO

CUANDO EL CANCERBERO MAYOR DEL PALACIO HIZO SABER A CLASTO EDGINEBRÉS QUE YA LO ESPERABAN TODOS LOS INVITADOS EN EL SALON DE LOS DIPLOMÁTICOS PARA EL INICIO DE LA CEREMONIA OFICIAL DE PRESENTACIÓN DE CARTAS CREDENCIALES ANTES DE COMENZAR LA CENA EN SU HONOR, TODAVÍA EL EMBAJADOR SE CONSIDERABA UN RATÓN GOLOSO DEGUSTANDO EL QUESO COLOCADO POR UNA MANO INVISIBLE DENTRO DE LA JAULA. Ya no era el filósofo llegado desde el continente dispuesto a evaluar las características de la sociedad cretina, sino el flamante enviado de un país perdido tras la bruma de los mares.

Entró al salón y quedó deslumbrado: cámaras de televisión por doquier, micrófonos en el techo y las paredes, telescopios gigantes en

las ventanas con letreros en tarjetas plásticas avisando a quienes quisieran observar el planeta del invitado oficial que debían depositar un billete de mil tomines en la ranura tragamonedas. Ya se disponía a buscar el billete en el bolsillo del frac, cuando sintió que una mano apretaba con firmeza su muñeca.

- ¡Señor canciller! - sólo atinó a decir Clasto, y Cornelio Huerta lo arrastró sin ceremonial alguno hasta el jardín del fondo, situándolo debajo de un grifo de agua donde lo obligó a enjuagarse la boca.

- Es para matarle los microbios - aclaró Idelfonsa con una sonrisa rayana en el sarcasmo apareciendo de improviso junto al esposo.

Cornelio Huerta no pudo ocultar su indignación y la expresó en voz alta. A nadie tenía que ofrecer explicaciones sobre los actos suyos, porque como gran canciller del reino por la gracia soberana de Su Majestad Gaspar Único estaba investido de plenos poderes para imponer a los representantes del cuerpo diplomático

acreditado en Creti sobre las costumbres del país.

- Por cierto, señor embajador - sonrió Cornelio dirigiéndose ahora a Clasto, luego de flexionar las rodillas dos veces seguidas y colocar una mano abierta contra el pecho- : cuando se celebren las competencias de matadores de cangrejos cada primer día del mes, eliminatorias para el campeonato nacional, usted deberá colocarse al lado derecho de Su Majestad El Rey en el palco real.

Todo zalemas, agregó que aquel sitio le correspondía como un alto honor por tratarse del representante del único país que mantenía relaciones diplomáticas con Creti y por tanto se le consideraba decano del cuerpo diplomático.

- Desde luego - gangueó el canciller y Edginebrés creyó percibir en su tono la burla- , no puede faltar a ninguna competencia ni aunque se encuentre indispuerto. Comprenderá que resultaría doloroso para el rey que las cámaras de la televisión transmitan su imagen solitaria

en el palco, sin la compañía de ningún forastero.

Por último, el canciller Cornelio Huerta le hizo saber que debían esperar no menos de dos horas para el inicio de la ceremonia de presentación de cartas credenciales porque Su Majestad se hallaba descifrando un mensaje enemigo interceptado por los radioescuchas de Caivás Edjuvitas. Mientras tanto, podían matar el tiempo conversando tal como hacían todos los invitados que vagaban por el interior del salón y los jardines.

Cornelio Huerta hizo una señal poco disimulada a su esposa advirtiéndole que no mirase con tanta insistencia al embajador, e inició la marcha por aquel ambiente oloroso a perfume de buganvillas. Detrás de él, uno al lado del otro, tan cerca que casi respiraban el mismo aire, Idelfonsa Isabel y Clasto Edginebrés lo seguían a lo largo de los pasillos rodeados de flores y luces artificiales.

Temas fútiles los conversados entre ellos: la temperatura del ambiente, las dificultades económicas, las enfermedades de los niños, una ventana que se negaba a cerrar. La esposa del canciller abordaba aquellos aspectos con apasionamiento tal que parecían ser el objetivo de su vida. Cansados de caminar de aquí hacia allá, decidieron ocupar un amplio asiento colocado junto a un surtidor de agua y continuaron la animada charla que venían sosteniendo.

- Hoy el calor es insoportable –dijo Idelfonsa Isabel corrigiéndose el peinado, mientras extraía de su cartera un espejo burlesco-. Es como si el mundo estuviese dentro de una olla hirviente.

Clasto, mientras tanto, se entretenía en observar los zapatos de finas correas de la mujer; supuso, por suponerle una edad, que frisaba en los cuarenta, a pesar de lo cual sus pies lucían tan virginales como los de una colegiala. Le dio por compararla con las campesinas de su natal aldea allá en el Continente, aquellas jóve-



nes que en las fotos parecían artistas del cine y cuando se les miraba a la cara podía advertirse el rostro agrietado y el cansancio de vivir en medio de las penurias. Esos pensamientos se desvanecieron del cerebro de Edginebrés en el instante que Idelfonsa Isabel, sin dejar de parlotear sobre el clima, cruzó las piernas con ademán negligente; admirado por la blancura de aquellos muslos que se escapaban del largo vestido nocturno gracias a una abertura generosa en sus costados, estuvo a punto de estirar las golosas manos hacia ella. Más que la mirada imperativa del canciller Cornelio Huerta, lo detuvo recordar la advertencia de la muchacha emisaria de Juan Dequidad esa misma noche cuando lo había desvestido con sus hábiles manos y él le pidió que lo acariciara: las reglamentaciones ordinarias del rey prohibían la lascivia, a pesar de que la moda impuesta por las costumbres la alimentaba.

- Me parece que las pruebas nucleares de los universianos en las islas deshabitadas perte-

necientes al reino de Snouk han roto el equilibrio térmico de nuestro planeta - puntualizó la mujer, y aclaró que recientemente había tomado un cursillo de tres días en la Academia de la Física de la Universidad del Campamento Militar del Azófar, aunque no dijo que allí había conocido a un profesor muy buen tipo él, de gigantesca estatura y hermosa cara de efebo.

- Es muy probable que hayan roto el equilibrio - contestó embelesado Clasto Edginebrés sin darse cuenta que el canciller carraspeaba con insistencia y decía: "Ejem" repetidamente. Los ojos del embajador vagaban perdidos acariciando los senos de la mujer, exuberantes, puestos al descubierto cual par de montañas nevadas y sin accidentes geográficos por el generoso escote del vestido.

El cancerbero mayor del palacio se acercó al grupo destacándose en él la expresión de mansedumbre en el rostro y los zapatos muy estrechos para sus pies. A pesar de que el anciano debía estar sufriendo lo indecible, no

podía rebelarse contra la etiqueta a menos que estuviese dispuesto a acompañar a los mendigos de la plaza pública: desde la época en que su bisabuelo era un mozo de cuerdas en el palacio real no se recibía en Creti a ningún representante diplomático y tuvieron que calzarlo con lo primero que hallaron a mano en los almacenes.

- Excelentísimo señor embajador - dijo el cancerbero, rígido, sin apenas mover ni las aletas de la nariz, con expresión sufrida y voz de valiente- : permítame conducirlo hasta la sala de los protocolos.

Fue cargado en hombros por cuatro mochetones y para no hacer el ridículo de protestar por las sacudidas a que era sometido a causa de lo accidentado del terreno y a que los criados eludían cada piedrecilla por encontrarse descalzos, iba preguntándose qué frases de amor podría decirle Cornelio Huerta a la hermosa Idelfonsa Isabel, si serían al estilo de las melosas imágenes que aseguraba componer como poeta de amplios vuelos tales como **tormento**

***de mis males, agua cristalina de mi sed, dulce manantial de mi desdicha y paloma de mis mensajes amorosos***; de pronto, volvió a la realidad: ya habría tiempo en días sucesivos de dedicarse a los flirteos con la esposa del canciller; ahora los mozos acababan de colocarlo frente a Benjamín Toresano, quien fungiría en la ceremonia como introductor de embajadores, y debía entregarle las cartas credenciales.

“¿Las cartas credenciales?”, se interrogó Clasto Edginebrés en tanto metía la mano en el bolsillo del frac y sólo encontró allí los alfileres que acostumbraba llevar consigo. Con los dedos sangrantes, estrechó la diestra de Toresano y hubiera deseado confiar en él, entregarse en sus brazos, admitir que jamás había participado en una presentación de cartas credenciales ni imaginaba siquiera en qué consistía; hablarle como a un hermano, a un viejo conocido, como le hubiese hablado a Salvador Lémur; se conside-

raba perdido: había llegado a la cumbre y no estaba preparado para descender.

Benjamín lo miró a los ojos, rectamente, podría asegurarse que con descaro. Sus miradas chocaron en el punto exacto en que se cruzan las rectas de dos campos visuales y todo quedó aclarado. Sonriente, el consejero del rey parecía decirle: “No te impacientes ni te llenes de bolas la garganta”.

De momento, el embajador se vio rodeado de un enjambre de funcionarios mayores y menores, periodistas, guardaespaldas, buscadores de souvenir, traficantes de deseos, negociantes en recuerdos de baja ley y bufones de ocasión; todos se creían con derecho a conducirlo hacia el sitio que les parecía más adecuado para lograr sus fines con el forastero. Clasto, perdido dentro de sus dudas, no encontraba de quien sostenerse; el canciller del reino custodiaba a su esposa, pues el mariscal Caivás Edjuvitas estaba cortejándola con descaro: le metía sus peludas manos por el amplio escote y

reía alborozado mostrando al aire unos blancos senos apetitosos.

Carcomido por la incertidumbre, Clasto Edginebrés cedió a la tentación de confiar en Benjamín Toresano, vencido por su sonrisa benevolente y por la contraseña que acababa de hacerle como gran contramaestre de la Sociedad Universal de los Goces. Eso bastó para que, dócil, permitiese que Benjamín se le acercara, le diese unas palmaditas en los hombros y lo arrastrara consigo hacia uno de los laterales de la sala.

Una vez lejos de la turbamulta impertinente gracias a la ayuda de los guardaespaldas de las fuerzas especiales al mando del mariscal Caivás Edjuvitas, Toresano le alcanzó un vaso de agua hervida a Clasto Edginebrés, tomó otro para sí y agregó en cada uno el contenido de sendos sobres de celofán extraídos de sus bolsillos. En el acto, el agua se coloreó de rosado y burbujeante invitaba a beberla por su olor a perfume de rosas. Cuando Edginebrés tragó, se

vio a punto del desmayo; alzaba ambos brazos, pateaba contra el suelo y un estertor pugnaba por salirle de la garganta.

- ¡Aguar...! - logró decir al fin, en voz tan baja, que uno de los sirvientes que merodeaba junto a ellos dudó antes de acercarse; ya iba a escanciar en el vaso del anfitrión parte del líquido que traía en un pequeño recipiente cuando detuvo la acción.

- ¡Aguardiente! - pudo articular la palabra completa Edginebrés y Toresano le ordenó la retirada al sirviente.

- Es aguardiente de extracto de magnolias - aclaró el consejero- . No hay otra manera de emborracharse en este jodido palacio como no sea disfrazando la bebida: el Rey Gaspar ha prohibido el consumo de alcohol.

Clasto, advertido ya, probó de nuevo el licor y no le supo tan mal. Al tercer trago, la lengua se le puso estropajosa y las palabras le salían en torrente.

- ¿Cuándo aparece el payasón de tu amo?

- indagó.

- Ssss - silbó Toresano- . Los hombres de Caivás suelen disfrazarse de sirvientes.

- ¿Y las cartas credenciales? - preguntó en voz más baja.

- Le das cualquier papel. Es analfabeto y jamás ha recibido a un embajador.

- ¿Cómo podría pagarte lo que has hecho por mí? - preguntó preocupado. Ya había invertido cien mil tomines en alquilar una sede diplomática y en el pago de empleados.

- Con tu amistad.

Clasto Edginebrés movió la cabeza hacia ambos lados, indeciso. Necesitaba beber: cuando se tienen una copa en la mano y mil dudas en la cabeza, pensó, lo más aconsejable es vaciar primero la copa y luego resolver las dudas.

- La amistad no tiene precio - trató de filosofar Clasto cabalgando encima del aguardiente de extracto de magnolias, y sólo



logró pronunciar una frase con olores a celebridad.

- En otra oportunidad, sin testigos cercanos, nos ocuparemos de esas minucias - sentenció Toresano en tono concluyente- .  
Acaba de entrar Su Majestad El Rey.

## CAPITULO NUEVE

POR UNA DE LAS PUERTAS LATERALES APARECIO UNA FIGURA VACILANTE, CUBIERTA POR UNA CAPA REGIA ORNAMENTADA CON FILIGRANAS DE ORO; COLGABA DE SU CINTURA UNA ESPADA CON LA HOJA DE PLATA BRUÑIDA Y DIAMANTES INCRUSTADOS EN EL MANGO. Los dignatarios doblaron sus cervices hasta besar el suelo, los empleados menores se arrodillaron y los sirvientes cayeron al piso cantando alabanzas al Magister Domus y al Gran Maestro Universal de los Goces por haberlos convertido en criados de un gobernante como este augusto monarca.

- La Excelentísima Suma Majestad Gaspar Único, gran almirante de los océanos y generalísimo del zodiaco, rey de Creti por la voluntad de la Sociedad Universal de los Goces

- cantó el cancerbero mayor con voz hueca cuando el hombrecillo se detuvo indeciso al traspasar el umbral.

Luego del anuncio, Benjamín Toresano susurró algo al oído de Clasto Edginebrés y éste se acercó al rey con la cabeza agachada. Luego de besar la espada, alzó los ojos hacia el techo, declarando en voz alta sentirse orgulloso de haber sido designado embajador en la antiquísima nación de los cretinos, gloria y ejemplo de la humanidad.

- Excelentísimo y respetable señor embajador de los universianos - cloqueó el rey- : has llegado a la tierra natal del Gran Maestro Universal de los Goces, del cual desciendo por línea directa. Sería prolijo enumerar toda la genealogía que viene a probar mi carácter de gobernante infalible; baste decir que soy el último de una estirpe de valientes para quienes la muerte no existe. Por tanto, te doy la bienvenida en mi nombre y en el del Magister Domus:

aquí podrás vivir como en tu propia casa a condición de que respetes nuestras costumbres.

A una señal del cancerbero mayor, los asistentes prorrumpieron en un compacto aplauso y Edginebrés supuso que las reglas diplomáticas dictaban la obligación de contestar aquel breve discurso con otro de agradecimiento; dio los primeros pasos con intenciones de ocupar los micrófonos y declarar emocionado que deseaba transmitir un mensaje de paz de los universianos, habitantes de un planeta que no obstante hallarse distante cientos de millones de pársec conocían la monumental obra de los cretinos: habían logrado transformar el norte magnético en sur y viceversa, descubrieron la fórmula necesaria para fabricar pan sin trigo ni otro cereal, invirtieron la ley de gravitación universal en beneficio del crecimiento acelerado de las plantas, crearon la novena ley de la termodinámica con cuyo auxilio estaban a punto de construir la primera nave intersideral alimentada por la energía eólica; como colofón,

pensaba agregar: “Y todo ello, gracias al genio directivo del sabio y eminente científico Gaspar Único”, pero no pudo siquiera decidir cómo iba a comenzar su alocución. A mitad de camino, fue detenido por Benjamín Toresano quien le aclaró:

- Amigo mío, a Su Majestad le han entrado deseos de evacuar el vientre.

Resignado, aceptó un brindis de extracto de magnolias y ya más tranquilo decidió pasear por los jardines, donde los invitados ocupaban las mesas colocadas para aquella ocasión especial. Se detuvo frente al canciller del reino y su acompañante.

- Saludo la hermosura de vuestra esposa, excelencia.

Las pestañas alargadas y postizas de Idelfonsa Isabel se mueven nerviosas, invitadoras, como si le dijera: “No serás bien parecido, embajador, pero sí elegante”; suspira, lo observa tibiamente y calla.

Charlan un rato sobre temas banales y después de haber brindado por la salud de Idelfonsa, la piel aterciopelada de sus muslos, la fina suavidad de sus honduras y los meandros más recónditos de sus remansos, Clasto Edginebrés recuerda el propósito que lo animara a acercarse a la mesa de los Huerta.

- Doctor - le dice el canciller con voz sibilina- , sus anónimos le salen con una caligrafía de niño de kindergarten que da vergüenza.

Cornelio ha quedado de una pieza; saca la lengua, una lengua parecida a un reptil, y dos hilillos líquidos le corren por la comisura de los labios. Clasto, como buen filósofo, es capaz de adivinar el pensamiento con sólo mirar la expresión de su interlocutor. En este caso, concluye, el canciller del reino padece de fiebre en las neuronas y no fue quien le hizo llegar el anónimo; por lo tanto, él no es Juan Dequidad.

El embajador continúa su paseo; a lo lejos, reconoce la figura de marrano bien alimentado del mariscal Caivás Edjuvitas y

determina no perderlo de vista. Empieza a acercársele muy lentamente, mientras saborea el aguardiente de extracto de magnolias que aún contiene su copa. En el instante que llega frente a la mesa de Caivás, éste acababa de acariciar los senos de la Reina Lila, quien lo acompañaba a la mesa, y le ofrecía un vaso de agua carbonatada. Sin reparar todavía en que el embajador los observaba, dijo a la mujer:

- Como militar, abomino las guerras por bestiales, y si obligo a mis soldados a aprender el uso de las armas es para conducirlos a una batalla cualquiera y demostrarles que no existe victoria menos gloriosa que la obtenida por la fuerza.

Edginebrés, con el objetivo de darle a conocer a Caivás que estaba cerca de ellos, trató de halagarlo.

- Mariscal - le dijo- , desearía escribir un libro en el que le pueda relatar a los universitarios los denuedos suyos por convertir a Creti en un paraíso terrenal. Sobre todo, me interesaría

hablarles acerca de sus victorias contra los guerrilleros de la Isla de las Rosas.

Caivás Edjuvitas resopló con violencia y Edginebrés dedujo que alguna indiscreción había cometido. En ese instante, la Reina Lila se puso de pie, desestabilizando la mesa con su abultado vientre y provocando de esa manera la caída al suelo de varias botellas de agua carbonatada. Sin pedir disculpas, le ordenó a su dama de compañía que la siguiera hasta los baños. Antes de perderse en la oscuridad cercana de los laberintos del jardín, derribó dos butacas de hierro y tropezó con un arsenal de botellas lanzadas al descuido encima del césped. Cuando acabó de alejarse, Caivás Edjuvitas oprimió con una de sus manazas el antebrazo de Clasto Edginebrés.

- Acaba de cometer usted una gran burrada - dijo en tono confidencial el militar. Suspiró adolorido y agregó: - En mala hora ha tocado el tema de los guerrilleros.



Mientras Clasto vaciaba en el vaso de Caivás Edjuvitas el contenido de un paquete del polvo que le facilitara esa misma noche Benjamín Toresano, el mariscal continuó hablándole del asunto con una franqueza impropia de un pundonoroso militar, según concluía Edginebrés ante cada nueva confesión del secretario de la guerra en Creti y jefe de las fuerzas del aire, el mar y la tierra. En la llamada ofensiva de primavera del año anterior, había sido hecho prisionero por los guerrilleros que operaban en la zona norte de la Isla de las Rosas y durante el cautiverio le juró en varias oportunidades a Juan Dequidad ser un simple ejecutor de órdenes; jamás había dispuesto marcar a nadie con un cuarto de luna azul en la frente ni tenía la llave del baúl donde se guardaban las tarjetas de conteo de los cretinos: todo ello era imputable exclusivamente al Rey Gaspar Único.

Después de beber un trago del líquido ambarino que le provocó una tos seca y nerviosa, dijo al embajador estarle confiando un

secreto jamás revelado a persona alguna, tan íntimo como el deseo manifestado a Juan Dequidad aquella vez que fuera hecho prisionero: le pidió esconderse detrás de un árbol para quitarse el calzoncillo porque acababa de perder el control del esfínter.

- Y en el instante que usted mencionó a los guerrilleros, amigo mío - manifestó el mariscal vaciando el contenido del vaso en la boca y antes de caer dormido encima de la mesa- , era el preciso momento que la Reina Lila se había comprometido conmigo a entregarme sus nada despreciables ahorros personales para invertirlos en una fábrica de ilusiones que abríamos en la Isla de las Rosas, persuadida por mí de que eso de los guerrilleros había sido una leyenda inventada por los enemigos del Rey Gaspar.

Mientras Clasto Edginebrés luchaba por liberar su antebrazo de aquella especie de garra que lo mantenía prisionero, concluyó que podía descartar al mariscal de los sospechosos: su

cinismo mezclado con la franqueza lo caracterizaban como un pobre diablo.

Aburrido de conversar con la gente del palacio decidió pasar un rato agradable en el jardín de las orquídeas salvajes.

## CAPITULO DIEZ

FRENTE AL JARDÍN DE LAS ORQUÍDEAS SALVAJES CLASTO EDGINEBRÉS SE MANTUVO INDECISO DURANTE UN RATO. Gran cantidad de cretinos, organizados en una hilera, esperaba que el cancerbero abriese la verja de la entrada principal; cuando al fin éste la abrió de par en par, un torrente humano se apresuró a ocupar las sillas disponibles, aquellas que no se hallaban en poder de los edecanes palaciegos con sus respectivas familias.

En una de las primeras mesas el embajador encontró a Cornelio Huerta y a su esposa; de mal talante, el canciller le ordenó a Idelfonsa Isabel retirarse hacia los baños y acto seguido le rogó a Clasto que se sentara junto a él.

- Amigo - le dijo - , deseo confiarle un secreto.

Admitió hallarse sobresaltado: aquel arranque de franqueza podía costarle el cargo, lo más amado por él, pero no quería andarse con rodeos. Llevaba miles de años conteniendo sus furias, cientos de años atenazando sus dudas, decenas de años tragándose las opiniones, y sentía ahora la necesidad de ser sincero consigo mismo aunque fuera una vez.

- Corre su señoría un gran peligro - tartamudeó el canciller- . Juan Dequidad y sus guerrilleros acaban de atacar la Isla de las Rosas.

Clasto trató de cortarle la palabra a Cornelio Huerta, pero él ignoró sus gestos de alarma.

- Según le ha informado el mariscal Caivás Edjuvitas al Rey Gaspar hace unos instantes, usted es amigo personal de Juan Dequidad y manifestó en una oportunidad sus intenciones de unirse a él en la guerra contra la Sociedad Universal de los Goces. El mariscal propuso a Su Majestad esperar a que usted

llegase allá para desintegrar la isla con el astrometro.

Clasto Edginebrés llenó un vaso con un líquido turbio y razonó que no estaba acostumbrado a escuchar consejos; este canciller quizás deseaba alejarlo de Idelfonsa que unía a la hermosura una liviandad rayana en lo enfermizo y por lo tanto no pensaba prestarle atención a sus advertencias de peligro.

- No se preocupe - dijo, fingiendo tranquilidad- . Siempre hago lo que se me antoja.

Contrariado, Cornelio Huerta bebió un vaso de estrellas amarillas y se encogió de hombros.

- Allá usted - expresó limpiándose los labios con el dorso de la mano- . Luego no diga que nadie lo ayudó.

Clasto probó la bebida que se había servido momentos antes y le supo a luna fermentada; él, aunque capaz de tolerar los licores más fuertes, no asimilaba aquellos que dejasen un sabor a desencanto en la boca.

- ¿Es usted el autor del anónimo?

- indagó Clasto de momento, y el canciller tomado por sorpresa se sobresaltó.

- Jamás me escondo para hablar, al menos cuando lo hago en privado - aseguró Cornelio Huerta.

Edginebrés bebió de un solo trago el contenido del vaso que acababa de servirle el propio canciller, una mezcla de estrellas rosadas con minutas de celaje azul, y se puso de pie tropezando con dos sillas, tres mesas y cuatro adornos florales antes de lograr la estabilidad de sus pasos. En un rincón en penumbras fue a sentar su cuerpo adolorido de tanto corretear por una ciudad vacía de verdades completas, de verdades personales; ocupó un asiento que daba la espalda a los restantes asistentes al jardín y ya había logrado relajarse de manera tan profunda que sólo escuchaba el sonido tenue de su propia respiración a pesar del bullicio circundante, cuando delante de él se detuvo el consejero principal Benjamín Toresano.

- Señor embajador, mis respetos - dijo, sonriente, etéreo, digno, tal como correspondía a un funcionario de su rango.

- Ya estoy aburrido de tanta palabrería - contestó Clasto. Había determinado dejarse de fingimientos, aunque le costara ser declarado persona no grata- . Dígame qué desean de mí.

- Señor - contestó conciliador el consejero- , creo que ha confundido el camino. Desde su llegada, sólo hemos tenido atenciones para con usted.

Sin apasionamiento y nada rencoroso, relacionó todos los favores que por su conducto personal había logrado Edginebrés. Cuando deseó enviar un mensaje a sus familiares, ahí estuvo el teléfono del rey para hablar con ellos sin restricción alguna; en el instante que urgido de consultarle al ministro de relaciones exteriores de los universianos, el señor Salvador Lémur, acerca de la compra de unos violines con destino a la orquesta de cámara de su país natal, allí tuvo a su disposición el teléfono del



hotel El Lago para que debatiese con él todos los detalles.

- ¿Y qué me dice del cheque que le he entregado hace unas noches? - concluyó con sorna el consejero.

Esas teníamos, pensó Clasto sin inmutarse, tratando de aparentar tranquilidad: cierto que había recibido los servicios gratuitos del teléfono real, pero la llamada a Salvador Lémur le había costado exactamente diez mil tomines sin derecho a rebaja por tratarse de un forastero; en cuanto al cheque por valor de quinientos mil tomines, apenas le quedaba algún menudo debido al alto costo de la vida en Creti. Amargado por todas estas reflexiones, un sentimiento de derrota comenzó a invadirlo.

- Mire Benjamín, consígame un pasaje de regreso en el bote de las ocho y consideremos saldadas nuestras respectivas deudas.

El propio Clasto se negaba a creer lo que acababa de decir: de la decisión supuestamente ineludible de rebelarse contra los conven-

cionalismos, ahora había optado por vivir de espaldas a ellos.

- Es tarde para usted - contestó el consejero sentándose frente a él y observando sus ojos llenos de lágrimas; acto seguido, sirvió una dosis exagerada de extractos de magnolias en un vaso- . Las redes del tiempo lo han atrapado- . Bebió un sorbo moderado. - Le resultaría imposible adaptarse a vivir en el Continente- . Volvió a beber sin cuidarse de brindarle a su interlocutor- . Cuando llegue allá, en caso de que yo le proporcionara el pasaje, estarían viviendo dentro de cien millones de años y no encontraría a ninguno de los suyos- . Apuró el último trago de la bebida- . Hallaría un mundo desolado para usted aunque estuviese rodeado de cangrejos- . Sonrió mientras jugueteaba con el vaso vacío- . Allá sería un animal más repulsivo que los propios cangrejos.

Cuando oyó mencionar los crustáceos, Clasto no pudo evitar que su barbilla cayese contra el pecho y que la lengua le colgase cual

apéndice inútil. Sólo hallaba una explicación para este odio de los cretinos contra los cangrejos: tan similares eran las costumbres de unos y otros, que a veces los pobres animales invadían el palacio para venerar al Rey Gaspar.

- No se desanime - escuchó, alegre y meliflua, la voz del consejero- : lo llevaré a un sitio donde podrá vaciar toda la murria que lo atena-za.

## CAPITULO ONCE

TORESANO LLAMÓ AL GERENTE DEL JARDIN Y ÉSTE, LUEGO DE PRESENTARSE SOLÍCITO E INCLINARSE DIEZ VECES, CON LOS OJOS CERRADOS Y UNA VOZ CANTARINA EXPRESÓ:

- Mande el excelentísimo señor consejero principal don Benjamín Toresano.

- Condúzcanos a un reservado - ordenó Toresano.

El gerente guió al consejero y su acompañante entre gente que cantaba con dulzura sus borracheras de nubes y de estrellas. El embajador se asombraba de cuán educados se comportaban estos borrachos: no gritaban, no proferían palabras obscenas ni retaban al compañero de farra a un duelo a muerte.

Se detuvieron frente a una puerta forrada con piel de cabras teñida de azul, y el gerente

extrajo una brocha de cáñamo con ayuda de la cual, después de haber escupido varias veces los mosaicos, los limpió de las partículas de polvo microscópicas descubiertas con auxilio de una lupa de diámetro bastante considerable.

Una vez adentro, Toresano extrajo de un bolsillo varios alfileres con cabezas coloreadas y levantó el mantel de seda que cubría la mesa. Con el alfiler de cabeza azul pinchó una pera de goma incrustada a la madera, y con el de cabeza amarilla explotó un globo en miniatura; el alfiler de cabeza negra le sirvió para agitar el líquido que contenía un pequeño recipiente adosado a la superficie lisa de la mesa y por último, el de cabeza roja lo utilizó como palanca para extraer una presilla clavada en una pata de la mesa.

- ¿Qué haces? - preguntó extrañado Edginebrés.

- Acabo de desconectar todos los equipos secretos de escucha y observación.

Asombrado por lo útil que resultaban los alfileres, el embajador confesó haber dejado en la sede diplomática una gran cantidad de ellos.

- ¡Has cometido un gran error! - se escandalizó el consejero- . En nuestra tierra, los alfileres abren las puertas más seguras y paralizan los pies más alígeros.

Clasto Edginebrés sonrió con una especie de escepticismo reflejado en el rostro.

- ¿No me crees? - dijo Toresano con aire triunfal, mostrando al aire un alfiler de cabeza verde- . Con él soy capaz de liquidar en un día de labor cien mil cangrejos, lo cual me vale una dispensa de cien puntos firmada por el propio **Gasparcito**.

Toresano, mientras hablaba, extrajo de un bolsillo una botella con un líquido coloreado de verde y luego de llevársela a la boca y beber con avidez, se la brindó sonriente a Clasto.

- Es whisky de amapolas procedente de las bodegas particulares del Maestresala Benedicto - le explicó con los ojos vidriosos, en los

que se reflejaban claramente la euforia y la alegría de vivir.

Clasto acercó la nariz y efectivamente, olía al mejor de los rones que él mismo degustaba allá en el Continente durante los encuentros filosóficos entre catedráticos presididos por Salvador Lémur.

- No sólo huele: es de lo mejor existente en Creti en materia de whisky - enfatizó el consejero adivinando las dudas del embajador.

Edginebrés continuaba desconfiando: ya el día anterior en el restaurante del hotel El Lago le habían sugerido un rosbif por el módico precio de diez mil tomines, y cuando comenzó a trinchar la carne descubrió que se trataba de alforfón mezclado con gofio; esa experiencia le había permitido deducir lo acertado del comentario popular existente allá en el Continente acerca del arte que habían desarrollado los cretinos para engañar el sentido de la vista: con fango y pigmentos de benjuí fabricaban unos pollos en salsa de champiñón que hacían rabiarse

de envidia al vegetariano más fanático; utilizaban fragmentos de aerolitos y excrementos de buitres para preparar una sopa de coles que enamoraba la retina; empleaban plantas putrefactas y semillas germinadas con el objetivo de elaborar toda clase de confituras que enloquecían a los niños vagabundos.

- No temas - sonrió Toresano, son sorna- ; todavía nuestros científicos no han descubierto la forma de engañar el olfato ni el gusto.

Alentado por tales palabras, el embajador determinó probar y al cuarto sorbo ya estaba tarareando la canción milenaria del cangrejo gigante nacido en el reino de Snouk; al sexto, había olvidado hallarse en tierra extraña y se ponía de pie a cada instante; al décimo, gesticulaba con aspavientos; al vigésimo cuarto, le juraba amistad eterna al consejero principal. Este, por su parte, acostumbrado como estaba a aquellas libaciones desde el milenio anterior,



aún no había perdido el equilibrio aunque sí la vergüenza.

- Mira, **Clastico**, todo en Creti es ilusorio: los ríos caudalosos que bañan los inmensos valles, la finísima arena de las playas, los frutos que cuelgan de los árboles; son ilusorios aquellos que pasan por tu lado y te sonríen como ilusorios son los quinientos mil tomines que te he regalado. Este es un mundo fabricado con mierda diluida en falsedad.

Luego de haber despachado diez botellas de whisky, Clasto Edginebrés había despojado su cerebro de todo tipo de pensamientos y Benjamín Toresano vomitaba un líquido que iba del azul prusia al gris metálico. El consejero, entre vómito y vómito, alzaba la cabeza para insultar al Rey Gaspar y su cohorte de adulones, emprendiéndola a mandobles contra las leyes del formulismo.

- No se haga zapatos de los cordones, mi amigo del alma - dijo Clasto Edginebrés en tono impersonal. Acto seguido limpió un hilillo vis-

coso de la comisura de sus labios y volvió a hablar- . Los días voltean en las esquinas y a cada instante el tiempo nos derrota - suspiró hondo, como aquejado de un inmenso cansancio- . La muerte es el final de esta gran comedia que es la vida - unas lágrimas asomaron a sus ojos- . Ella nos junta a todos: héroes y plebeyos, generosos e indignos, honestos y miserables, nobles y cobardes. Cuando nos dormimos por vez postrera, la tómbola continúa girando sin nosotros.

- ¡No y no! - gritó Toresano poniéndose de pie, impaciente, pateando el suelo- . ¡No continuaré viviendo entre cretinos formulistas! - Bajó la voz mirando a su alrededor y al comprobar que la puerta del reservado se hallaba herméticamente cerrada, agregó: - Me uniré a las huestes de Juan Dequidad y combatiré junto a él contra las falsedades del Rey Gaspar y del Maestresala Benedicto.

Clasto Edginebrés se puso de pie; acercándose al consejero principal, colocó una

mano amistosa en su hombro, tratando de persuadirlo acerca de la inconveniencia de este escándalo: si el gerente del jardín estaba escuchando por las junturas de la puerta luego trataría de obtener alguna prebenda de Benjamín.

Benjamín Toresano apartó la mano del compañero de holgorio con brusquedad.

- ¡No y no! - repitió- . ¡Hay que acabar con las verdades a medias y las mentiras piadosas!

- ¿Abominas entonces ser consejero del Rey Gaspar? - indagó Clasto Edginebrés, tentando de confiarle que él conocía un procedimiento sencillo para unirse a Juan Dequidad.

- Antes de responderte esa pregunta - replicó el consejero- , traga una de estas cuatro pastillas que te hará invisible y guarda las otras tres. Te conduciré a través de un laberinto hasta la fábrica de ilusiones.

## CAPITULO DOCE

REPUESTOS YA DE LA BORRACHERA, CLASTO EDGINEBRÉS Y BENJAMÍN TORESANO SE DETUVIERON FRENTE A UNA PUERTA DE HIERRO RESGUARDADA CON SIETE CANDADOS DE TAMAÑO EXAGERADO. Por una pequeña rendija penetraron los dos y junto a la garita de vigilancia, una sólida construcción reforzada con planchas de acero, encontraron a un hombre de edad avanzada y nariz contrahecha gritando obscenidades y profiriendo ofensas.

- Es el cancerbero mayor - explicó Torsano sin cuidarse de bajar la voz, aclarándole a su acompañante que como aquel mundo en el cual acababan de entrar giraba a frecuencia y velocidad diferentes a la de Creti, excepto defecar podían realizar los restantes actos cotidianos sin ser advertidos. Sobre el cancerbe-

ro mayor, aclaró que el mariscal Caivás Edjuvitas lo había extraído cientos de años atrás de un depósito de inmundicias, y luego de hacerle injertar una nueva cabeza en la clínica de los milagros, le leyó las reglas de la Sociedad Universal de los Goces y el hombre se las aprendió en menos de dos horas- . Se trata de un individuo muy inteligente- agregó en tono laudatorio Benjamín- : duda de todos, no confía ni en el polvo que pisan sus zapatos y al ver la propia sombra proyectada sobre el asfalto se esconde tras los arbustos del jardín para descubrir qué intenciones animan a la misma.

Edginebrés miró hacia donde señalaba el dedo del consejero y sólo vio unos árboles canijos y unas hierbas apenas incipientes.

- El jardín no es tal, desde luego - admitió Benjamín Toresano al observar la expresión del embajador- . Es sólo una copia en papel corriente de los jardines auténticos realizada por uno de nuestros artistas más

talentosos, quien se encarga de su mantenimiento diario.

En ese mismo instante, un hombre de hirsuta barba y ataviado con un delantal de lona se colocó frente a una especie de limonero con hojas muy parecidas a las de palmera y luego de sacudirlo con una escoba, accionó una pera de goma desde la que escapó un líquido amarillo en forma de espesa niebla. Los visitantes incógnitos se detuvieron a observar las operaciones del artista, quien iba de un lugar hacia otro del jardín, extraía espinas con una pinza, retocaba los colores de los árboles y arbustos, se acercaba a una flor y soplaba, sacudía con un plumero alguna que otra hoja, cazaba una mariposa y luego de trazar con su pincel en ella una figura cualquiera volvía a liberarla; continuaron camino y Toresano aclaró que aquel hombre, cada vez que eliminaba las flores muertas disolviéndolas en trementina mezclada con cocimiento de hojas de borraja, bebía un sorbo del líquido y al finalizar el trabajo ya estaba entonando de

viva voz la canción milenaria sobre el cangrejo gigante del reino de Snouk.

- Sin embargo, está dispensado de llevar tarjeta de conteo porque sus manos obran maravillas cada mañana - declaró Benjamín eufórico- : luego de tratar las rosas con bermellón de cangrejos y fumigar los gladiolos con partituras del Rey Gaspar, avisa al cancerbero de turno que ya puede abrir el portón de entrada. Entonces, mientras comienza a avanzar la organizada fila de hombres y mujeres que ha esperado toda la noche a la intemperie, el artista dibuja unas gotas de rocío en los arbustos de la orilla y cuando concluye su operación se retira a dormir la borrachera de trementina.

Clasto Edginebrés inició una protesta indignada pero Benjamín alzó ambos brazos, como si con ese gesto pidiera una tregua.

- Tú me formulaste una pregunta antes de entrar a la fábrica - dijo- y yo me he propuesto contestarla desde todos sus ángulos posibles. Sé que no has entendido lo que tus

propios ojos han visto; por lo tanto, te propongo que a medida que recorramos la fábrica te revele la razón de ser de cada detalle y entonces al finalizar tú mismo conocerás mi respuesta a la pregunta.

Puestos de acuerdo, avanzaron por el camino de grava que sus pies invisibles apenas rozaban.

- ¿Ves ese sol, como recamado en oro y adornado con cintas de seda? Fue concebido por nuestro escultor real durante una noche que la soledad lo atenazaba; desde entonces, lo usamos a discreción, por ejemplo, cuando las neuronas de los trabajadores de la fábrica comienzan a regenerarse. En este caso, el mariscal Caivás Edjuvitas aprieta un botón que tiene en su mesa de trabajo y en el centro del sol aparece la figura en movimiento del Rey Gaspar, como consecuencia de lo cual los rebeldes se tranquilizan y regresan al redil.

Se detuvieron al finalizar el jardín.



- Aquella casamata que ves a la izquierda es la estación de salida hacia al jardín de las orquídeas salvajes; cada diez días, a un grupo distinto le corresponde subir al tren y marchar hacia atrás para pasar una noche libando nubes, estrellas y asombros. Esa distracción los previene contra la cirrosis, las adelfas en el estómago y las depresiones. Hemos comprobado que quienes visitan el jardín son capaces de trabajar cien horas sin parar hasta que les corresponda una nueva salida.

Caminaron hasta enfrentar un edificio gris con techo de pizarra.

- Son las oficinas del gerente general. A diferencia de gerentes que hemos ubicado en lugares como el Torrejón del Alcatraz o el Faro de Mustelier, quienes apenas conocen las primeras letras, este es un especialista graduado en la Universidad del Campamento Militar del Azófar y en el Instituto Científico de la Isla de las Rosas. Dirige el proceso productivo con el auxilio de una secretaria bastante anciana,

quien lo asesora en cuestiones de estadísticas y le recuerda a cada segundo dónde colocar los pies para que no le ocurra un accidente, porque es algo olvidadizo; ya una vez tuvimos que hacerle colocar unos brazos de reserva pues los originales los dejó abandonados en un baño público.

El gerente apareció en la puerta principal del edificio.

- A ese hombre lo descubrí en una de mis visitas a la Isla de las Rosas: allí fue sorprendido cuando intentaba unirse a las huestes de Juan Dequidad y desde que lo conocí me dije que su inteligencia estaba muy por encima de la que se necesitaba para desempeñar el oficio que le habían asignado: chofer de un tranvía del servicio público. Según puede leer ese mismo día en la ficha confeccionada por el servicio de observación, lo que sucedió en su vida fue que de tanto estudiar el **Libro de los jeroglíficos** del Rey Gaspar, concluyó que era posible montar una fábrica donde los trabajadores sólo

pensaran en producir. Decepcionado porque ninguno de nuestros funcionarios del Ministerio de Asuntos Fabriles aprobó su proyecto, determinó unirse a Juan Dequidad para correr una aventura y yo entré al cuartel cuando los soldados del mariscal Caivás Edjuvitas le acababan de ordenar que se desnudase para comenzar el interrogatorio. Hoy, gracias a mí, ese hombre ha logrado implantar aquellas propuestas que en el pasado les parecieron a todos flaquezas de un espíritu enfermizo. Dentro de un momento te mostraré la máquina de fabricar milagros, diseñada por él mismo, equipo que nos ha reportado ganancias superiores a los cien mil millones de tomines en menos de un año.

Caminaron hasta una nave cuyo color cambiaba de tonalidad de manera intermitente. Entraron a la nave deteniéndose frente a un pedazo de hierro con dos cabillas soldadas de manera transversal y un transportador de esteras acoplado al conjunto.

- El funcionamiento de la máquina es bien sencillo. Como estás viendo, el obrero cierra los ojos, mueve la palanca verde hacia abajo y piensa un deseo; en el acto, tal deseo se materializa y su producto sale rodando por el transportador de esteras.

Un enorme trozo de materia fecal, amarillenta y hedionda, pasó frente a los visitantes, quienes se taparon la nariz.

- Este era el instante en que el obrero tenía señalado para pensar en sus necesidades fisiológicas.

El gerente palmeó los hombros de una hermosa muchacha.

- Esa mujer es la más productiva de la fábrica. Está capacitada tanto para operar el torno de construir silencios como el pulsador de gritos, que son los equipos más complicados de aquí. En cuanto al pulsador, fue ideado por el propio Rey Gaspar hace cien años, cuando a causa de una invasión de cangrejos a todos los habitantes de Creti los atacó una pereza nostál-

gica que detuvo la vida durante tres días. Los gritos salen envasados en sobres herméticos y son distribuidos a través de la red farmacéutica; ahora sólo se autoriza su venta a los ancianos mayores al millón de años que, aburridos de vivir, desean la muerte. Debido a la potencia y efectividad de los gritos, está prohibido abrir los sobres en la vía pública. Encerrado en un baño, el anciano aquejado de nostalgia abre el paquete y podrá de esa manera escuchar gritos antiquísimos, que lo transportarán a los días de su juventud; gritos similares a los de las plañideras que solían alquilarse para llorar a los muertos o al de una prostituta mientras hacía el amor. Esos gritos le fortifican el espíritu, le dan ánimos para continuar viviendo y sale rejuvenecido del baño, dispuesto a perseguir muchachas impúberes y mocitas vírgenes.

La obrera recostó su cabeza contra el pecho del gerente general.

- Ella acaba de confiarle su agotamiento y el gerente le está aplicando la terapia del cariño.

El gerente le dio unas palmaditas en la cabeza a la muchacha y ella lo miró con ojos de becerro agradecida.

- La autorizó a encerrarse en el baño para mujeres y abrir seis sobres de gritos.

El gerente avanzó unos pasos y lo llamaron unos obreros que discutían frente a dos cajas de cartón.

- Este es el torno de construir silencios, cuya operación requiere de ciertas habilidades manuales e intelectuales, como ahora verás. Esta tabla matemática te ofrece las revoluciones por minuto a las que debe girar el motor en dependencia del tipo de silencio a fabricar; por ejemplo, si te piden elaborar un silencio absoluto, deberás oprimir este botón que aparece marcado con el número cincuenta mil; luego, tensas estas cuerdas amarillas y haces una seña a un ayudante que debe sentarse frente al piano

que ves allá, en el estrado de los actos públicos y de las conferencias matinales; el ayudante golpea cualquiera de las teclas, a condición de que no sean las correspondientes a las notas sol ni re. Si cumplidas estas indicaciones oprimes el botón verde, empezarán a salir los silencios empacados en bellos sobres de poliedurano, un material sintético obtenido por fotosíntesis y que constituye un descubrimiento de nuestro Rey Gaspar.

Benjamín Toresano invitó a su acompañante a continuar el recorrido, indicando hacia la zona del pasillo central con una mano extendida. Se mantuvieron detenidos unos instantes.

- El silencio se les receta a los niños con problemas de conducta. El contenido de un sobre diluido en un litro de agua es dosis suficiente para matar el microbio de las ideas en diez infantes; como éstos son dados a fantasear, resulta conveniente mantener la imaginación dentro de límites tolerables. De esa manera, hemos logrado regular la cantidad de artistas y

filósofos en Creti, pues hace alrededor de mil años que amenazaban convertirse en una plaga.

El gerente general caminó hacia la zona del pasillo central, muy cerca de los obreros que acababan de llamarlo. Clasto Edginebrés iba a seguirlo, cuando el consejero lo detuvo asiéndolo por un brazo.

- Pasemos ahora al área de productos comunes, porque seguir tras el gerente general nos tomaría demasiado tiempo; él acostumbra detenerse junto a cada trabajador no menos de dos minutos para infundirle aliento y descubrir su estado anímico.

Doblaron hacia la izquierda, por un pasillo lateral apenas iluminado. Caminaban lentamente y apareció frente a ellos una espaciosa sala iluminada con cientos de lámparas; luego de acostumbrar los ojos al exceso de luz volvieron a caminar, hasta detenerse frente a un espejo.

- Aquí tienes una caja fotométrica para elaborar comestibles. Realicemos una prueba



ahora que sus operadores están dentro del aula de instrucción. Veamos; tecleo la cifra veinte y obtengo la pregunta en la pantalla: **¿QUE DESEA?** Contesto escribiendo: **SALCHICHÓN**. Observo la segunda pregunta: **¿ALGO MÁS?** y mecanografío: **PAN**; oprimo entonces la tecla de retorno al inicio, con lo cual indico al ordenador que debe encargarse de buscar en sus memorias la combinación que piense el operador. Yo acabo de pensar en un bocadillo y está codificando mi pensamiento, por eso la pantalla centellea. Ahora vuelvo a oprimir la tecla de retorno y como puedes observar, por aquel agujero está saliendo un bocadillo de salchichón. Te invito a probarlo; es de carne de cerdo auténtica y lo que voy a revelarte constituye un secreto de estado: esta es la máquina que produce los alimentos para el palacio real.

Después de comer el bocadillo, Clasto Edginebrés limpió su boca satisfecho. Entonces se acercaron a un aula donde se hallaban reunidos unos cuantos trabajadores.

- Esta es el aula de instrucción. Cada una hora suena un timbre y todos pasan adentro, donde el instructor les lee durante quince minutos las reglas de la Sociedad Universal de los Goces. Se trata de un método preventivo: con tal procedimiento evitamos brotes de enfermedades contagiosas tales como las manías de escribir novelas y enamorarse, por ejemplo.

Antes que el instructor terminase de leer, Toresano y Edginebrés echaron a andar de nuevo, deteniéndose frente a una mesa donde había una pequeña caja plástica.

- Es un sintetizador visual: con sólo mencionar una imagen deseada, la tendrás frente a ti. Si colocáramos en **ON** la palanca de accionamiento y dijésemos: **Rey Gaspar**, en el acto veríamos al soberano delante de nosotros. Está prohibido utilizar el sintetizador con el objetivo de confiarle nuestras dudas, pues en tales casos las imágenes que aparecen son las de monstruos sumamente peligrosos. Su empleo queda limitado a fines estrictamente producti-

vos, por ejemplo, fabricar animales comestibles o de trabajo; los primeros se obtienen porque ciertos ancianos de la nobleza no se acostumbran a las comidas sintéticas y de esa manera los engañamos sin crearnos conflictos; los segundos los destinamos a la Isla de las Rosas, cuyos habitantes son muy rebeldes y manteniéndolos en el atraso feudal evitamos que nos derroten.

Clasto Edginebrés no se animó a colocar la palanca de accionamiento en **ON** por temor a que apareciera el Rey Gaspar.

- Vayamos ahora al área de sucedáneos del amor.

Se detuvieron frente a una puerta de hierro muy ancha cerrada con dos candados.

- No voy a cansarte describiéndote inventos del Rey Gaspar tales como vaginas electrónicas o penes automáticos porque pertenecen al arsenal de productos obsoletos con que abarrotamos los mercados de la Isla de las Ro-

sas y apenas son utilizados por los habitantes de Creti.

Penetraron entre la juntura de la puerta y la pared y sintieron en el acto un ambiente cálido. Los obreros, cabizbajos, oprimían botones y accionaban palancas; en sus rostros se adivinaba que sólo pensaban en las piezas que salían de las bocas de sus máquinas.

- Mientras trabajan, cuentan los latidos de sus corazones y eso tarde o temprano les enferma del síndrome del amor. Entonces nos vemos obligados a retirarlos con todos los beneficios de la seguridad social diez mil años antes de la fecha programada.

Se movieron hasta enfrentar a un hombre de estatura insignificante y labio leporino.

- Esta especie de homúnculo lo compramos al dueño de un circo de saltimbanquis procedente del Continente cuya embarcación encalló en la playa cercana al Torrejón del Alca-traz y nos ha resultado un excelente operador de la máquina especializada en fabricar extrac-

tos de recuerdos, que resultan muy eficaces contra los olvidos y los sueños eróticos.

El enano tiró de una palanca y una miríada de comprimidos salió por un tubo lateral.

- Si colocas una de esas pastillas debajo de la lengua, aparece dentro de tus ojos una mujer hermosa y escuchas sus palabras sensuales en tus oídos. Durante varias horas, te queda la sensación de haber amado intensamente.

Se acercaron a una olla giratoria colocada encima de un banco de hierro.

- Ese es el torno donde se fabrican los accesorios reguladores del corazón.

Extrajo de un recipiente cilíndrico un eje minúsculo.

- Este extremo se hunde en el ventrículo derecho y este otro con una muesca en forma de v oprime la zona intercostal derecha. Al agujero central que aquí ves se le introduce un clavo sin cabeza y a él pueden acoplarse todos los elementos que ahora te mostraré.

Avanzaron hasta un estante ubicado en medio del pasillo; Toresano tiró de una gaveta, introdujo su mano y luego de revolver el contenido durante algunos minutos mostró dos engranes soldados entre sí.

- Un reductor de amores perdidos; sólo tiene dos marchas. Por medio de la palanca de cambios seleccionas la velocidad deseada. Con la primera, el corazón late apresurado, a la velocidad de un enamorado romántico; con la segunda, late muy despacio, como lo hace el corazón de un amante mezquino que persigue mujeres casadas.

Señaló un recipiente metálico herméticamente cerrado.

- Una bomba de vacío para eliminar restos de esperanzas. Conectas los cables a la corriente, afirmas los pies contra la tierra y soportas el shock emocional: del corazón serán absorbidas todas las esperanzas de encontrar un amor. Una desventaja de este equipo es que también puede absorber otras esperanzas.

Indicó hacia dos tubos de cobre soldados en cruz.

- Un mechero de incendiar pasiones. Lo utilizan los canijos sexuales, quienes de esa forma logran aparecer ante el mundo como donjuanes. Por aquí se lanza un fósforo encendido y al cabo de dos minutos la mujer que mire la llama azul que debe salir por este agujero caerá rendida a tus pies en el sentido literal de la expresión.

Los dedos continuaron acariciando el mechero.

- No voy a cansarte con la descripción de otros equipos. Te diré en general que aquí se fabrican todos los objetos destinados a evitar que los cretinos sufran con los amores verdaderos.

El consejero principal dio un ligero empujoncito a Clasto Edginebrés y se detuvieron frente a una puerta de cristales con la inscripción: **LABORATORIO CENTRAL**.

- Aquí no podemos entrar; es el lugar de trabajo de los científicos reales. El Rey Gaspar, para mantener el secreto exclusivo de los inventos y luego atribuirselos en el plano personal, ha hecho colocar un sistema de alarma que capta de inmediato la presencia de extraños en las salas de trabajo. No obstante, puedo explicarte lo que sucede allá adentro, porque hace alrededor de cincuenta años acompañé a Su Majestad en una inspección rutinaria.

Hizo silencio e invitó a Edginebrés a sentarse en una cómoda butaca forrada con piel de cabritilla.

- Existen dos salas de trabajo: la de nuevas creaciones y la del control de la producción.

El consejero extrajo del bolsillo un paquete de cigarrillos y luego de seleccionar uno al azar le brindó a Clasto.

- En la primera trabajan sobre cuanto idea se le ocurre al rey. Ahora, según he logrado enterarme, intentan reciclar las heces fecales.



Entrecerró los ojos exhalando el humo que habían acumulado sus pulmones.

- En la segunda verifican la calidad del trabajo dentro de la fábrica, utilizando como conejillos de indias a individuos previamente seleccionados entre los prisioneros del mariscal Caivás Edjuvitas.

Volvió lentamente la cabeza hacia Edginebrés, como si buscara descubrir el efecto que sus palabras habían causado. La expresión del rostro del embajador de los universianos denotaba tristeza, conmiseración, cólera y vergüenza por encontrarse en compañía de aquel cínico consejero que poseía todo lo que estaba vedado a los cretinos comunes.

- En una oportunidad, según me comentó el gerente general, los sucedáneos del amor eran de calidad tan deplorable que el patrón del área quedó enamorado de una de las doctoras. Ella, una rubia muy elegante, por un descuido durante la manipulación del concentrado de pasiones también quedó prendada del individuo

y no hubo más remedio que desterrarlos a la Isla de las Rosas, donde contrajeron nupcias y luego se unieron a las huestes de Juan Dequidad.

Benjamín Toresano se puso de pie y Clasto lo imitó.

- Vayamos ahora hasta la sección de enfermedades.

Entraron a un salón tan espacioso que apenas podían ver las últimas hileras de camas donde seres somnolientos gemían sin cesar, mientras el personal de servicio se movía entre ellos diligente, administrando pócimas, inyectando glúteos arrugados o prodigando golpes regeneradores en cuerpos inertes.

- Veamos la sala de producción, que es el sitio verdaderamente interesante.

Caminaron un pequeño trecho y al empujar una puerta de cristal, penetraron a un local refrigerado.

- En aquella retorta están cocinando el licor de la muerte, que como podrás observar es

un líquido negro parduzco muy parecido al fango. Lo obtienen por medio de la mezcla mecánica de todas las enfermedades que aquí se procesan y que se inoculan sólo con fines curativos a los inadaptados. Se les da de beber a borrachos inveterados y a los aquejados de pesimismo.

Clasto temblaba de frío.

- Aquí fabricamos desde cáncer del esófago para administrar a quienes convierten las comidas en el objetivo de vivir hasta el virus de la depresión que se inyecta a los amantes de los placeres mundanos.

El consejero, dándose cuenta que su acompañante tiritaba, lo invitó a salir por una puerta lateral y apareció ante ellos un estanque rodeado de árboles y de pájaros nadadores.

- ¿Por qué se fabrican enfermedades cuando los cretinos no mueren? Sería una interrogante muy juiciosa que te contestaría con los siguientes argumentos.

Echaron a andar por un camino asfaltado.

- Cuando la persona enferma y se ve obligada a guardar cama, repasa segundo a segundo todo lo vivido. El hombre es capaz de aceptar la muerte súbita y soportarla con estoicismo si reviste trazas de heroísmo, pero una muerte banal no la resiste. Al respecto, te contaré la historia de cómo Cornelio Huerta se convirtió en canciller del reino.

Se detuvieron a orillas del estanque para observar el lento vaivén del agua, movida por una brisa que provenía de unos ventiladores colocados de manera disimulada en los alrededores de los muros de contención.

- Nuestro canciller, antes de serlo, era un simple gacetillero que se permitía articulillos sarcásticos contra el Rey Gaspar y el Maestresa-la Benedicto. Fallaron las reprimendas del mariscal Caivás Edjuvitas y mis propias llamadas de atención, eso que designamos aquí como **charlas profilácticas**. Pero él, obstinado,

continuaba tratándonos en su periodicucho como majagranzas empeñados en gobernar hasta que se apagara definitivamente el lucero del alba.

Clasto Edginebrés miró a Benjamín y descubrió que su rostro se había congestionado de rabia.

- Bastó contagiarle una impotencia sexual avanzada; estuvo sufriendo en silencio durante años que Idelfonsa Isabel, con sus muslos bronceados de carnes firmes y su risa coqueta al mostrar los dientes brillosos, se le regalara toda, plena, jadeante, y él sólo podía lidiar contra ella valiéndose de astucias de anciano.

La respiración de Toresano era inquieta. Clasto supuso que estaba siendo atacado por pensamientos libidinosos.

- El lloraba como un perro desvalido cuando Idelfonsa se retiraba indignada de su lado protestando: “¡Ya no me quieres!”, y él que ni lo imaginara pero ella insistía: “Sólo piensas

en tus malditos artículos contra el monarca”. Cornelio exponía razones cuando ella giraba hacia motivos privados y lo acusaba de estarla engañando. “Ni lo sueñes, mi adorada”, se defendía él sin mucha fuerza de convicción en el tono de sus palabras; “sabes muy bien que todo el tiempo de mi vida te pertenece porque yo estoy contra los formulismos implantados en estas tierras por el Rey Gaspar”.

Benjamín Toresano sonrió, sarcástico. Extrajo de sus bolsillos migas de pan y comenzó a lanzarles pequeñas porciones a los pájaros nadadores.

- Cornelio Huerta no pudo vencer la enfermedad porque le habíamos contagiado un virus de fortaleza cien, que es la máxima. Y se vio obligado a consultar los médicos. Nuestros médicos. ¿Entiendes, amigo mío?

Volvió a sonreír, esta vez con una expresión triunfal.

- Ellos diagnosticaron impotencia prematura por deficiencias hormonales y ya sabes

cómo asusta cualquier diagnóstico. No se resistió a ninguno de los tratamientos. De esa manera, por voluntad propia ingresó en la clínica de cuidados especiales y allí permaneció durante años, soportando tres inyecciones diarias de agua coloreada.

Toresano, divertido, detuvo el lanzamiento de una miga y miró a Clasto Edginebrés.

- Sí, no te asombres: no hacían falta medicamentos; su propia conciencia culpable fue convenciéndolo de que luchaba sin sentido contra gigantes y a medida que se proponía cambiar su régimen de vida notaba que las erecciones eran más frecuentes.

El consejero continuó lanzando minúsculos pedazos de alimento a los pájaros nadadores.

- Una mañana llamó al médico que lo atendía. “Doctor”, le dijo, “he comprendido el punto neurálgico de mis problemas: pretendía navegar a contracorriente”. El médico le asegu-

ró que ya estaba curado y salió de la clínica convertido en otro individuo.

Benjamín Toresano mantuvo quietas las manos, quizás rememorando un pasaje olvidado de su vida.

- Fue ascendiendo peldaño a peldaño. En esa época carecíamos de un gacetillero competente para justificar todos nuestros actos como gobernantes y lo acogimos en el cuerpo de consejeros. Bien pronto encontró la solución, fundando una escuela de la cual él era director general y único profesor, y de la que salían graduados cada año un centenar de gacetilleros capacitados para presentar las mentiras más increíbles como si fuesen verdades irrefutables. En premio a sus esfuerzos durante cientos de años, al llegar a la edad del retiro se le acomodó en la cancillería para que con la holganza propia del cargo recuperase los ardores juveniles.

Sin previo acuerdo, se sentaron a la vez en la superficie de los muros de contención.



- ¿Qué dudas te atenazan todavía sobre nuestros empeños? Hemos logrado aquí adentro, en el ámbito del laboratorio, desembarazar al hombre de rastreras preocupaciones como las de comer y amar.

Suspiró. Clasto Edginebrés creyó adivinar que detrás de aquel suspiro se escondía algún secreto.

- Dentro de mil años estaremos en condiciones de educar a los recién nacidos en el más riguroso de los ascetismos, una vez que hayamos logrado erradicar el placer originado por los sentidos del gusto y el olfato. En esa época futura, ya habremos desarrollado la técnica de conservación de la especie sin auxilio de la pareja.

Cerró los ojos, como si soñara. A Clasto se le antojó que no soñaba con el porvenir, sino con el pasado. Con su propio pasado.

- Cuando encontremos el método perfecto de amputar las neuronas, habremos liberado al hombre de algunas falacias que mantiene en

su cerebro por culpa de ciertos filósofos como Juan Dequidad, quien hace creer a los habitantes de la Isla de las Rosas que los cretinos los explotamos. La explotación no existe: sólo existe el destino. El mendigo debe regocijarse con la mendicidad, al igual que el noble disfruta por obligación de las ocupaciones de la caza y el derecho de pernada.

- ¿Y la libertad? - preguntó el embajador, abandonando el mutismo en que se mantenía desde su entrada a la fábrica.

Benjamín Toresano rió con una risa forzada.

- Hemos logrado alargar la existencia de los cretinos hasta el infinito, hazaña jamás soñada en las tierras de donde procedes. ¿No vale la pena acaso sacrificar la libertad a cambio de la eternidad?

- En Creti, los mendigos no tienen derecho a la eternidad - protestó Clasto Edginebrés casi sin proponérselo; cuando acabó de hablar, vio que la emisaria de Juan Dequidad le sonreía

escondida detrás de un árbol y le hacía la señal de la victoria con los dedos.

El consejero principal se puso de pie; no pudo ocultar el temor y la inseguridad al hablar.

- Los mendigos lo son porque han perdido alguno de sus miembros o porque acumularon mil puntos en sus tarjetas de conteo en cuatro oportunidades. Es decir, unos lo son por accidente, otros por no saber adaptarse a las exigencias sociales; todos porque era ese su destino.

Clasto se levantó, y luego de sacudir los fondillos de minúsculas trazas de polvo, le pidió a Benjamín Toresano que lo guiara de nuevo hacia la salida. Rehusó conocer los restantes rincones de la fábrica.

- ¿Tampoco deseas que conteste la pregunta inicial que me formulaste? - interrogó con toda seriedad Benjamín.

- No lo necesito - aseguró Clasto. Qué le importaba ya lo que pudiese pensar el consejero principal del Rey Gaspar ni recorrer los salones

donde funcionaban las máquinas de preparar el elixir de la hipocresía, el de las renunciaciones o el de la inteligencia. Tampoco deseaba entrar al laboratorio de los olvidos: le bastaban estas dos horas de desencantos para sentarse a reflexionar.

## CAPITULO TRECE

SENTADO EN EL BANCO DE UN PARQUE SOLITARIO UBICADO A LA ENTRADA DE LA CIUDAD, CON LOS OJOS SEMICERRADOS, CLASTO EDGINEBRES ESTA PENSANDO. Se debate entre cientos de dudas y acaba por cerrar los ojos, luego de escupir con violencia sin lograr eliminar el sabor amargo de su boca.

“No soporto esta atmósfera asfixiante”, exclamó Clasto Edginebrés dentro de su cerebro y al abrir los ojos reparó en que le habían robado los zapatos.

- ¡No la soporto! - gritó Clasto al verse descalzo y cuando pronunció la última palabra descubrió a un muchacho de pelo rubio y de rostro idéntico al del Maestresala Benedicto escondido detrás de un árbol.

De dos zancadas, se enfrentó al muchacho y tomándolo por el cuello le gritó:

- ¡Devuélveme mis zapatos!

Por toda respuesta, recibió un rodillazo contundente en el centro del estómago y al intentar defenderse, sintió que los ojos se le nublaban a la vez que una dulce embriaguez comenzaba a habitar todo su cuerpo. Cuando regresó del mundo de los sueños en que estuvo sumergido un tiempo que no pudo precisar, intentó ponerse de pie sin lograrlo; dos manos enguantadas lo oprimieron por la zona del pecho contra un jergón donde lo había lanzado como un fardo inútil. La vista se le aclaró luego de cerrar y abrir varias veces los ojos y agitar la cabeza: acababan de arrojarle agua de un recipiente de manera violenta. Entonces reconoció al dueño de las manos enguantadas: el mariscal Caivás Edjuvitas.

- Un diplomático - le dijo- debe ante todo comportarse a la altura de su cargo. Si se encuentra en un país donde lo negro es azul, no

deberá jamás discutir sobre colores. ¿Queda claro?

Clasto contestó con un sí más de fastidio que de temor; ya empezaba a aburrirse de verse obligado a acallar sus pensamientos.

- Y la adaptación - continuó el mariscal- , que conserva la vida, recomienda mirar y callar. ¿Queda claro?

Esta vez Edginebrés nada contestó. En el local donde se encontraban, una oficina estrecha carente de adornos en las paredes, la atmósfera era caliente y agresiva; el supuesto embajador comenzó a temer por su vida. Le habían contado que a quien encerraba el mariscal en el cuarto de los interrogatorios podía considerarse cadáver.

- ¡Ahora váyase! - escuchó Clasto Edginebrés, asombrado, la orden del mariscal, mientras uno de sus ayudantes lo liberaba de las amarras.

Se restregó los ojos con las manos, incrédulo.

- Pero no olvide que si intenta rebelarse de nuevo contra nuestras leyes no lo defendemos de la ira de los ciudadanos: dejaremos que lo arrojen al fondo del Volcán Nevado, tal como pretendían hacer unos estudiantes cuando lo oyeron gritar en el parque las obscenidades propias de su planeta.

Clasto se puso de pie.

- Recuerde que aquí no hay ladrones; el robo es un defecto desconocido por nuestros ciudadanos, quienes no tienen necesidad de cometerlo. Luego de tres horas de labor, reciben al final de la jornada la comida restauradora de sus fuerzas de manera gratuita.

No logró contenerse. Con la mano en el picaporte de la puerta de salida, se volvió hacia el mariscal.

- ¿Todos trabajan? - preguntó con sorna.

- ¡Váyase le he dicho! - gritó Caivás Edjuvitas poniéndose de pie; avanzó hacia Clasto Edginebrés y tomándolo por las solapas del abrigo le roció el rostro con su saliva aguarden-



tosa. Sabía todo sobre él: era un espía continental que intentaba estudiar las posibilidades de triunfo de las huestes de Juan Dequidad y, en caso positivo, cómo podía ayudarlo su gobierno. Si caía de nuevo en sus manos, se encargaría de ajustarle las cuentas personalmente; ahora, resultaba imposible: las leyes de Creti eran inviolables y sólo permitían la condena de los reincidentes.

Al salir de la cárcel, determinó encontrarse con Juan Dequidad y convencerlo de que lo aceptara entre sus huestes. Se sentía amenazado, perseguido. Resultaba imposible regresar al hotel o a la sede diplomática, según pensaba, y por tal motivo resolvió esconderse debajo de una piedra hueca que descubrió en la plaza pública.

A los pocos minutos, los gallos comenzaron a cantar. Olía a madrugada, a leche recién ordeñada y a rocío temprano. Aun así, escuchó a lo lejos dos voces, una de hombre y otra de mujer, que conversaban mientras iban acercán-

dose a la piedra. Para asombro suyo, descubrió que se trataba de la Reina Lila y del Maestresala Benedicto; aunque hablaban en el tono que acostumbran los enamorados, lejos estaban de intercambiar requiebros. Acongojados, comentaban los graves hechos que tenían lugar en Creti, mientras esperaban el momento de iniciar la conferencia matinal del día.

El más abatido de los dos era el Maestresala. Le confiaba a la reina sus preocupaciones, dudas y temores. Habían perdido casi dos horas tratando de comunicarse por vía telepática con el mariscal Caivás Edjuvitas sin resultado alguno; no se les ocurría otra manera efectiva de informarle al encargado de las maniobras militares contra los guerrilleros de Juan Dequidad que éste acababa de salir con sus huestes desde la Isla de las Rosas y se proponía tomar Creti de una vez y por todas. De nada han valido ardides ni estratagemas contra el muy atorrante del jefe de los mendigos. Trataron en una oportunidad de comprarle su rebeldía por diez millones de

tomines y les respondió con un mensaje enviado a través de una nube que nunca había pensado en tesoros materiales para provecho propio. Convencieron en una ocasión a su lugarteniente principal que debía envenenarlo con sulfato de bencedrilo y cuando fue a disolver diez gramos de la sustancia en el caldo que consumía cada tarde su jefe, sintió un dolor tan fuerte en el estómago que se vio obligado a correr hasta el retrete. Luego pasaron a ataques menos sutiles: mendigos convertidos en mercenarios lo esperaban emboscados en parajes inhóspitos y al disparar sus armas las balas salían hacia atrás; falsificaban recados de la madre, anciana y enferma, y cuando el batallón de asalto al mando del propio mariscal Caivás Edjuvitas descerrajaba las puertas y ventanas de la humilde vivienda hacía dos horas que se había marchado; enviaban a Idelfonsa Isabel hasta la Montaña Bermeja disfrazada de gitana para que le leyese la buenaventura en la palma de la mano, y en el momento que la Brigada

Contra Disturbios se disponía a apresarlo, aquellos hombres endurecidos por la brega diaria contra los delincuentes más encanallados no atinaban a actuar, convencidos de que entre dos amantes apasionados nadie podía interponerse.

- ¿Y el nuevo método de exterminio inventado por Toresano? - indagó la Reina Lila. Desde su escondite, Clasto Edginebrés dedujo que el tono de la voz de la mujer había sido no sólo melifluo, sino además de una admiración sin límites hacia su interlocutor. Supuso también que acariciaba las manos del Maestresala.

- No confío en sus resultados, aunque nada perdemos con probar.

“¡Conque esas tenemos!”, pensó Clasto; “Benjamín también desea exterminar a Juan Dequidad”. Prestó suma atención, y concluyó que el plan ideado por el consejero principal no dejaba de resultar ingenioso: consistía en ignorarlo para que muriese de rabia.

- ¡Cuánto me apena esta situación!  
- suspiró Benedicto- . Yo inventé la leyenda

sobre la existencia de Juan Dequidad para educar a los cretinos en el temor al castigo que impone el Gran Maestro Universal de los Goces a quienes violan sus reglas, y ahora resulta que cada día es mayor la cantidad de los que buscan a ese personaje ficticio ansiosos de escuchar sus palabras.

La voz quejumbrosa de Maestresala Benedicto comenzó a alejarse. Venía proclamando en sus conferencias matinales que desde siglos atrás que, siendo Juan Dequidad un niño, el Gran Maestro Universal de los Goces había pronosticado el surgimiento en Creti de un enemigo invisible opuesto a los edictos reales de Gaspar Único, enemigo al que deberían perseguir los cretinos; al principios, se lanzaron a una cacería despiadada contra aquellos que se asemejasen físicamente a Juan, descrito por Benedicto como un individuo de barbas entrecanas, pelo amarillo rojizo y vestido como un mendigo; sin embargo, al cabo de los años no encontraron al tal Juan Dequidad y entonces

alguien ideó lo del poder de ubicuidad, el espíritu de justicia y su lucha contra los formulismos. Actualmente, los soldados de la ronda descubrían a diario leyendas escritas con carbón fosforescente al estilo de: “Nuestro Juan lucha contra la tiranía del decrepito Rey Gaspar”.

Clasto Edginebrés comprendió que el Maestresala Benedicto tenía sobradas razones para estar desesperado. También él sentía un terror sin límites: si llegaba la hora de la conferencia matinal y no había logrado escabullirse de aquel escondite, se vería obligado a soportar la lectura de la regla séptima de la Sociedad Universal de los Goces, cuyo texto comenzaba a ensayar en ese instante el Maestresala Benedicto con la finalidad de que la Reina Lila corrigiese la dicción.

Después de haber escuchado durante más de dos horas la conferencia matinal, Clasto Edginebrés recordó que aún traía en sus bolsillos dos pastillas de la invisibilidad de las que le había proporcionado Benjamín Toresano para

entrar a la fábrica de ilusiones y tragó una con el propósito de hallar a Juan Dequidad. Abrigaba en su corazón una secreta esperanza: que el jefe de las huestes libertadoras acampadas en la Isla de las Rosas no fuese ninguna ficción.

Caminó incansablemente por todos los parques de la ciudad y al llegar a un descampado encontró a Cornelio Huerta, quien escribía en un largo pergamino escondido tras unos depósitos de basura. Volvió a hacerse visible tragando la pastilla que le quedaba y el canciller del reino trató de salir corriendo.

- No pierda el tiempo: lo encontraría aunque se escondiese en la fábrica de ilusiones - le dijo Clasto, colocando con fuerza una de sus manos en la cabeza del alto dignatario.

Las piernas de Cornelio Huerta comenzaron a chocar entre sí al nivel de las rodillas; sus ojos estaban a punto de salirse de las órbitas y convertido en un guiñapo le rogó al excelentísimo embajador de los universianos que no volviese a mencionar aquella fábrica; su

existencia constituía un secreto tan limitado, que quien hablase sobre ella fuera de los espacios aprobados por la Sociedad Universal de los Goces era condenado a convertirse de por vida en operador de alguna máquina de la misma.

- Es usted un cobarde - interrumpió Clasto Edginebrés al atormentado canciller.

- Los secretos entre dos constituyen una conjura - protestó Cornelio Huerta con voz débil. Temía caer de nuevo en manos de Caivás Edjuvitas; en casos de reincidencias, el mariscal no procedía con palabras suaves y corteses. Los cuartos de luna azules no solamente dolían en el instante de ser grabados con el hierro candente, sino además perduraba en la frente hasta la época de la mudanza de la piel y quienes los llevaban eran mirados por todos como apesta-dos.

- Es usted una rata - afirmó Clasto retador.

- Mi casa no se moja durante los aguace-ros torrenciales que nos atacan con frecuencia



- contestó el canciller con desinterés- y mi jardín sembrado de flores amarillas perfuma las noches, mientras Idelfonsa Isabel y yo llegamos al orgasmo.

- A su actitud en mi tierra la llamamos egolatría - argumentó Clasto Edginebrés en tanto tomaba al canciller por el cuello y quedaba mirándolo al fondo de sus ojos.

- Nada más tenemos que hablar - contestó Cornelio- . Debo marcharme a mi casa, donde me esperan mi esposa y los niños.

Clasto liberó a su cautivo, decepcionado. Creyó que había encontrado al fin a alguien en Creti dispuesto a luchar contra los formulismos y ayudar a los isleñosrosinos en su propia lucha, cuando en realidad estaba en presencia de un cretino como otro cualquiera, acostumbrado a enterrar el miedo dentro de su esposa.

Clasto echó a andar por cualquier camino, sin cuidarse de evitar las calles solitarias por las que comenzaban a circular ya los guardianes nocturnos. Iba pensando en su propia soledad,

en cuánto duele en los costados del cuerpo que la feroz madrugada comience a morderlo a uno. Se detuvo un instante y percibió la respiración de alguien a sus espaldas. Al volverse, vio a un hombre sin bigotes, sonriente, alegre.

- Es usted un valiente o un loco - le dijo Clasto sin poder contener un arranque de piedad- . ¿No sabe acaso que en esta ciudad está prohibido afeitarse los bigotes?

- Lo sé, amigo - contestó una voz optimista y festiva.

Clasto Edginebrés presintió que en tantos años de vagar por estas tierras, era la primera vez que se enfrentaba a un ser verdaderamente humano.

- Es insólito - dijo asombrado- . Usted sabe, indudablemente, que es preferible morir antes que vivir con la tarjeta de conteo personal encima de la mesa de trabajo del mariscal Caivás Edjuvitas y sin embargo sonrío.

- No existen motivos para abandonarse al pesimismo - le contestó su interlocutor.

De momento, un sol brillante apareció en el firmamento y ya Clasto iba a salir corriendo; le habían advertido que a quien descubriesen los soldados de la ronda en la calle durante la madrugada, lo multaban con cien puntos en la tarjeta de conteo. Su acompañante lo tranquilizó, aclarándole que ese sol sólo era válido para el Rey Gaspar y todavía no había acabado de explicarlo cuando la noche volvió a envolverlos.

Al cabo de una hora de conversación, les parecía conocerse desde hacía mil años; habían encontrado más aspectos en común que divergencias, concluyendo que los males en Creti no eran originados por la decrepitud del Rey Gaspar: era toda Creti quien se hallaba décrepita y la única alternativa de salvación sería remover cada piedra de sus cimientos. Al finalizar la mañana, acordaron separarse hasta tanto el equinoccio de primavera trajese aires limpios desde las aguas borrascosas del Mar de las Angustias.

En el momento de la despedida, Clasto formuló la pregunta cuya respuesta creía saber de antemano.

- ¿Quién tú eres?

- Por supuesto que Juan Dequidad - le contestó el otro y ya a punto de marcharse le recomendó a Clasto Edginebrés que se escondiera en la escuelita del kindergarten disfrazado de párvulo tonto hasta que pudieran trasladarlo a la Isla de las Rosas.

## CAPITULO CATORCE

CLASTO EDGINEBRES OCUPÓ UNA SILLA EN LA ESCUELITA DEL KINDERGARTEN JUSTO EN EL INSTANTE EN QUE LA MAESTRA DE HISTORIA ACTUAL COMENZABA LA CLASE; ÉL, DESDE LUEGO, TRANSFORMABA LA LECCION QUE IBA DICTANDO LA ANCIANA ESCASA DE CARNES Y ESCRIBIÓ EN SU CUADERNO ESCOLAR:

“La Reina Lila Primera no sólo es una gruesa jamona, sino también muy imaginativa, que acostumbrada a fabricar versiones personales de cuantos hechos ocurren a su alrededor. Los ingredientes con que prepara sus chismes son de índole variada: un comentario escuchado al azar; una confidencia de sus múltiples amigas quienes la consideran más peligrosa por lo lenguaraz que por ser la esposa del rey; una

información oficial por parte del mariscal Cai-  
vás Edjuvitas al cuerpo de consejeros,  
institución de la cual es secretaria privada. Y  
después de cocinar los ingredientes a fuego  
lento agregándole extracto de su propia bilis y  
sulfato de odio que le entrega personalmente  
cada mes el gerente general de la fábrica de  
ilusiones, mientras bebe la sopa obtenida se  
dedica a escribir artículos periodísticos en su  
libreta de notas. Uno de tales artículos, publica-  
do tres mil años atrás en **La Voz Cretina**,  
aseguraba que en el año veintitrés mil ciento  
cuarenta y dos su esposo el Rey Gaspar se  
hallaba aquejado de una fuerte migraña y para  
no tomar calmantes se hizo conducir en hom-  
bros por cuatro criados hasta la plaza pública.  
Una vez allí, llamó a gritos al Maestresala Bene-  
dicto y cuando éste, indignado porque un  
cachafuico de la puta madre venía a interrumpir-  
lo en su sueño de la madrugada le contestó  
que los días de recibir a los mendigos para  
atender sus quejas sobre la baja calidad de las

sopas de chorizo eran martes de cada semana anterior, el rey se endemonió de una manera tan bárbara que extrayendo una flecha de su carcaj se la clavó en el pecho al Maestresala para enervarse con el olor de la sangre. Enervado ya, de dos zancadas se situó frente al cuerpo inerte de Benedicto, recogió la flecha tirando de ella con violencia y la envolvió en una tira de felpa a la cual prendió fuego. Tensó el arco, liberándolo de pronto y la flecha fue a encajarse justo en el centro de la mesa donde el Maestresala Benedicto tenía barricas llenas con alcohol etílico, que consumía en grandes cantidades mientras se dedicaba a escribir la conferencia matinal del día siguiente. El incendio provocado fue de tales dimensiones que el Maestresala se vio obligado a capitular con los fondillos chamuscados y la reserva de alcohol de tres días perdidas sin remedio, y a complacer los caprichos del rey de declararlo en la siguiente conferencia matinal hijo ilustrísimo de la ciudad”.

“El Maestresala Benedicto andaba prófugo de la justicia del Rey de Snouk Ectobaldo Tercero, cuando cruzó el Estrecho de las Amarguras en un caballo alado que le facilitara el Magister Domus y al llegar a Creti comprobó con estupefacción que Gaspar no sabía qué decirles a sus vasallos e inventó en el acto una fórmula que luego el rey utilizaría de manera cotidiana: unir palabras al azar. De esta suerte, el primer discurso del monarca según consta en los archivos reales fue el siguiente: <<El sueño de los inferiores proliferan del un suyos tanto dime comprendiendo los altos y pueblan comedidamente casas reventados tan efímeros bajantes>>. En premio a tan excelente servicio, el rey le preguntó a Benedicto: <¿Qué cargo deseas? >>, y él, poniendo cara de cangrejo inmortal, lanzó los dados cabalísticos al aire y al ver que señalaron serpientes y tortugas, decidió: <<Póngame de Maestresala Mayor>>. En el acto hubo protestas en el cuerpo de consejeros. Benjamín Toresano deseaba aquel cargo



para sí y se le había negado dos horas antes porque la reina Lila se opuso argumentando que los maestresalas debían ser calvos; el mariscal Caivás Edjuvitas lo ambicionaba porque se obtenían mayores beneficios asustando a los mendigos con las palabras que con las armas, y Toresano se opuso con el pretexto de que los maestresalas no podían haber olido la pólvora; Salvador Lémur, en aquellos días iniciales del reino cretino un hombre incondicional del Rey Gaspar, lo había solicitado desde antes de la ceremonia de toma de posesión y el mariscal Caivás Edjuvitas objetó la petición razonando en el oído del rey que los filósofos no pueden ocuparse de los asuntos terrenales; Cornelio Huerta deseaba el nombramiento, creyéndose con méritos suficientes para recibirlo por ser graduado de derecho consuetudinario y diplomático en la Universidad del Campamento Militar del Azófar y Salvador Lémur se opuso: los maestresalas debían ser vírgenes y los amores entre Cornelio e Idelfonsa Isabel más que

públicos resultaban escandalosos. El Rey Gaspar Único, levantándose del sillón regio, golpeó con su bastón sonoro el piso de la sala real: <<¡Aquí se hace lo que a mí me salga de los fiordos! >>. La Reina Lila, acercándosele, sin disimulo alguno le propinó un codazo advirtiéndole: <<Cuando yo te lo ordene>>, razón por la cual el cargo le fue concedido a Benedicto”.

“Idelfonsa Isabel comenzó siendo barragana del marqués Cornelio Huerta, quien acostumbraba recitarle poemas al oído en los que aseguraba: La luz de tus ojos brilla intensa/ y tu hablar sereno me trae dulces recuerdos. Cornelio era experto mundial en tales lances: sabía recitar con voz engolosinada: **Señora mía/ qué calma habéis llevado a mis actas notariales/ qué límpidas nostalgias de considerandos/ cuánta paz a mis por cuantos/ que me haces confesar que soy amado**. Al cabo de cien años ella recibió en herencia el título de condesa del Alcatraz y

entonces echó a un lado el gusto por las poesías de Cornelio tomando por costumbre invertir su fortuna en negocios muy rentables, tales como una fábrica de salchichas de hierbas, una fuente de los milagros, una fábrica de ladrillos de humo, tres máquinas para elaborar corazones a prueba de infartos, una bomba de vacío para extraer neuronas, dos descortezadoras de naranjas inventadas mil años antes de que estas frutas apareciesen sobre la tierra y en fin, que transcurridos diez mil años Idelfonsa Isabel había acumulado una suma líquida de cien millones de tomines y podía darse el lujo de decirle a Cornelio: <<Esta noche recibo la visita de un amigo. No vengas a dormir>>”.

“El doctor Cornelio Huerta vagaba por los parques de Creti llorando la desgracia de no tener quien lo amara, hasta que una mañana Benjamín Toresano lo encontró dormido encima de un banco, mojado el cuerpo de rocío y encharcado de sus propios vómitos a consecuencia de la borrachera de vino de estrellas.

Después de hablarle como un hermano, tratando de persuadirlo de las bondades del Rey Gaspar, de las humanas intenciones del mariscal Caivás Edjuvitas como controlador del pensamiento de los cretinos y de sus propios esfuerzos personales en bien de la nación, le propuso entrar al servicio de las obligaciones palaciegas. Así, el primer cargo que ostentó fue el de removedor de sales en los bacines de oro del rey y tanto afán demostró su lengua en desinfectar los aditamentos íntimos del monarca, que a los diez años se le honró promoviéndolo al puesto de lustrador de zapatos. Transcurridos cien años más el cuerpo de consejeros cayó en la cuenta de que resultaba necesario constituir un tribunal para juzgar los litigios que se presentaban a diario entre científicos y dueños de fábricas, quedando designado Cornelio Huerta como Magistrado Supremo. Apenas tomó posesión del cargo, comenzó a ventilar los más de cien mil asuntos pendientes por medio de un procedimiento simple: lanzaba los dados de la

cábala encima de un tapete verde y el litigante que primero acertara una combinación resultaba el ganador”.

“El mariscal Caivás Edjuvitas nunca pensó convertirse en militar. Descendía de una familia de matarifes y a diario veía sacrificar las reses destinadas al palacio de Ectobaldo Tercero, rey de Snouk, y en horas de la tarde la madre les servía a él y a los restantes de la casa una sopa elaborada sobre la base de sangre de ternera que les dejaba un sabor similar al de las algas putrefactas. A los doce años se alistó como voluntario para participar en la guerra del reino de Snouk contra los mendigos amotinados en la Isla de las Rosas, y en aquellas lejanas tierras puso en práctica el oficio aprendido desde la cuna. Esa actitud de león embravecido le valió el ascenso a cabo de infantería de segunda clase, librándose de largas caminatas pues en el ejército snoukino sólo iban al terreno de combate los soldados; mientras tanto, clases y oficiales, empleaban el tiempo de las batallas en jugar a

los naipes. Fiel a la tradición familiar, aceptó el cargo de sargento mayor de las ejecuciones al terminar la guerra y estuvo medrando en la ciudad Apócrifa, capital del reino snoukino, hasta el alzamiento de los militares ocurrido en los primeros años del siglo ciento veinte capitaneado por el alférez Juan Dequidad. Caivás Edjuvitas aseguró los grados de teniente coronel en ambos bandos y durante la ofensiva de otoño de las fuerzas leales a Ectobaldo Tercero contribuyó con sus manos a que el agua del río Achdos se tiñera de rojo, motivo por el cual renunció a los grados en el bando insurgente logrando de esa suerte ser ascendido a coronel en el ejército real. Años después, cuando el duque Gaspar destronó a Ectobaldo Tercero, logró el nombramiento de ministro de la guerra, cargo desde el cual ejercía un poder ilimitado al frente de las fuerzas de policía y el ejército compuestas por quince hombres; a partir de ese instante implantó la tarjeta de conteo personal, único documento identificativo conocido en

Creti desde entonces. Designado mariscal, jamás volvió a poner las manos encima de prisionero alguno y hasta adoptó la costumbre de esconder sus garras velludas dentro de unos guantes de piel de oso; el trato que él dispensaba a los mendigos detenidos por los soldados de la ronda, los guardianes nocturnos y los agentes secretos era deferente, con palabras corteses y poses de hidalguía. Razonaba con ellos que desde el ascenso al trono del Rey Gaspar había quedado eliminada la perniciosa idea de Ectobaldo Tercero de mantener a los ciudadanos en la pobreza. <<Es más conveniente ofrecer la opción a cada cual de ser rico algún día>>, concluía sus reflexiones en medio de la bruma del humo del cigarrillo brindado a su prisionero, quien salía convencido de la oficina de Caivás que éste podría estar equivocado, pero no cabían dudas de que era un hombre digno y honesto; cuando lo conducían hasta los sótanos de la cárcel, donde un cancerbero con cara feroz le grababa un cuarto de luna azul en la frente,

pensaba: <<¡Qué gran corazón el del mariscal! ¡Si él supiese que me han humillado seguro castigaría con severidad a este asesino!>>”.

“Benjamín Toresano recibió un entrenamiento filosófico en la Universidad del Campamento Militar del Azófar. Veinte años después tomó un curso de técnicas narrativas aprendiendo que las dotes literarias carecen de valor alguno y es preferible emplear el tiempo en retóricas escolásticas para complacer a todos y no quedar mal con nadie. Participó como asesor principal del Rey Ectobaldo Tercero en la conferencia del Faro de Mustelier donde quedara decidida la abdicación del monarca al trono y allí mismo aceptó la oferta de renunciar a su ciudadanía snoukina para convertirse en consejero principal del nuevo rey. Al tercer día de vivir en Creti dormía en una de las habitaciones del palacio real y de momento descubrió hallarse de pie en un parque solitario donde un mendigo transparente le solicitaba una limosna. <<¡Jodentinas conmigo, no!>>, gritó asustado



Benjamín, desconociendo que aquello era una prueba a la que se le sometía por indicación de la Reina Lila. Caivás Edjuvitas en persona colocó una mano advertidora en el hombro de Toresano y le dijo: <<Diez puntos>>. Como abriera la boca para expresar algo el mariscal agregó: <<Guárdese los carajos para cuando lo embarquemos de nuevo rumbo a la ciudad Apócrifa. Aquí no tratamos de convencer a nadie>>. Como diez mil tomines, el salario mensual correspondiente al cargo de consejero principal del Rey Gaspar, resultaba en aquella época una suma más que considerable, puso cara de niño inocente y rogó: <<Discúlpeme>>, a lo que Caivás Edjuvitas replicó sonriente: <<O se acomoda los calzoncillos o le soplamos tres orejas de burro en la heptodelma>>, lo cual traducido libremente del lenguaje cretino antiguo vendría a significar en la actualidad que le sembraban el cuerpo de cuartos de luna azules. Poco a poco, fue adaptándose a la manera de vivir en su nueva patria y siguiendo los consejos

de su padre determinó utilizar el talento en provecho personal. De esta manera, comenzó a idear juguetes que alimentaban las ansias de gloria del Rey Gaspar Único. Inventó la infalibilidad de los gobernantes, las arañas postizas, los cangrejos enemigos de la civilización, los discursos carentes de contenido, las hazañas heroicas del Excelso Monarca, las campañas contra las diarreas, la amenaza de la Isla de las Rosas contra el reino de Creti, la décima guerra mundial, la novena ley de la termodinámica, las confesiones impublicables de un mendigo a quien mantuvieron detenido durante catorce días en las mazmorras de los universianos, el juego de la quimbumbia y el del Salve César”.

## **CAPITULO QUINCE**

ABURRIDO DE ESTE EJERCICIO DE ESCRITORIZUELO MEDIANTE EL CUAL TRANSFORMABA LAS ALABANZAS DE LA MAESTRA DE HISTORIA ACTUAL EN FAVOR DE LOS HIJOS ILUSTRES DE CRETÍ EN OFENSAS, CLASTO EDGINEBRES DEJO DE MOVER SU MANO. Al advertirlo, la maestra del kindergarten lo miró severa y le preguntó:

- Vamos a ver, niño: ¿en qué año fue fundado el reino de Creti?

Sabía que estaba obligado a recitar el artículo quinto del reglamento de la Sociedad Universal de los Goces; de no hacerlo al contestar esta pregunta de control sería castigado con seis puntos en la tarjeta de conteo, que para los niños equivalía a no comer caramelos durante un tiempo que oscilaba entre seis días y seis milenios y además ser nominados Infantes

Guataca de Burro Honoris Causa. Clasto ya estaba aburrido de aquellas clases en las que le prohibían pensar, debía permanecer en silencio durante cien horas y ponerse de pie cada treinta minutos para honrar a la Suma Majestad de Creti como paradigma de inteligencia y bondad personal. Los niños sufrían en silencio todas las vejaciones de que eran objeto: los obligaban a besar el retrato de quien se suponía representaba la imagen del rey, les bajaban los pantalones o las faldas a la entrada de la escuela para comprobar el estado de suciedad, durante los recesos de cincuenta minutos debían dedicar cuarenta y ocho a escuchar la grabación de la conferencia matinal que ese día hubiese impartido el Maestresala Benedicto en la plaza pública y finalmente, cuando los padres venían a buscarlos en horas de la tarde estaban obligados a decirles que deseaban continuar encerrados en el aula aprendiendo Historia Actual.

Clasto Edginebrés, luego de tres meses continuos de estar recibiendo la misma clase, ya conocía lo suficiente acerca de la vida de los escolares y logró establecer sus propios juicios de valor: no asistían a la escuela con el objetivo de aprender, sino para evitar que a los padres les anotasen diez puntos en sus tarjetas de conteo. Se alegraba de haber nacido en un mundo distinto: los continentales desconocían el castigo de retornar a un hombre hasta la niñez para curarle la rebeldía, tal como hacían los científicos al mando del mariscal Caivás Edjuvitas con los prisioneros de las huestes de Juan Dequidad; y aunque en el Continente carecían de algunos alimentos que aquí eran producidos en cantidades excesivas por las máquinas de la fábrica de ilusiones, no vivían enjaulados en conferencias matinales y podían escarbarse las narices.

Todas estas reflexiones se apoderaron del cerebro de Clasto Edginebrés, quien sin ponerse de pie lanzó contra la pizarra el biberón que le

habían entregado veinte horas antes lleno de leche y contestó:

- ¡En el año de las cometas!

La maestra no ocultó su contrariedad. Luego de arrojar indignada la tiza de hierro que sostenían sus dedos, golpeó dos veces la mesa de papel, y mirando hacia la pizarra de diamantes levantó el índice acusador en dirección a Edginebrés.

- ¡Tres días más en kindergarten por animal!

Clasto de puso de pie, sacudió los fondillos en un gesto irreverente y quitándose los calzones con que se había disfrazado de niño, gritó:

- ¡Me cago en el Magister Domus, en el Gran Maestro Universal de los Goces y en el Rey Gaspar!

En un instante, la escuela se convirtió en un río desbordado; los niños salían de las aulas en tropel, arrasando cuanto encontraban a su paso. Los maestros, escondidos debajo de sus

mesas, los dejaban vociferar vituperios contra el ofensor de los máximos símbolos de Creti. Clasto Edginebrés, oculto dentro de un depósito de basura que encontró volcado en el patio, aunque temeroso de ser descubierto sonreía. Para los cretinos, los tres dioses de la Sociedad Universal de los Goces constituían figuras excelsas, prístinas e intocables, tal como lo habían aprendido desde que eran unos fetos artificiales en desarrollo dentro de las máquinas de reproducir. Después del nacimiento, sus padres adoptivos los obligaban a repetir diez mil veces al despertar en horas de la mañana: “Oh, magníficos Magister Domus, Gran Maestro Universal de los Goces y Su Majestad Gaspar Único: los ofenderíamos si desmintiésemos vuestras palabras, los vejaríamos si contrariásemos vuestros deseos, les faltaríamos si no nos inclinásemos al escuchar vuestros nombres” >>.

Clasto Edginebrés comenzó a considerar lo incómodo de su posición dentro del depósito de basura y cuando observó que casi todos los

niños corrían desorientados en su busca, de un salto atravesó el espacio que lo separaba de la salida principal y deteniéndose unos segundos, vociferó:

- ¡Esclavos! ¡Esclavos! ¡Esclavos!

Una lluvia de piedras comenzó a perseguirlo hasta que se detuvo en la plaza pública. Allí no se atrevían a entrar los niños de la escuela. Sentían un temor atávico hacia los mendigos.

En la plaza pública el Maestresala Benedicto acababa de pronunciar su conferencia matinal y en compañía de la Reina Lila vigilaba la distribución de la sopa de garbanzos dentro de la cual nadaban trozos de chorizos. En mal momento llegaba, se dijo para sí Clasto, deduciendo que hoy el Rey Gaspar había decidido cumplir años. Como era el gobernador del tiempo, podía divertirse suspendiendo el transcurso de las horas y a veces lo hacía durante siglos. En otras ocasiones se enamoraba de la luna y mientras los más afamados músicos del reino se unían en una orquesta gigante especial



para entonar de manera continua mientras durase su cumpleaños el himno ***Gaspar es el único rey***, él dormía de bruces contra el suelo.

- Acaba de decretar una amnistía de diez horas - susurró la emisaria de Juan Dequidad y Clasto supo en el acto a qué atenerse: durante ese tiempo, los mendigos podían consumir comidas reales en lugar de las producidas en la fábrica de ilusiones. Para esas oportunidades, el tesoro real asignaba la cifra de diez mil tomines, de los que el Maestresala Benedicto sólo empleaba cien y el resto lo ingresaba en su cuenta bancaria.

Decidido ya a luchar de manera frontal contra los creadores del absurdo mundo cretino, Clasto Edginebrés se escondió detrás de la estatua ecuestre del Rey Gaspar situada en el centro de la plaza pública y al poco rato salió de allí convertido en Benjamín Toresano. Caminó hasta donde se hallaba el Maestresala atento y vigilante para que sus cancerberos no se excediesen en la cantidad de sopa que debían servir

a cada mendigo, y apartándolo del lado de la reina con un leve tirón de sus manos le preguntó en voz baja:

- ¿Sabías ya que los niños del kindergarten se rebelaron contra el Rey Gaspar y asesinaron a Caivás Edjuvitas?

Las mandíbulas del Maestresala comenzaron a entrechocar entre sí. Los mendigos aplaudieron alborozados cuando adivinaron las palabras de Clasto.

- ¿Bromeas, **Benjamincito**? - preguntó el anciano mientras trataba de esconderse bajo las faldas de la Reina Lila. Ella reía gozosa y acariciaba la cabeza de Benedicto.

- ¿Bromear? - contestó la voz de Toresano-. Yo mismo vi cuando le bajaban los pantalones al mariscal y le grabaron en cada nalga un cuarto de luna azul.

El Maestresala suspiró y cayó al suelo desmayado, en tanto que la reina se echó a correr, gritando despavorida. Los mendigos, puestos de acuerdo, apresaron a Lila llenándole

la cabeza de aserrín luego de haber hecho lo mismo con Benedicto.

Clasto, recuperando la identidad, se hizo a un lado y junto a la emisaria de Juan Dequidad observaba con qué gozo reían los mendigos: dulce venganza la de aquellos escrofulosos, tullidos, ciegos, sordos y menesterosos, que esperaban desde hacía milenios liberarse de la obligación de cazar cangrejos y alimentarse con la comida procedente de la fábrica de ilusiones. Entre todos capturaron al Maestresala y a la reina, arrojándolos en el agua de la fuente de las inmundicias gritando mueras a Gaspar y su dictadura eterna.

Por primera vez desde su llegada a Creti, Clasto Edginebrés los veía optimistas, alegres y decididos a acabar con la mendicidad de sus cerebros. Qué frágiles lucían aquellos dos nobles esforzándose para no ahogarse entre los desechos humanos mientras la muchedumbre de andrajosos se disponía a atacar el palacio real. Planeaban capturar al Rey Gaspar y clavar

su cabeza en una lanza para exponerla en la cima del Volcán Nevado hasta que los cuervos acabasen con ella. Eufórico, uno de ellos terminó de tejer una soga con los harapos que había vestido durante siglos y con ella se proponía ahorcar al Maestresala; otro movía el cuerpo en un vaivén obscuro, burlándose de la gordura de la Reina Lila. De pronto, la voz de alguno gritó, impaciente:

- ¿Qué esperamos?

- ¡Un momento! - dijo Clasto Edginebrés, colocándose frente al grupo- . ¿Olvidan los soldados de Caivás Edjuvitas, la fábrica de ilusiones, la clínica de los milagros, la capilla hirviente, las hormigas amaestradas, los cañones de la novena ley de la termodinámica y el telescopio del Faro de Mustelier?

Aquella interrogante enardeció a una parte de los mendigos, quienes manifestaron sus intenciones de arrasar con la Sociedad Universal de los Goces y con todo aquello que sostenía su dominio en Creti. Otra parte, en

cambio, interpretó las palabras de Clasto como un llamado a la prudencia y luego de extraer al Maestresala y a la Reina Lila de la fuente de las inmundicias, se arrodillaron llorosos frente a ellos.

## CAPITULO DIECISÉIS

LA INDECISIÓN DE LOS MENDIGOS Y LAS DUDAS DE CLASTO EDGINEBRÉS ABORTARON UNA REBELIÓN DE MAGNITUDES INSOSPECHABLES. Clasto logró salvarse tragándose una de las pastillas de la invisibilidad que había sustraído de los bolsillos de Benjamín Toresano cuando visitaron la fábrica de ilusiones y ahora se movía libremente, aunque triste y con sentimientos de culpabilidad por haber desconfiado una sola vez de Juan Dequidad. Miraba aquel millar de mendigos detenidos por orden expresa de Caivás Edjuvitas, hacinados en la capilla hirviente colocada para público escarmiento en el lugar que antes ocupara el bohío idílico frente al Volcán Nevado, y sentía deseos de llorar, de pedirles perdón, de unirse a ellos.

Cada cinco minutos un cancerbero entraba a la capilla y luego de observarlos, pulsaba unos mandos electrónicos apareciendo en una pantalla de anuncios la figura de un mendigo y una anotación que era sin lugar a dudas el criterio personal del cancerbero. De esa manera, Clasto pudo observar sucesivamente al más viejo de los mendigos rascándose la cabeza vacía de pelos y a su lado la leyenda: **Protesta porque considera injustos que ellos estén excluidos de la vida eterna**; uno muy joven, de mirada limpia y azul, apretándose el estómago y el cartel que indicaba: **Entiende que ellos también tienen derecho a consumir comida auténtica**; una mujer con un niño en brazos tratando de obligarlo a que bebiese de sus pezones reseco mientras la nota propagandística alertaba: **Este niño en un futuro se unirá a las huestes de Juan Dequidad porque la madre lo alimenta con leche emponzoñada**. Al primer cancerbero lo relevó otro que hizo proyectar la imagen

de una joven de edad bastante avanzada tratando de coser sus harapos con auxilio de un alambre; el comentario fue: **La ropa hecha jirones resulta el símbolo inequívoco de los mendigos; el que intenta remendarlos se opone al Rey Gaspar; ir contra las intenciones de Su Majestad equivale a convertirse en enemigo de la Sociedad Universal de los Goces y por tanto del pueblo de Creti.**

Durante la hora del almuerzo de los cancheros, fue suspendida la vigilancia dentro del cerebro de los mendigos y ellos aprovecharon para conversar entre sí.

- Qué poco tiempo nos duró la alegría - se quejó el más joven- . Siempre sucede igual: Juan Dequidad aparece unos instantes y luego nos abandona.

- Yo se los advertí - dijo el más viejo- : el embajador de los universianos no es Juan Dequidad. Se trata simplemente de un loco escapado de la clínica de los milagros.



- Hijo mío - lloraba desconsolada la mujer del crío- , por culpa de ese traidor llamado Clasto Edginebrés tú también serás un mendigo.

Avergonzado, Clasto no pudo continuar escuchando sus quejas y se alejó del sitio. Levantó la cabeza y vio una multitud avanzando en dirección a la capilla hirviente mientras entonaba canciones de guerra. Al frente de la multitud, el Maestresala Benedicto guiaba las arengas contra los rebeldes encadenados y al llegar frente a ellos le ordenó al cancerbero de guardia:

- Cóbrenles diez tomines a cada uno de esos que viene detrás de mí por el derecho a mirar los prisioneros y no anote la suma recaudada en el libro de los impuestos.

El cancerbero cerró los ojos, tal como debía hacerse en Creti cuando un noble hablara de dinero. En este caso, por tratarse del Maestresala del reino el cancerbero estaba obligado a cerrar los ojos dos veces, por lo que no pudo

advertir que Benedicto traía los bolsillos repletos de billetes.

Cuando el anciano entró a la capilla, los mendigos formaron una masa compacta en una de las esquinas. Lo miraban asustados.

- Mujeres y hombres descarriados de Creti - dijo ajustándose con un cinturón de cuero la toga que cubría su ropa- : os hemos hecho el honor de consideraros hijos de estas hermosas tierras, y habéis violentado nuestros cánones. ¿Qué os faltaba? ¿Acaso alimentos? ¡No! Estas manos - mostró unas garras herrumbrosas con olor a cieno- diariamente os alimentaban con la mejor sopa del mundo. ¿Acaso vestidos? ¡No! Os permitimos vestir de la mejor manera, sin fastuosidad, y como prueba de mis palabras observen a esta niña de rizos azules.

Sus manos viscosas atrajeron a una jovencita de unos cuarenta años, cuyos senos no podían ocultarse debajo de la túnica deshila-

chada; mientras palpaba los andrajos sus ojos la observaban entre tiernos y lascivos.

- ¡Hombres y mujeres descarriados!  
- tronó de momento la voz iracunda del Maestresala y la jovencita regresó donde los restantes mendigos, temblorosa, casi a punto de llorar- .  
¡Que las leyes de la Sociedad Universal de los Goces os condenen!

Cuando se retiraba para dar paso a la visita de los alumnos del kindergarten, sonrió a la niña de rizos azules y le hizo una señal entre cómplice y obscena.

Los niños del kindergarten no se atrevían a llegar hasta el interior de la jaula; se tapaban las narices y, recelosos, miraban a la maestra de Historia Actual. Ella se situó frente al grupo de infantes y luego de explicarles que esos pordio- seros de la putísima madre habían ofendido al rey en la misma plaza pública donde se les alimentaba, maltratando a la reina y al tesorero de la Sociedad Universal de los Goces, los organizó en una fila por orden de tamaño advirtiéndoles

que quien no escupiese al menos a diez de aquellos guiñapos, recibiría un castigo de cien puntos en la tarjeta de conteo.

Los mendigos todavía se limpiaban los escupitajos de los párvulos y ya el cancerbero de guardia había anunciado de viva voz la presencia del mariscal Caivás Edjuvitas, tal como establecían los reglamentos.

- Amigos míos - dijo sonriente el mariscal introduciéndose en la capilla sin su lanzallamas de reglamento; previamente, cientos de guardias habían penetrado tras las rejas y armados más con la expresión de fieras que con las pistolas desintegradoras listas para disparar, lograron que los prisioneros mantuviesen los brazos en alto- : hace unos minutos supe de vuestra detención y he venido corriendo para aclarar este malentendido. ¿Alguien los ha maltratado?

Un “¡no!” multitudinario hizo temblar las bases de la capilla. Indignado, Clasto Edginebrés iba a dejar de ser invisible para desmentir

aquella negativa, cuando sintió el contacto cálido de una mano en sus espaldas. Al volverse, descubrió con sorpresa a la emisaria de Juan Dequidad, invisible también. “Nada de continuar cometiendo locuras”, le advirtió, explicándole que si los prisioneros se hubiesen quejado, de inmediato habrían sido enviados hacia el foso de los espantos y de allí nadie había regresado jamás. Cierto que en la capilla hirviente tendrían que soportar las continuas inspecciones de los cancerberos dentro del cerebro, las visitas frecuentes de los niños del kindergarten y hasta las de los jóvenes de la Universidad del Campamento Militar del Azófar; también en la capilla debían sufrir tres veces al día la conferencia matinal del Maestresala y resultaba necesario resistir la tentación de quejarse al mariscal; pero al menos, cuando el Rey Gaspar se cansara de jugar con el astrómetro decretaría una amnistía. En cambio, nadie sabía lo que pasaba detrás del foso de los espantos, pues era un hecho comprobado que se

trataba del único lugar de Creti donde existía la muerte.

- Cuánto me alegro - sonrió el mariscal- . Ahora mis hombres conversarán con cada uno de ustedes por separado y de ahí los pondremos a disposición del Tribunal Superior, cuyos magistrados de seguro comprenderán que han sido detenidos por un error.

Se acercaba el momento culminante de la estancia en la capilla, le advirtió la emisaria a Clasto Edginebrés acariciándole una mano; acto seguido, le rogó que no fuese a dejarse llevar por sus impulsos cuando los cancerberos comenzaran a trabajar. Nada de protestas ni de alarmas; era portadora de una orden tajante de Juan Dequidad: no le perdonaría la vida si por sus sentimentalismos el alzamiento general contra el Rey Gaspar fracasaba. Ahora sería testigo del trato que se les dispensaba a los mendigos transgresores de las reglas de la Sociedad Universal: los desnudarían y luego de untarles el cuerpo con aceite de cangrejos, les

grabarían un cuarto de luna azul en cada centímetro cuadrado de piel. Y aunque de dientes hacia afuera rugirían de dolor, fingiendo que estaban a punto de morir para complacer la vanidad personal de Caivás Edjuvitas, creador de aquel castigo, internamente gozaban satisfechos y reconfortados: el día que Juan Dequidad los liberase de la Sociedad Universal de los Goces y sus reglamentos anquilosados, podrían pasearse orgullosos por las calles, poseedores de una piel diferente a la de los restantes cretinos: una especie de escamas doradas similares a las que, según el **Libro Secreto de la Libertad**, tenían los universianos.

Clasto Edginebrés dejó de oír a la emisaria cuando su olfato descubrió las señales inconfundibles de la carne chamuscada; los gritos de misericordia y dolor llenaron la noche; las llamas de la fragua donde se calentaban los hierros iluminaban por completo la capilla. Clasto miró al más joven de los mendigos y a la niña de los rizos azules: estaban asustados; era

evidente que se enfrentaban por vez primera a este escarmiento.



## **CAPITULO DIECISIETE**

“ABORTADO COMLOT SEDICIOSO DE JUAN DEQUIDAD. Creti, Quintilis 138, Agencia de Prensa Oficial (APO). Una vez más se ponen al descubierto las intenciones traicioneras del arristranco de muladar, vástago de la espuria progenitora y huérfano de patria, Juan Dequidad. Con la ayuda de los espías universianos el proscrito penetró en la plaza pública con una tropa de cien mil lanceros y apuñaló a mansalva a todos los mendigos que nuestro Ilustre Monarca protege en su seno para gloria de la humanidad. Ya la Excelsa Reina ha planteado obtener en breve una nueva remesa de mendigos. No se reportaron víctimas entre la nobleza”.

Clasto Edginebrés leyó la noticia consternado. Observó con calma el pedazo de periódico amarillento que una mano enguanta-

da le entregara hacía unos instantes envolviendo un bocadillo de carne de alce auténtica, y luego de darle el primer mordisco repasó los últimos acontecimientos a partir del instante en que los cancerberos comenzaron a marcar con cuartos de luna azules los cuerpos de los mendigos detenidos en la capilla hirviente.

Desde hacía una semana cambiaba de escondite cada dos horas, pues una vez terminado el espectáculo de la capilla se proponía llegar hasta la sede diplomática y recoger allí todas sus pertenencias, cuando un aviso anónimo puesto en sus manos por una especie de armadillo con tres patas y oloroso a fuente de las inmundicias le hizo saber que el mariscal Caivás Edjuvitas había fijado como precio por su cabeza la suma de veinte millones de tomines. Durante todo este tiempo la mano enguantada le había estado suministrando bocadillos de las más diversas facturas; en horas de la mañana, invariablemente el pan protegía dos huevos cocinados que a no dudarlo serían de alcatraz y

una garrafa de vino acompañaba al alimento; en horas del mediodía, los bocadillos solían ser de muelas de cangrejo, de ectoplasma en almíbar, de enchilado de ranas saltarinas o de bejucos macerados en aceite; para la cena, la carne era real, no procedía de la fábrica de ilusiones sino de alguna de las distintas especies de animales que corrían libremente por los bosques de la Isla de las Rosas, y el líquido una cerveza de idéntico color al del vino de las estrellas aunque de un saber cercano al aguardiente de aerolitos que sólo consumían el Rey Gaspar y los miembros del cuerpo de consejeros.

Clasto volvió a mirar la porción de periódico y pensó que se trataba de un mensaje de Juan Dequidad, pues era la primera ocasión que el bocadillo venía envuelto en un papel con letras; sin embargo, de inmediato contradijo esta hipótesis con una segunda: la mano enguantada, en uno de esos momentos de apuro del ser humano cuando de evacuar el cuerpo se trata, había elegido un periódico que databa de

diez mil años atrás para limpiarse y el pedazo restante lo empleó en envolver el bocado. No obstante, volvió a la hipótesis inicial porque lo deseaba, porque necesitaba que fuese la correcta; acercando el papel a los ojos y auxiliándose de una luz mortecina que irradiaba un bombillo lejano leyó sin interés un fragmento de reportaje que hablaba sobre unos seres alados con cabezas de lobo, patas de buey y troncos de carnero. Con indiferencia, lanzó el periódico a la oscuridad de la noche y a unas lloviznas que comenzaban a caer; continuó comiendo mientras dentro de su cerebro surgía con lentitud una idea. Lo importante no era desgastarse en deducir quién lo alimentaba, pues no le cabían dudas que se trataba de una simple mano ejecutora procedente del palacio real; tampoco resultaba significativo descubrir con qué sustancia fabricaban aquellos alimentos que unas veces hubieran podido disputarle los poderes nutritivos, el sabor y el aroma a los manjares con que los cocineros reales complacían cada

una hora el sibaritismo del Rey Gaspar; ni siquiera constituía motivo de interés para él saber dónde confeccionaban aquellos bocadillos que le venían sirviendo de sustento desde siete días antes. Lo verdaderamente importante era encontrar el camino hacia la Isla de las Rosas.

Bebió un trago largo de cerveza y volvió a trozar con sus dientes una porción bastante significativa de pan suave relleno con una carne fibrosa y abundante en jugo. Aunque ya había concluido que resultaba inútil emplear el tiempo en buscar al dueño de las manos enguantadas, la lluvia comenzó a arreciar y de todas maneras debería permanecer escondido en aquella cueva el resto de la noche; podía, por lo tanto, darse el lujo de continuar contradiciéndose a sí mismo y buscar sin moverse de allí las evidencias que lo pondrían frente a frente con su protector. Recordó, en tanto que masticaba sin detenerse, la figura del individuo misterioso que durante una semana lo había encontrado invariablemente tres veces al día sin

que hubiesen acordado previamente el lugar. Cuando aquel cuerpo se movía para retirarse luego de haberle entregado un paquete con bocadillos y el recipiente con el líquido, a pesar de la capucha negra que cubría su cabeza daba la impresión de que estaba al descubierto: solamente a los nobles vistos de espalda se les observa erguidos y sin miedo: sólo quienes se creen con derecho legítimo al poder aparentan fortaleza aunque por dentro tiemblen.

“¿Quién podrá ser?”, volvió a preguntarse dando inicio al segundo de los bocadillos. ¿El Maestresala Benedicto? No era posible: sus manos lo delatarían aunque las escondiese dentro de unos guantes de hierro: grandes como la de cualquier ladrón encumbrado, torpes para ofrecer dádivas y generosas para tomar aquello que no le pertenecía. ¿La Reina Lila? Improbable: quien siempre ha llevado el látigo a cuestas para castigar al débil no es capaz de pensar en el caído. ¿Benjamín Toresano? Resultaría increíble: alimentaba su propia hambre

gracias a los descubrimientos de las proteínas sintéticas, las emulsiones tranquilizantes contra los descontentos y el método de trasplante de neuronas; no le hubiese convenido la derrota del Rey Gaspar. ¿El mariscal Caivás Edjuvitas? Imposible: adoraba demasiado los entorchados del mariscalato para renunciar a ellos por salvar a los mendigos que hacía torturar. ¿El doctor Cornelio Huerta? No resultaba lógico: los cobardes lo son en cualquier época y circunstancia. ¿Idelfonsa Isabel? Jamás: era propietaria de diez mil acciones en la Sociedad Industrial Productora de Mendigos. ¿El Rey Gaspar? Podía descartársele de inmediato, pues debido a su apego por los formulismos todo intento de cambio en la forma de vida de los cretinos lo interpretaba como un suicidio.

“Entonces, ¿quién rayos me ayuda?”, volvió a preguntarse Clasto Edginebrés desesperado y como no logró respuesta alguna dio el último mordisco al bocadillo y quedó dormido.

A la mañana siguiente, Clasto Edginebrés fue despertado por la mano enguantada, la que además de entregarle los bocadoillos para el desayuno le encomendó una misión sumamente riesgosa: disfrazarse de secretario de actas del Real Consejo y obtener la información que permitiera un ataque exitoso al Palacio Real. Cuando llegó al Salón de los Diputados dos mozas de oficina le entregaron papel, una pluma de ganso y tinta en abundancia; los consejeros comenzaron a ocupar sus asientos entre toses fingidas y risas nerviosas. El Rey Gaspar aún no se había despertado.

Al cabo de dos horas, apareció el rey res-tregándose el sueño de los ojos. Emplearon dos horas más en lograr un acuerdo unánime acerca de los asuntos a discutir y el monarca suspendió la sesión por causas de fuerza mayor: debía llegar un instante hasta el telescopio del Faro de Mustelier y mirar hacia la plaza pública.

El secretario de actas anotó: “Suspendido un instante el conciliábulo por razones de Esta-



do”, y Clasto Edginebrés pensó: “Este pendejo tiene miedo que lo destronen”. Mientras la blanca cabeza soportada por un cuerpo estrecho salía precedida del mariscal Caivás Edjuvitas y rodeado por un centenar de guardias de asalto, Clasto se entretenía mirando las dos mozas sentadas a su lado; a una de ellas se le había corrido el sostén y dejaba al descubierto una montaña puntiaguda y carnosa; la otra permitió que sus muslos escaparan de una falda tan estrecha que apenas si llegaba a concebirse como un vestido; cuando las muchachas lo miraban sonrientes, él cambiaba la vista y entonces volvía a sus razonamientos. Paseó la mirada por el salón, observándolos a todos, entretenidos en ocupaciones como escarbarse la tierra de las uñas o cuchichear con el consejero más cercano a su asiento.

La Reina Lila lucía vieja y amargada; Torresano permanecía en silencio y Cornelio Huerta canturreaba una canción de amor. Clasto Edginebrés cerró los ojos: mirar a aquellos

ancianos milenarios le producía un sabor acre en la boca. Le resultaba más edificante imaginar al Rey Gaspar acabado de llegar al Faro de Musteliet; una vez frente al telescopio gigante podría propinarle un coscorrón al hombrecillo que atendía su funcionamiento y ordenarle: “¡Treinta grados de latitud norte!”. El hombrecito, sacudiéndose la cabeza haría girar la manivela de la inclinación ubicando el telescopio en la posición deseada por el rey y mientras éste acercara el ojo derecho al instrumento, pensaría: “Turrumpín de tu madre, si un día me dejan tus cancerberos voy a pelarte las nalgas con mi cinturón”. Pero el rey no está conforme; nunca queda conforme con sus propias órdenes y por ese motivo rugió: “¡Dos grados hacia la izquierda!”. El hombrecito, genuflexo, cumplió la orden, y sin enderezar el cuerpo se hizo a un lado para que el monarca volviese a colocarse frente al telescopio. Entonces el rey sí quedaría satisfecho: sonriente, feliz, cerraría el ojo izquierdo justo en el instante en que Idelfonsa

Isabel acabara de desprenderse de su última prenda íntima con el objetivo de enloquecer al viejito del telescopio que - comentaba ella sonriente con sus amantes- cada vez que Cornelio iba a la sesión del Real Consejo, ¡qué casualidad!, venía a espiarla a intervalos de media hora.

Clasto Edginebrés sonrió divertido y la moza de los senos cual montañas lo miró ilusionada: se advertía en aquella mirada que estaba deseosa de recibir un requiebro del fornido secretario de actas, pero Clasto prefirió imaginar al Rey Gaspar admirando la alzada de Idelfonsa Isabel, pues la esposa del canciller se volteó por completo en la mente de Clasto y comenzó a desabrocharse las correas de sus zapatos. El rey no pudo resistirse; envalentonado, salió corriendo hacia la ciudad, dispuesto a entrar al Banco de Creti y adquirir cien acciones de la Sociedad Industrial Productora de Mendigos para comprarle con ellas una noche de intimidad a Idelfonsa Isabel, aunque tal proce-

der le costase ser catalogado por Juan Dequidad como un aberrado sexual. “Si mis súbditos descubriesen estos vicios no me respetarían”, pensaría el rey cuando fuera a transponer el umbral del banco. Concluiría entonces que resultaba más prudente abstenerse de todo trato carnal con aquella calentacamas y le ordenaría a Caivás guiar la comitiva real hacia el palacio. Una vez dentro del edificio, se conformaría con encerrarse en el baño de baldosas pulidas cercano al salón de las sesiones. Involuntariamente, Clasto Edginebrés miró a la moza de la falda insignificante, y en ese preciso momento entró al salón el Rey Gaspar abrochándose la portañuela.

- ¡Quiero que corra la sangre! - gritó Gaspar Único apenas ocupó el sillón acolchado de la presidencia, mirando al mariscal Caivás Edjuvitas. El secretario de las actas anotó: “Su Majestad El Rey exige aplicar la más estricta justicia en el caso que se discute acerca de la rebelión de los mendigos”.

- He hecho pasar por la capilla hirviente a cien mil sopistas - contestó el mariscal fingiendo sumisión y el secretario de las actas después de pedirle a la moza de las protuberancias pectorales exageradas que le mojase la punta de la pluma dentro de la tinta de cangrejo, escribió: “El jefe de la policía informó el resultado de las investigaciones practicadas”.

- Hay que elevar esa cifra a doscientos mil - ordenó el rey raspándose la nariz con una cuchilla para quitarse las costras de herrumbre que se le formaban cada vez que era mencionado el nombre de la capilla hirviente. La moza de los muslos libertinos tomó la mano del secretario de las actas y Clasto permitió que la condujese a su voluntad para escribir: “El Excelso Monarca alerta que el Tribunal Superior deberá dictar un auto judicial para que dentro de la más estricta observancia de las leyes cretinas, se descubran a los culpables máximos de la rebelión”.

El mariscal Caivás Edjuvitas suspiraba trabajosamente; Clasto Edginebrés creía adivinar sus pensamientos: resultaba imposible aumentar un solo mendigo a la cifra de cien mil; desde tres días antes todos andaban escondidos debajo de la tierra y de allí no saldrían hasta tanto no fuera decretada la amnistía habitual correspondiente al onomástico del rey.

- Me comprometo a elevar la cantidad de vagabundos castigados en la capilla hirviente a quinientos mil - declaró al fin el mariscal y el secretario de las actas le pasó la pluma a la moza de las tetas grandes para que anotase el siguiente dictado: "El ministro del orden ajustará las actuaciones a las circunstancias y remitirá a tribunales en los términos de entre cien días y mil años prefijados por la ley a todos los encarados". Mientras la mano de la moza anotaba, la mente de Clasto quedó libre para pensar que las decisiones del mariscal Caivás Edjuvitas, como las de todos los mariscales, siempre marchaban por encima de los deseos del rey.

“Se le está acabando la cuerda al muñeco”, pensó Edginebrés sin sentido alguno, por pensar en algo, durante uno de los recesos de cada media hora, cuando el Rey Gaspar suspendiendo la reunión salió a toda prisa hacia el Faro de Mustelier. Aquella sesión del Real Consejo ya le comenzaba a producir calambre en los músculos dorsales; para colmo, según el orden del día determinado por el rey, durante la próxima media hora Cornelio Huerta leería el informe titulado ***Los cangrejos y la legalidad***, lectura que llevaría a cabo con una vocecita entre tímida y orgullosa a la vez por traer colgadas al cuello todas las medallas que imponía Su Majestad, desde la de Gran Duque de la Puerta del Reino hasta la de Marqués de los Montes Escondidos.

Pasada media hora de haber salido, el monarca regresó al salón ordenando que los presentes se arrellanaran en el piso: acababa de descubrir con auxilio del telescopio un alzamiento en la plaza pública y deseaba consultar

los dados cabalísticos. Una vez que los reunidos se colocaron en círculo, las rodillas contra las baldosas y las manos en cruz a la altura del pecho, Benjamín Toresano extrajo un pañuelo mugriento de sus bolsillos y al desenvolverlo siete dados de oro deslumbraron a los presentes.

- Apuesto a nubes de humo con caballeros de la justicia engalanados - dijo Gaspar mientras Toresano sacudía los dados dentro de un cubilete. Clasto ya lo sabía, porque se lo había contado el propio Benjamín con anterioridad, que en estos casos debía esforzarse para que el resultado del lance fuese favorable al rey porque de perder los obligaría a salir al jardín a echar un partido de quimbumbia, y en ese juego todos los consejeros tendrían que hacer lo imposible para lograr que Gaspar ganase. Según las reglas de la quimbumbia, cuando él preguntase: “¿Voy?”, Benjamín debía contestar sin asperezas visibles: “Venga”, y el rey golpearía con el bate de oro la pelota de marfil, que solía



detenerse en cualquier lugar, excepto en uno de los dos mil huecos de la victoria que se habían perforado en aquel metro cuadrado de tierra artificial; entonces uno de los consejeros debía rastrear a gatas hasta encontrar la pelota y esconderla entre los dedos. Cuando el Rey Gaspar, cansado de buscar también, se pusiera de pie, aquél debía depositar la pelota en uno de los huecos de la victoria.

Por suerte para todos, esta vez Toresano logró dominar los dados y no fue necesario salir hasta el jardín. Cuando el secretario de las actas volvió a su lugar, anotó con su pluma de ganso: “Terminado el receso correspondiente a la décima hora de deliberaciones, continúa la sesión”.

A la media noche, después de haber discutido todos los informes de los ministros, correspondió el turno al consejero principal, quien debía evaluar la situación general de Creti basándose en las pruebas aportadas por los demás.

- Todo está en orden - comenzó sus palabras Toresano puesto de pie; lo dijo en un tono solemne, grandioso- . Todo está en orden - volvió a decir, esta vez de una manera cortante, enigmática- . Todo está en orden - repitió eufórico.

Para sorpresa del secretario de las actas, Toresano fue reiterando las mismas palabras hasta llegar a un millar de veces, pasando del tono jocosos al galante y del sumiso al victorioso con tanta facilidad que bien podía advertirse la intención en las distintas oportunidades que aseguraba aquello de **todo está en orden**. La moza tetona golpeó con el codo a Edginebrés y éste ya iba a escribir: “Todo está en orden”, cuando comprendió que correspondía redactar: “La más estricta calma existe en Creti”, aunque sabía que verdadero deseo de Toresano era ocultarle al rey el descontento de los marinos sin barcos por el alza de la vida, las protestas de los alienados por el sabor a tierra de las pastillas para provocar alucinaciones felices, las quejas

de las amas de casa porque no les quedaba tiempo para ocuparse del hogar a causa de las conferencias matinales que ahora se extendían hasta la medianoche y el disgusto de los encendedores de lámparas nocturnas por la cantidad de luz que se les exigía extraer de unas velas tan gastadas que apenas existían.

El Rey Gaspar felicitó públicamente a Benjamín Toresano, asegurándole encontrarse satisfecho por sus palabras; luego de la rebelión de los mendigos, podría volver a sus ocupaciones placenteras de vigilar el curso de la vida con auxilio del astrómetro.

Cuando salieron del salón, el ambiente olía a lluvia. Los cirros habían comenzado a cederle el puesto a una niebla espesa de cúmulos amenazantes; el aire trataba de arrancar los árboles del jardín; a lo lejos, se observó la luz amarillenta de un relámpago y acto seguido un trueno apagó las canciones de los insectos nocturnos.

- ¿Y ese zambombazo? - indagó el Rey Gaspar, evidentemente asustado.

- Una tormenta en la Isla de las Rosas, Majestad - lo tranquilizó Benjamín Toresano, solícito.

“Son disparos de máquinas de guerra”, pensó Clasto Edginebrés satisfecho, mientras los nobles les ordenaban a sus criados traer los paraguas.

## CAPITULO DIECIOCHO

CUANDO CLASTO EDGINEBRÉS ESTUVO CONVENCIDO DE QUE NO HABÍA RAZONES PARA CONSIDERARSE UN FUGITIVO - LAS CALLES ESTABAN LIMPIAS AL TERMINAR EL AGUACERO; EL PALACIO REAL QUEDO CONVERTIDO EN UN RESTAURANTE QUE SERVIA COMIDAS TÍPICAS DE LA ANTIGUA GRECIA; LOS PARQUES SE LLENARON DE VIANDANTES- DETERMINÓ ADELANTAR SU RELOJ QUINIENTAS HORAS. Llegó a la zona céntrica de la ciudad vestido con sus mejores galas: un frac adquirido al precio de dos tomines, un pantalón sin perneras y unos zapatos confeccionados con hojas de tomate. Depositó una moneda de siete tomines en la primera máquina informativa que encontró en uno de los amplios portales ocupados a esa hora por escrofulosos, tullidos, locos

alegres y agresivos, bufones, vagos y pedigüeños, y al oprimir el botón de mando en la pantalla electrónica apareció la lista de todos los espectáculos que podrían presenciarse esa noche.

En el restaurante El Palacio Real cenó jugo de almejas como aperitivo, de entrante queso amargo macerado de la marca **Ilusiones** y además alce al cuarto de luna regado con una salsa afrodisíaca, crema de cangrejos, sesos de ranas saltarinas rebosados con ensalada de champiñones de la Sociedad Industrial El Milagro, además de otras minucias como carnes estofadas y mariscos enchilados, amén de ballena asada al jugo, todo ello abundantemente acompañado con vino tinto **Mil Estrellas**. Cerca de la medianoche entró al teatro **El Faro de Mustelier** para disfrutar de la comedia **Por el río Achdos no corre agua**, interpretada por la Compañía Dramática Cretina.

Comenzó por acomodarse en una de las butacas acolchadas de la sala teatral. Eructó con

bastante disimulo, cubriéndose la boca con el pañuelo, y al levantar la cabeza observó que un humo gris y espeso llenaba por completo el local, dándole un ambiente de bar de baja estofa. Para no desentonar, prendió uno de sus tabacos olorosos a azufre y en ese instante la butaca ubicada delante de la suya fue ocupada por una dama de peinado tan alto que no le iba a permitir disfrutar la puesta en escena, por lo que decidió cambiarse de sitio. Esta vez, a su lado quedaba un homosexual de rostro depilado que lo miraba con insistencia, por lo que se mandó mudar de nuevo y estuvo así junto, detrás o delante sucesivamente de una lesbiana que abrazaba a su pareja, un masturbador exhibicionista que mostraba el falo a cuantas mujeres le pedían permiso para pasar, un niño cuyo llanto le obstruía los oídos con palabras obscenas, un vendedor empeñado en hacerle adquirir cremas anticonceptivas, una anciana que hablaba a gritos con otra sentada diez hileras detrás de ella, un joven que lanzaba pelotas

confeccionadas con goma de mascar a los vecinos de asiento, un señor de espejuelos empecinado en relatarle el desarrollo de la obra teatral, una mujer de unos cien años ataviada cual niña de diez que llegó a proponerle hospedarse esa noche en el hotel El Lago con ella, un individuo con uniforme de chofer cuyo aliento despedía olor a agua de albañal, un militar empeñado en impartirle a su esposa una conferencia sobre posibilidades terapéuticas de los dramas teatrales y de una señora ataviada como una verdulera del mercado. Terminó en un incómodo sillón de madera de la última fila, en espera de que se encendieran las luces del escenario.

Cuando se encendieron, quedó sorprendido por la sencillez de la escenografía: una silla de tijeras colocada en el centro del entarimado y un sofá contra el telón de fondo; las paredes de la supuesta habitación en la zona de los costados eran dos mamparas de cartón pintadas con brochazos irregulares. De inmediato, entró un



hombre barrigudo, de calvicie pronunciada, que chocó con la silla y mientras se levantaba de espaldas al público mostrando sus nalgas velludas, declaró:

- Los invito a presenciar la comedia de la vida, una comedia donde existe un Rey Gaspar enfermo de melancolía, el que se complace en recoger colillas por los parques solitarios mientras los integrantes de su cuerpo de consejeros se hallan muy ocupados en hacerse cosquillas en los huevos.

Molesto, Clasto Edginebrés se puso de pie. No estaba dispuesto a tolerar groserías, por muy famosa que fuese esta compañía teatral y por muy buenos actores que dijese tener. Empujó la puerta que suponía de salida y tuvo frente un escenario idéntico al anterior. En éste, un hombrecillo insignificante vestido con un mantón de Manila color violeta acababa de entrar.

- Yo soy el Rey Gaspar - dijo.

Salió de nuevo por la puerta que supuso de salida. Otra vez el mismo escenario donde un hombre de larga cabellera con un rimerero de libros debajo del brazo arrodillándose frente al rey hizo saber:

- Yo soy el poeta.

De nuevo Clasto pretendió salir a la calle. Otra vez estuvo frente al mismo escenario e idéntica escenografía que los anteriores. Ahora fue una especie de fraile tonsurado quien alzó los brazos al cielo, contrito, y con ojos lacrimosos besó una mano del rey. Acto seguido rogó:

- Oh, Suma Majestad, no me adivinéis mi futuro con vuestro astrómetro: prefiero vivirlo.

Luego de otros cuatro intentos fallidos de escapar de aquel teatro circular - ocasiones en que debió escuchar sucesivamente la autopresentación de una gruesa señora vestida de bruja, un militar con los entorchados del almirantazgo, un anciano arrodillado y una prostituta de arrabal- , logró salir por una puerta de servicio y descubrió que acababa de

despertar: desde dos días antes, luego de la experiencia como secretario de las actas, se había escondido en un recodo del río Achdos y allí la mano enguantada no había logrado encontrarlo.

Miró hacia el agua que corría tranquila, sin remolinos visibles, libre de basura. El sol reverberaba contra el agua partiéndola en miríadas de diamantes convertidos en lenguas de fuego. De momento vio el paquete flotante y se creyó salvado. Al fin le llegaban todos los bocadillos dejados de consumir, pensó reconfortado. Apoyando el pie encima de una piedra, alargó la mano y alcanzó el paquete amarrado con cordones de cáñamo que flotaba protegido por una cubierta impermeable. Nervioso, zafó las ataduras y dentro, para sorpresa suya, sólo encontró un papel amarillo con la nota siguiente: “Esta noche será la más feliz en Creti: luego de la captura de Juan Dequidad, nos proponemos celebrar el cumpleaños número diez millones de nuestro rey”.

Lanzó al agua la hoja de papel amarillo y dejó que sus brazos colgaran inertes, mientras los ojos observaban el viaje de aquella especie de barquichuelo a través de la corriente del río. Acomodó el cansado cuerpo encima de una piedra y llevándose las manos a la barbilla apoyó los codos contra los muslos. Juan Dequidad no se rendiría, estaba seguro, aunque el mariscal Caivás Edjuvitas le llenase el cuerpo de cuartos de luna azules. Carecía de importancia el hecho de que el Rey Gaspar alterase las fechas con el astrómetro o que fuese capaz de cubrir con su capa regia el sol y apagar su luz; lo verdaderamente importante era el descubrimiento suyo: había encontrado el valor necesario para luchar contra las reglas de la Sociedad Universal de los Goces.

Y ese descubrimiento lo llevó a una reflexión superior: el rey había aplicado el método milenario de comprarle la conciencia a quienes se le rebelaban, por el módico precio de cinco mil tomines; los pocos que no aceptaban este

trueque debían soportar las marcas en sus cuerpos de los cuartos de luna. De esa manera, concluyó, el monarca no era el tontuelo que había hecho creer el narrador a sus lectores. Gaspar Único en realidad estaba preparado para nadar en todas las aguas, sabía bracear en las revueltas y hasta tomar aliento para sumergirse en las más profundas durante cientos de años.

O sea: que el Rey Gaspar perteneció a la estirpe de Herodes cuando de perseguir a Jesucristo se trataba y supo discursar de la manera siguiente ante los verdaderos amantes de la fe: “Y que la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que sois llamados por el Espíritu Santo. Y sed agradecidos de mí que vengo a liberaros de las falsas doctrinas”.

O sea: que al Rey Gaspar pudo vérselo entre las huestes de Escipión Emiliano guerreando contra Cartago y luego, al comprobar que lo habían dejado solo en medio de un combate, convenció a los cartagineses de que él era

un pobre tragaespadas, saltimbanqui y prestidigitador; para demostrarlo engulló dos puñales de un solo bocado y extrajo de la boca una paloma blanca.

O sea: que el Rey Gaspar navegó en el mar proceloso de los moros, y al ver que retrocedían durante el sitio de Granada juró fidelidad eterna a los reyes católicos.

O sea: que el Rey Gaspar estuvo unido a Pedro de Alvarado en negocios de trapisondas y logró engañar a Cortés durante la recaudación del oro y la plata.

O sea, y en resumen, que el Rey Gaspar, de rostro almibarado para con amigos y enemigos, de manos suaves cual el terciopelo, tez muy blanca de quien jamás ha soportado el sol del trópico, es un individuo proclive a las fintas intelectuales cuando comprende que sus intereses personales están amenazados.

Como conclusión a tales razonamientos, Clasto Edginebrés logró comprender los inicios del poder del rey, cuando su consejero principal

Benjamín Toresano le llegó con la noticia de que en la Isla de las Rosas unos mendigos se habían alzado en armas y marchaban en dirección a Creti.

- ¿Quién viene al frente de ellos?

- preguntó, llevándose la mano derecha a los fondillos.

- Un tal Caivás Edjuvitas - contestó el consejero con intenciones de encender las brasas de un fuego anterior: Caivás tenía ínfulas de coronel y a Su Majestad los coroneles le recordaban la dictadura de Grecia, donde lo tuvieron detenido por órdenes de Sakadopoulos y le habían aplicado la picana eléctrica en los testículos.

- Hágallo venir a mí - ordenó el rey, conocedor de que Caivás Edjuvitas gustaba del ron y sólo era capaz de insubordinarse contra sus subordinados, y eso después de haber bebido cien botellas de vino de estrellas a la orilla de una playa mientras sufría los rigores del simulacro de una guerra.

En dos minutos la orden del Rey Gaspar fue cumplida.

- Cinco mil tomines - propuso Gaspar yendo al grano.

- Le regalo mis mendigos - fue la respuesta de Caivás Edjuvitas cuando vio que además de los billetes le ofrecían en una bandeja de plata los entorchados del mariscalato.

Y al comprender la fuente del poder detentado por el Rey Gaspar durante cientos de milenios, pensó en su maestro Salvador Lémur e imaginó cuál hubiera sido su proceder de haber llegado un día a las costas de Creti en un bote de madera.

- No anduviera como yo - dijo en voz alta Clasto, conversando consigo mismo para espantar la soledad en que se encontraba, cariacontecido porque no he logrado hablar frente a frente con Juan Dequidad otra vez.

Aquella actitud al parecer desencantada de Clasto Edginebrés no lo era en realidad; significaba simplemente que comprendía sus



limitaciones como individuo, convencido de que cualquiera en su lugar hubiese cometido el mismo error suyo de aceptar el nombramiento de embajador ficticio en lugar de haber dejado su corazón junto a los mendigos.

- Ah, Juan Dequidad - casi gritó esta vez, con el llanto a punto de escapársele- , ¡cuán poco estarían lamentando los mendigos tu muerte si se limitaran a erigirte un monumento de piedra en una cueva de la Isla de las Rosas!

Este segundo lamento de Clasto, en cambio, carecía de lógica; y sólo era explicable porque en Creti únicamente estaba autorizada a informar la Agencia de Prensa Oficial, la cual hizo rodar por todos los confines del reino el infundio de la captura de Juan Dequidad. En ese mismo instante, el líder popular acababa de quitarse el calzoncillo en la única habitación de una cabaña de paja y tierra allá en la Isla de las Rosas, con intenciones evidentes de ascender al Monte de Venus de su amada, una campesina rescatada a balazos de la clínica de los milagros

donde se le mantenía recluida para curarla de la obsesión de llevar un hijo durante nueve meses en el propio vientre, en lugar de entregar su óvulo a la máquina reproductora. También desconocía Clasto que un joven mendigo, de manos enguantadas y el rostro cubierto con un negro antifaz, lo buscaba para entregarle dos bocadillos sustraídos de las alacenas del Rey Gaspar.

No obstante esas dudas, Clasto Edginebrés supo imponerse a sí mismo, a sus deseos escondidos de haber sido un embajador de verdad, y con una letra menuda y regular anotó en el aire para que todos se enterasen:

“En Creti hubiera podido ser un aristócrata de rancia nobleza, pues me habrían pagado el invento del arcabuz con todos los títulos nobiliarios existentes. En cambio, soy un fugitivo que no se aviene a lamerle las manos al Maestresala Benedicto ni a sostener discusiones filosóficas con Benjamín Toresano”.

Concluida esta descarga emocional, el ex-embajador de los universianos hizo saber a su cerebro: “No descubriré América ni seré el primero en viajar a la luna; no obstante, el lugar que me corresponda lo ocuparé con dignidad”.

Una vez tomada esta decisión, que resultaba definitiva e irrevocable, Clasto Edginebrés salió de su escondite y caminó por las amplias avenidas de Creti. En uno de esos giros del cerebro mediante los que conversaba consigo mismo, se dijo que la superioridad del hombre sobre los animales no estaba en saber fabricar artículos con las manos ni en elaborar teorías con su intelecto, sino en ser capaz de ejecutar cualquiera de esas acciones con amor.

LLEGÓ A LA COSTA PEDREGOSA DONDE HABÍA DEJADO ESCONDIDO EL BOTE ENTRE LOS MANGLES RESECOS; AUNQUE YA EL SOL ESTABA OCULTÁNDOSE EN EL HORIZONTE, COMENTÓ CONSIGO MISMO QUE AÚN LE QUEDABA TIEMPO PARA SALVARSE, LO QUE SIGNIFICABA

SALVAR SU PROPIA HONRA. DECIDIDO,  
SALTÓ A LA EMBARCACIÓN Y PUSO PROA  
RUMBO A LA ISLA DE LAS ROSAS.

## Acerca del autor



El escritor **Andrés Casanova** (Las Tunas, Cuba, 1949) es narrador, poeta, autor de guiones radiales dramatizados y ha incursionado en la escritura de guiones cinematográficos. Es miembro de la Unión de Escritores y Artistas de

Cuba (UNEAC). Fue seleccionado al premio artístico-literario Catania Duomo 1995 auspiciado por la Academia Ferdinandea de Ciencias, Letras y Artes con sede en Italia. Textos suyos han sido publicados en revistas literarias de varios países y está antologado en **Poesía Cubana Hoy**, Editorial Grupo Cero, Madrid, 1995; **Cuaderno de poesía**, Editorial Sornabique, Béjar, España, 1996; **A través del tiempo**, Ediciones ALAN, Barcelona, España, 1996; **De Cuba te cuento**, Editorial Plaza Mayor, Puerto Rico, 2002; **He visto pasar los trenes**, Editorial Letras Cubanas, Cuba, 2013; **Te veré en el clímax y otros relatos pecaminosos**, Pukiyari Editores, Estados Unidos, 2014; y **Niebla en el horizonte**, Editorial Círculo Rojo, España, 2017. Reside en Las Tunas, Cuba.

Libros publicados en el género novela: **Hoy es lunes** (Editorial Letras Cubanas, 1995); **Tormenta tropical de verano** (Editorial Sanlope, Las Tunas, Cuba, 2000; Ediciones

Coyoacán, México, 2003; Editorial Emooby, Portugal, 2011; Libros Café Criollo, Miami, 2019); ***Las trágicas pasiones de Cándida Moreno*** (Editorial Sanlope, 2001; Editorial Emooby, Portugal, 2011); ***La jaula de los goces*** (Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2001; Editorial Emooby, Portugal, 2011); ***La fiebre del atún*** (Editorial Oriente, 2005); ***Las nubes de algodón*** (Editorial Sanlope, 2005); ***No somos aquellos niños*** (Editorial Sanlope, 2007); ***Atrapados por el vicio*** (Editorial Emooby, Portugal, 2011; Libros Café Criollo, Miami, 2020); ***Canción desde la huída*** (Editorial Amarante, Salamanca, España, 2012); ***Onán en busca de la mujer perfecta*** (Editorial Amarante, Salamanca, España, 2012); ***Fiesta con Havana Club*** (Editorial Amarante, Salamanca, España, 2011; Editorial Guantanamera, España, 2018); ***Cazamujeres*** (Libros Café Criollo, Miami, 2019); y ***La Muerta en la bañera*** (Libros Café Criollo, Miami, 2022).

Libros publicados en el género cuento: **El reloj, ese asesino** (Editorial Sanlope, 1991); **Pequeñas historias memorables** (Editorial Sanlope-Publicigraf, 1994; Editorial Emooby, Portugal, 2011); **Ángel el desalmado y otras historias**, (Trazos literarios, España, 1995); **Ficciones de la Cuba Mía** (Editorial Sanlope, 2014); **Mis cuentos pecaminosos** (Libros Café Criollo, Miami, 2020); y **Creerse parte del mundo** (Libros Café Criollo, Miami, 2020).

Libros publicados en el género relato: **El andén del destino** (Libros Café Criollo, Miami, 2019); **La doble vida de Agustín Machado** (Libros Café Criollo, Miami, 2020); y **Confesiones de Larry Díaz** (Libros Café Criollo, Miami, 2020).

Libros publicados en el género poesía: **Poemas desde mi cumbre** (Editorial Baldíos en la Lengua, Argentina, 2018); **Otra punta del iceberg** (Libros Café Criollo, Miami, 2019); y



***Esta casa de locos que es la ciudad*** (Libros Café Criollo, Miami, 2020).

Libros publicados en el género ensayo literario: ***CÓMO ESCRIBIR TUS CUENTOS Y NOVELAS (Recursos para autores que inician su carrera literaria)*** (Libros Café Criollo, Miami; 2019).